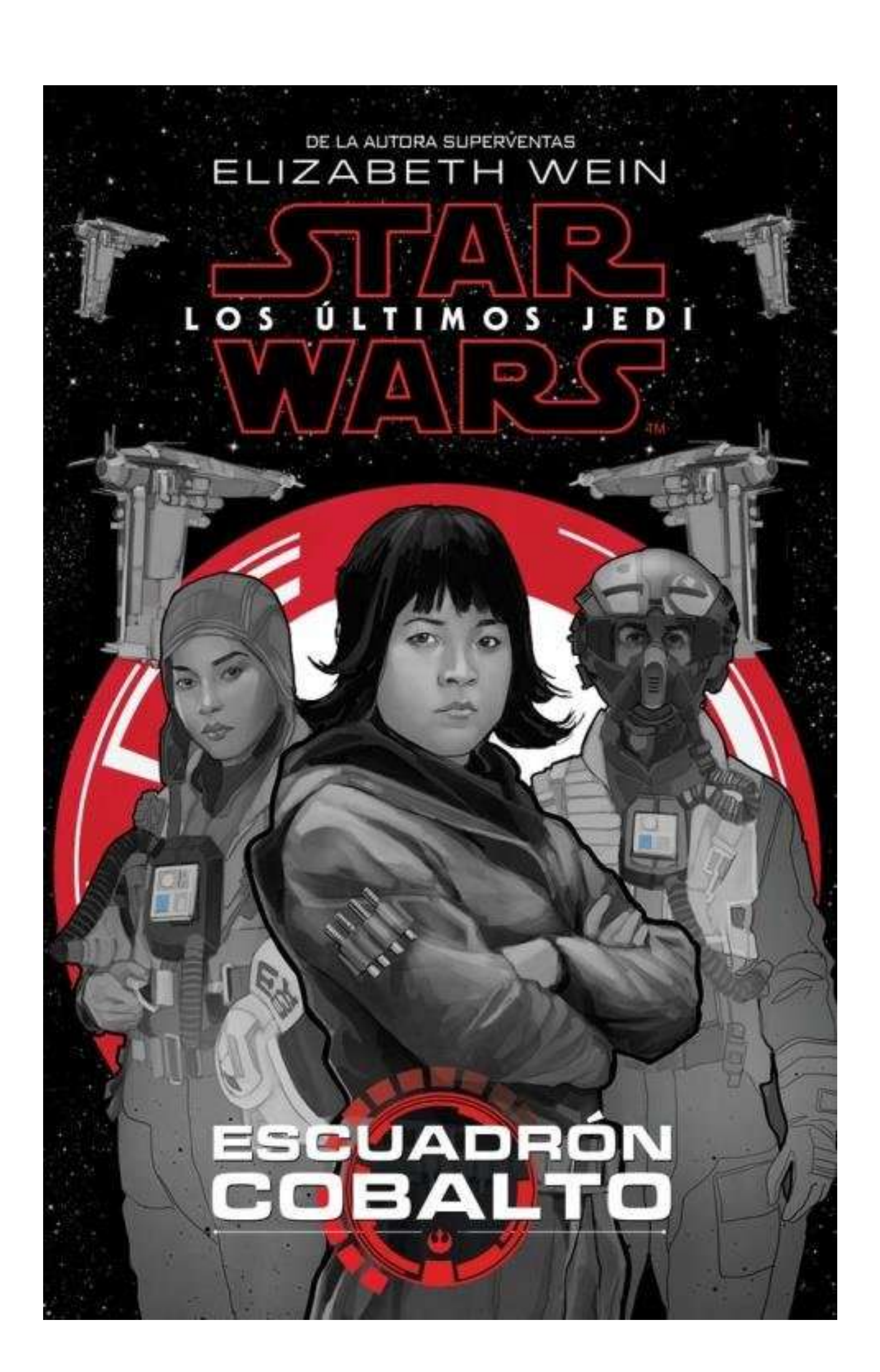

DE LA AUTORA SUPERVENTAS
ELIZABETH WEIN
STAR WARS
LOS ÚLTIMOS JEDI
ESCUADRÓN
COBALTO

La autora Elizabeth Wein (*Code Name Verity*, *Rose Under Fire*) viaja a una galaxia muy, muy lejana para traer a los lectores la desgarradora historia de los valientes pilotos y técnicos de los bombarderos del Escuadrón Cobalto. Los nuevos personajes de *Los últimos jedi*, entre ellos la mecánica Rose Tico y su hermana artillera Paige, tienen la oportunidad de brillar en esta aventura.



Escuadrón Cobalto

Elizabeth Wein



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *The Last Jedi: Cobalt Squadron*
Autora: Elizabeth Wein
Arte de portada: Phil Noto
Ilustraciones: Phil Noto
Publicación del original: Diciembre 2017

34 años después de la batalla de Yavin

Traducción: Rinoa83
Maquetación de portada: Gavri-VA
Revisión: mepesalalg
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 1.1
02.12.18
Base LSW v2.22

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

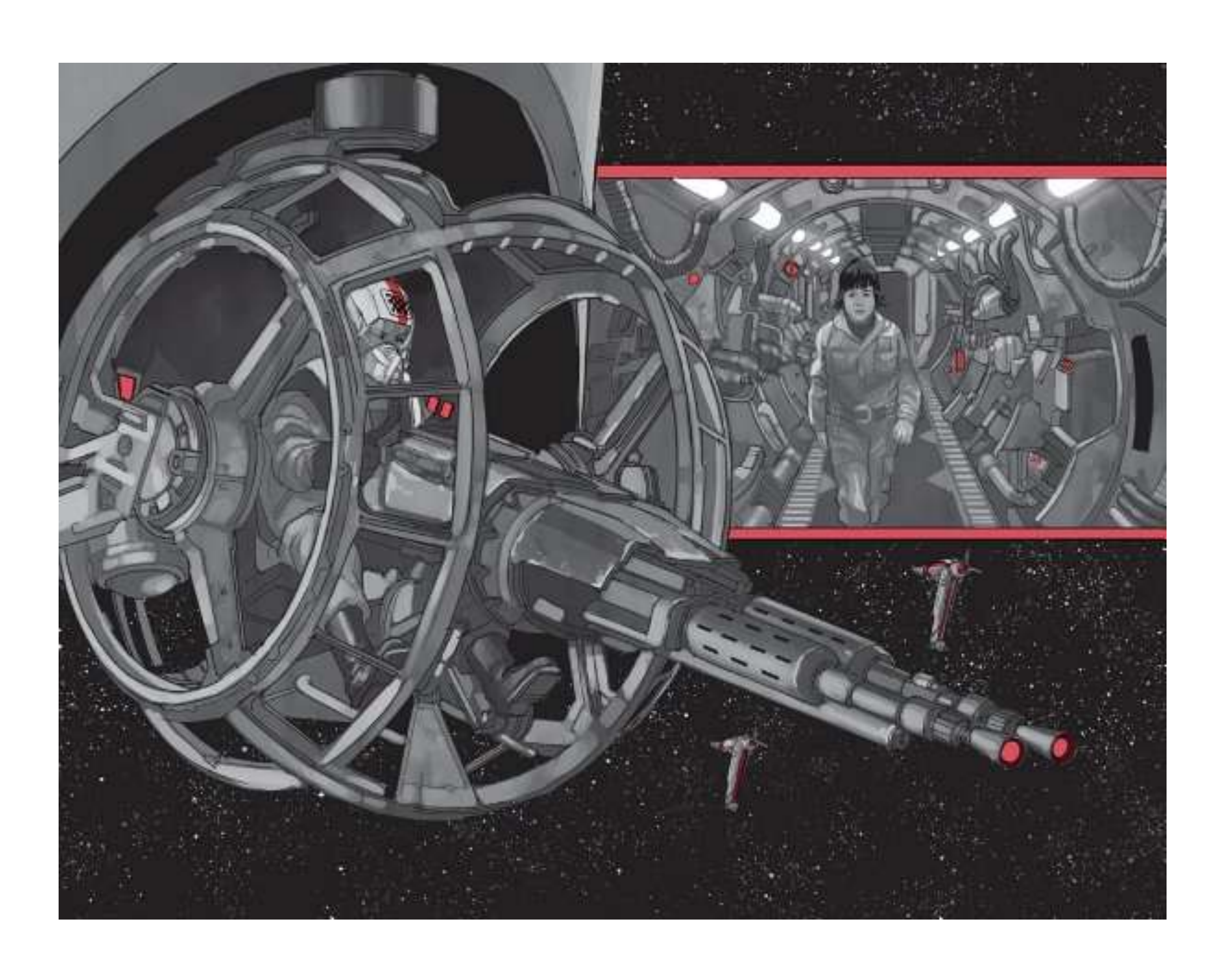
Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

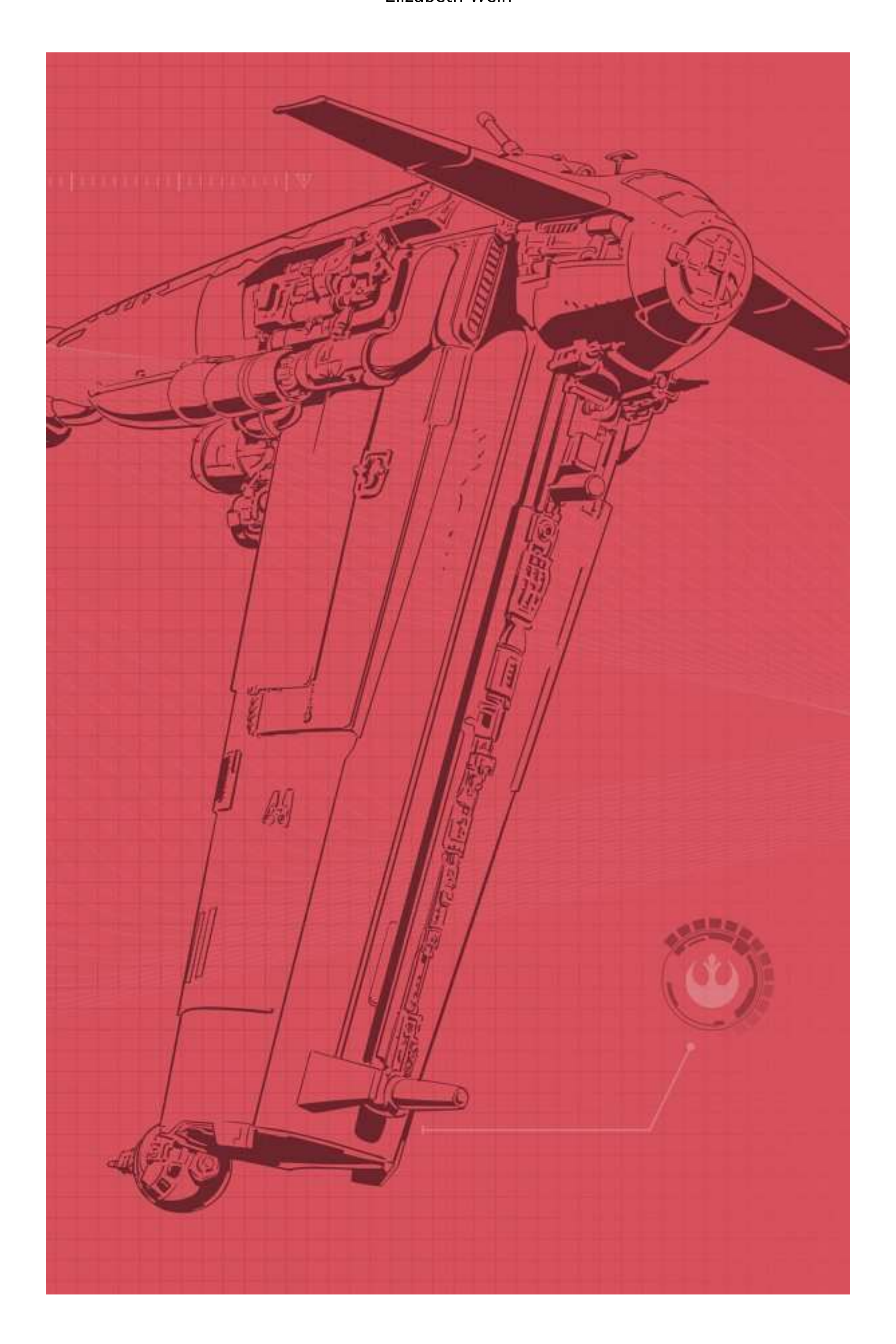
Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

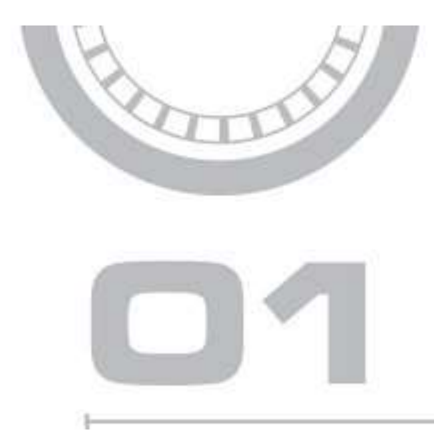
¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Para mis primos de ambas generaciones.
Que la Fuerza os acompañe.







***NADA,* PENSABA ROSE**, *es tan pacífico como el ilimitado azul del hiperespacio*.

Tan pronto como saltaron a la velocidad de la luz, se quitó el cinturón de seguridad. Bajó por la larga escalera de acceso más allá de los tenuemente iluminados portabombas hasta la torreta del artillero, donde estaba su hermana mayor, Paige, montada en la parte inferior del bombardero pesado.

A Rose le gustaba unirse a Paige en la torreta inferior cuando estaban viajando por el hiperespacio. A menudo sentía que viajar a la velocidad de la luz durante una misión era el único momento que Paige y ella tenían para sí mismas. A pesar de que normalmente eran asignadas a las mismas tareas, era raro que estuviesen a solas.

—Me alegro de verte, Rose —dijo Paige cuando Rose se colocó junto a su hermana. La caja de cristal de la torreta del artillero no estaba diseñada para más que una persona sentada en ella a la vez, así que Rose coaccionada contra Paige por detrás del cañón láser, prácticamente estaba sentada en el regazo de su hermana.

—No puedo quedarme mucho tiempo —respondió Rose—. Necesitaba que echaras un vistazo al monstruito que inventé. Tengo que asegurarme de que el deflector de potencia esté funcionando del modo que se supone.

—¿Estás segura de que nos ocultará? Es difícil perder a una Fortaleza Estelar.

—No se supone que nos *oculte*. No nos hace invisibles. Simplemente detiene nuestro rastro de energía de aparecer en un escaneo sectorial. El deflector no puede evitar que nadie nos vea, pero puede impedir que *nos noten*. Y sabes lo que sucede si alguien nos nota…

—Bueno, si lo *hacen*, ése es el por qué estoy aquí sentada detrás de un cañón láser —dijo Paige.

Solo por un momentito, sentada a salvo en el capullo transparente de la torreta del artillero con su hermana mayor mientras navegaban a través de la realidad suspendida de la velocidad de la luz, Rose no debería haber sentido absolutamente ningún miedo.

Dado que las hermanas Tico habían huido de la ruina de la Primera Orden de su planeta de origen en el sistema Otomok y encontraron su camino a la base de la Resistencia en D’Qar, siempre había habido algo de lo que preocuparse. Desde informes oscuros de medidas correctivas de la Primera Orden en otros sistemas estelares, a naves

dañadas que tenían que ser reconectadas y armadas *por si acaso* y, de vez en cuando, un piloto herido era llevado apresuradamente por el camino a la cámara médica. En D'Qar siempre hubo recordatorios de razones para tener miedo. En el hiperespacio no había nada, ni razón para tener miedo.

¿De verdad? Rose se preguntó a sí misma. *¿Qué hay del pasado? ¿Qué hay del futuro?*

Incluso en esos momentos de calma, el miedo siempre estaba ahí.

Rose recordó lo que sucedió en su mundo natal. El miedo no desaparecería hasta que la Primera Orden fuera completamente destruida. No creía ni una palabra de la línea del partido sobre llevar la civilización a los confines de la galaxia. Había visto lo que le habían hecho al sistema Otomok: las capas de hielo plagadas de restos de las constantes pruebas de armas de la Primera Orden y el humo aceitoso que se levantaba de los asentamientos envenenados. En algún momento, otras personas serían testigos del horror caótico que Rose y Paige habían experimentado. Rose estaba decidida a ponerle fin. Ella y su hermana se habían unido al movimiento de Resistencia de la General Leia Organa con la plena intención de derrocar a la Primera Orden.

En la quietud del hiperespacio, Rose podía meter el miedo en una bola y temporalmente meterla en una esquina de su cerebro donde no tenía que pensar en ello durante una hora más o menos. Pero todavía estaba ahí.

Cuando Rose miró hacia abajo a través de los paneles cristalinos de la torreta de artillería, no pudo ver nada más que un azul moteado sin profundidad. Pero cuando levantó la vista y se recostó contra el hombro de Paige en el asiento giratorio suspendido en el globo transparente, pudo ver el macizo casco de la *Martillo* del bombardero pesado que se elevaba ominosamente sobre su cabeza.

—Estás respirando con dificultad —dijo Paige.

—Eso es porque he estado haciendo algo de ejercicio —dijo Rose alegremente—. Ese largo ascenso más allá de los bastidores de bombas es tan bueno como un entrenamiento.

Eso era cierto. Pero ocultaba el hecho de que Rose estaba asustada. Y Rose no quería que ninguno de los miembros de la tripulación lo notara, y menos Paige, que estaba muy preocupada por Rose. Eran la única familia que tenían ahora, las únicas personas que conocían que habían salido del sistema Otomok.

El mundo natal de Paige y Rose, Hays Minor, y su planeta hermano, Hays Major, habían girado justo al borde de lo que podría considerarse habitable en el sistema Otomok. Frío y oscuro, Hays Minor había estado tan lejos del sol que sus habitantes habían vivido en un perpetuo crepúsculo.

Ahora Paige mayormente tripulaba las pistolas de la *Martillo*, pero ella estaba entrenada como piloto. De vuelta en casa en Otomok había volado una versión reducida de este bombardero MG-100 Fortaleza Estelar, destruyendo el oscuro hielo polar de Hays Minor para la Compañía Minera Central Ridge, para que los equipos de trabajo pudieran llegar a la superficie del planeta. La habilidad de Paige significaba que ahora podía

intercambiar roles con Finch, el piloto de la *Martillo*, o reemplazarlo en vuelos largos para poder dormir un poco.

Rose no podía recordar un momento en el que ella y su hermana no hubiesen compartido el amor por el cielo. Pero luego, la Primera Orden llenó el cielo de Hays Minor con tanto polvo e inmundicia que la familia Tico ya no pudo ver las estrellas desde la cúpula de observación de su cápsula viviente. Los desesperados padres de Paige y Rose lograron sacar de contrabando a sus hijas de Otomok como refugiadas.

Usando gafas de filtro porque sus ojos aún no se habían adaptado a la brillante luz del sol de un planeta interior, sin ropa excepto aquellas con las que habían viajado, cuando Rose y Paige se habían encontrado por primera vez con la General Leia Organa, Paige le había dicho:

—Nuestro planeta está siendo asesinado.

Leia había respondido seriamente:

—Entiendo.

Volando para la Resistencia, Rose pudo ver las estrellas nuevamente.

Pero nunca podría ir a casa.

—No me gusta subir a los estantes de bombas cuando están llenos —dijo Paige con comprensión—. Horripilante, ¿no crees? Todos esos proyectiles brillantes y negros, cada uno de ellos llenos de explosivos.

—Definitivamente espeluznante. Incluso ahora, cuando no están llenos de bombas.

En cambio, estaban llenos de droides sonda equipados para una rápida y reservada misión de espionaje.

Normalmente, la *Martillo* operaba como parte del Escuadrón Cobalto de bombarderos pesados de la Resistencia. Pero se suponía que este vuelo al sistema Atterra sería un viaje silencioso de investigación, y la *Martillo* estaba sola por una vez. Las bahías de bombas de la nave no estaban llenas de destructivos explosivos de carga magnética, sino de droides sonda autopropulsados que eran demasiado pequeños para ser detectados en la mayoría de los escáneres de rutina.

La General Leia Organa quería descubrir la verdad sobre lo que la Primera Orden le estaba haciendo a los asentamientos locales en Atterra. Había rumores aterradores de que los comerciantes, quienes normalmente no tenían problemas para entrar y salir del sistema, lo encontraban bloqueado. Las naves armadas impedían el acceso a las rutas espaciales regulares de Atterra. Si alguien se deslizaba más allá de las naves de guardia, eran atacados por cañones automáticos montados en muchos asteroides del sistema Atterra. Los cañones estaban equipados con sensores visuales que disparaban contra cualquier cosa que se les acercara. Y al menos un informe mencionaba patrullas mortales de cazas TIE vagando por el cinturón de asteroides de Atterra y las órbitas de los planetas gemelos del sistema Atterra.

Atterra estaba en un rincón distante del territorio de la Primera Orden, pero siempre había sido un lugar seguro para comerciar. Se suponía que la Primera Orden no estaba atacando las vías de navegación neutrales con cañones automáticos.

Otomok había sido bloqueado antes de que fuera destruido, también.

Leia fue una de las pocas personas que sospechaban que la Primera Orden estaba planeando una oferta mayor por el poder de lo que era obvio. Así que envió un solo bombardero pesado Fortaleza Estelar a Atterra para espiar un poco por ella.

—No puedo creer que Atterra tenga dos planetas y ambos estén habitados —dijo Rose—. ¡¿Cuáles son las probabilidades?! Como en casa. Me hace querer luchar por ellos.

—Lo sé —Paige estuvo de acuerdo—. Atterra Alpha y Atterra Bravo. No puedo esperar a verlos. La general tiene un corazón blando, nos escogió para este salto.

Por supuesto, no fue del todo un corazón blando el que hizo que Leia eligiera la nave de Paige y Rose para llevar a los droides sonda a Atterra. Rose era buena en encontrar soluciones improvisadas a problemas técnicos. Cuando vio los mini escudos de espionaje que ayudaron a camuflar el vuelo de las sondas, comenzó a preguntarse si existía otra forma similar de modificar los motores y las computadoras de su propia nave. El «pequeño monstruo» de Rose, el deflector de potencia, fue su solución rápida para disipar la energía emitida por las fuentes de energía de la nave, por lo que se convertía en indetectable, excepto a corta distancia.

Su misión actual era volar en la órbita de Atterra Bravo y liberar la mitad de la carga de sondas espía de la *Martillo*, y luego hacer lo mismo con el resto de las sondas sobre Atterra Alpha. Esperarían a la luz de las estrellas durante algunas horas mientras los droides sobrevolaban la superficie de ambos planetas, tomando grabaciones y observaciones, y si tenían suerte, no atraerían ninguna atención en el proceso. Entonces el bombardero pesado recogería a todos los droides satélite y volaría con su información a la base de la Resistencia en D'Qar.

Paige, Rose y sus compañeros de tripulación no tenían idea de qué tipo de destino les esperaba si los descubrían en órbita alrededor de Atterra Alpha y Atterra Bravo. Además de las pistolas del piloto y los cañones láser en las torres, no tenían forma de defenderse si eran atacados. La Fortaleza Estelar *Martillo* no fue construida para alta velocidad o maniobrabilidad; la nave fue construida para llevar miles de cajas de proyectiles propulsados por cohetes.

Normalmente, si iba a participar en una batalla, tendría una escolta de naves de combate. Su carga de bombas podría usarse para romper hielo en una operación minera o explotar una base enemiga, dependiendo de si su tripulación estaba en paz o en guerra.

En este extraño término medio entre la paz y la guerra, parecía que había otro uso para el bombardero pesado: como una lanzadera para mil espías electrónicos.

—Sería bueno poder vivir sin tener miedo —dijo Paige, leyendo la mente de Rose.

—¿Quién, yo, asustada? —respondió Rose rápidamente. Tocó el medallón de oro pálido haysiano de Paige, la forma de lágrima de una hoja de uva de nieve, cuyo cordón estaba envuelto firmemente alrededor de la montura de la mira láser del cañón. Por lo general, colgaba alrededor del cuello de Paige, pero le gustaba tenerlo donde pudiera verlo durante una misión. Rose tenía uno casi exactamente igual, escondido contra su piel

debajo de su traje de vuelo. Los colgantes a juego encajaban entre sí para hacer el alférez del sistema Otomok, y era el único vínculo físico con su planeta de origen que aún compartían. Sus padres les habían dado los medallones cuando se habían despedido—. Nunca realmente vivimos sin miedo, incluso en casa, ¿verdad? —señaló Rose.

—Tal vez no recuerdas vivir sin miedo —dijo Paige—. Pero soy mayor que tú. Nunca fue *fácil* vivir en Hays Minor, incluso antes de que llegara la Primera Orden. Pero hasta que llegaron, secuestrando y matando, no tuvimos miedo. Mamá y papá no tuvieron miedo hasta que comenzaron a preocuparse por *nosotras*.

Rose no podía sentir el brillante medallón en la montura de la pistola debajo de sus guantes. Y no podía sentir el que yacía sobre su piel más de lo que podía sentir su camiseta interior o sus calcetines… solo estaban *ahí*.

—Tener miedo es como usar mi medallón —se quejó Rose—. Es parte de mí. Me olvido de eso a veces. Pero incluso cuando no estoy pensando en eso, todavía está ahí.

—¡Anímate! —dijo Paige—. ¡Yo también! Incluso cuando no estás pensando en mí, todavía estoy aquí. Estamos en esto juntas, pase lo que pase.

—Tengo que irme —dijo Rose mientras su tiempo familiar con Paige llegaba a su fin—. Regresaré para el viaje a casa.

—Te veo luego, Rose —dijo Paige casualmente, como siempre lo hacía antes de un salto de bombardeo.

Rose subió la larga escalera de regreso a su lugar en los monitores del ingeniero de vuelo para estar lista para el momento en que salieran del hiperespacio y entraran en el sistema Atterra.

Se suponía que Atterra sería una pesadilla total para que los pilotos naveguen.

Entre el deshabitado gigante Atterra Primo y los mundos gemelos habitados de Aterra Alpha y Atterra Bravo, había miles de asteroides, todos en órbita alrededor del sol amarillo de Atterra. Muchos de estos trozos de roca interplanetaria también estaban en órbita alrededor de otra; las fuerzas de marea entre ellas causaban constantes colisiones.

Más cerca del sol, más allá de este caótico desfile celestial, los planetas Alpha y Bravo giraban constantemente en el mismo camino en equilibrio estable. Cada uno de ellos tenía una sola luna, y estaban lo suficientemente separados como para no influir mutuamente en la gravedad. Ambos planetas soportaban vida.

Era extraño encontrar mundos gemelos dentro de la zona habitable de un sistema estelar. Atterra Alpha y Bravo no eran para nada como Hays Minor y Major en términos de clima y terreno, pero el solo hecho de que los mundos de Atterra estuvieran juntos en su órbita, como hermanas, hizo que Rose se sintiera atraída por ellos. Sabía cuán dependientes podían ser esos planetas hermanos, tan juntos en el vasto vacío del espacio. Deseaba desesperadamente que su futuro fuera feliz.

No podía esperar para verlos.

—Hey, Nix —llamó Rose cuando se acercaba a la cubierta de vuelo y podía ver al bombardero. Nix saludó con la mano pero no respondió en voz alta. Estaba parado en el pedestal de su computadora, ocupado contando los droides sonda en los bastidores de bombas para asegurarse de que estuvieran activados y listos para el lanzamiento cuando la *Martillo* alcanzara la órbita de Atterra Bravo.

Finch Dallow, el piloto, saludó a Rose a través de la puerta abierta de la mampara mientras se ataba a su asiento en los monitores del ingeniero de vuelo. El bombardero pesado no fue construido para el lujo; sus paredes eran ásperas e inacabadas, con todos los conductos y cables desnudos. Pero la tecnología estaba actualizada.

—¿Lista para esto?

—Paige dice que sería bueno vivir sin miedo —respondió Rose—. Pero estoy lista para cualquier cosa.

Estaba lista para cualquier cosa. Simplemente no le gustaba tener que estar siempre en constante estado de preparación.

—¿Quién quiere vivir sin miedo? —dijo Finch. Todos los miembros de la tripulación tenían sus propios motivos de quema para unirse a la Resistencia. Rose no sabía cuál era el de Finch, ni qué pesadillas había presenciado como piloto para el servicio de exploración de la Nueva República. Él era implacablemente alegre; era una buena tapadera para cualquiera que fueran sus verdaderos sentimientos. Le dijo a Rose:

—Esto será divertido.

De repente emergieron de vuelta al espacio real en el borde del gigantesco cinturón de asteroides del sistema Atterra.

Casi de inmediato, Finch lanzó al bombardero pesado en un violento viraje y luego esquivó salvajemente en la otra dirección.

—¿Qué demonios…? —gritó Nix, colgado del pedestal del bombardero.

—Lo siento —gruñó Finch—. No esperaba que la reentrada estuviera tan cerca de ese trozo de roca.

Enderezó la nave.

—Bien, Rose, si prometo tranquilizarme, ¿puedes verificar y asegurarte de que el deflector está funcionando?

—Estoy en ello —dijo Rose, y rápidamente configuró los monitores del ingeniero de vuelo en automático. Luego, todavía tambaleándose por el brusco viraje de Finch, se desabrochó las correas para dirigirse a la engorrosa e improvisada máquina que ocupaba la mayor parte del espacio entre los monitores y la torreta del artillero de cola en lo alto de la nave.

El deflector era un medio droide complejo, la mitad de una computadora que Rose había manipulado para comunicarse con los motores de la nave y purgar al azar su escape de iones. De esa forma, el escaneo de potencia de la nave parecía no utilizar casi ninguna energía, cuando la Fortaleza Estelar estaba funcionando a pleno rendimiento.

Rose tenía sentimientos encontrados sobre esta creación suya.

Pequeño no era exactamente la palabra correcta para su monstruo mecánico. Le molestaba que no hubiera podido encontrar la forma de hacerlo más reducido. Pero tuvo que conectar un enlace a cada circuito de los motores, y simplemente no había sitio para hacerlo menos espacioso en el poco tiempo que le habían dado para trabajar en él. La tecnología similar en los droides sonda en los bastidores de bombas parecía más eficiente. Por supuesto, para empezar, los droides sonda eran mucho más pequeños que la Fortaleza Estelar.

Pero Rose estaba secretamente muy orgullosa de cómo funcionaba el deflector. No había tenido mucho tiempo para armarlo, y hasta ahora había hecho su trabajo muy bien.

—¿Cómo te va? —le preguntó—. ¿La nave está hablando contigo de la manera que se supone que debe hacerlo?

El deflector dio un chirrido receptivo. La enorme máquina estaba suspendida desde la parte superior del fuselaje de la *Martillo*, dejando un espacio de menos de medio metro por encima de la cubierta de vuelo. El espacio era lo suficientemente ancho como para permitir que Rose se arrastrara dentro de la máquina cuando necesitaba alcanzar los múltiples enchufes que se conectaban a los motores. Pero no fue fácil entrar, y Rose vaciló, preguntándose si debería verificar todas las conexiones nuevamente.

Mientras estaba allí tomando su decisión, una tremenda explosión en la nave derribó a Rose.

Automáticamente obstinada, se puso de pie mientras la nave aún se balanceaba, y una segunda explosión la arrojó por la cubierta de vuelo hacia su propia estación de monitoreo.

Por un momento, Rose no notó nada más que las deslumbrantes luces detrás de sus ojos cerrados. Entonces oyó la voz de Finch mientras el piloto controlaba a su tripulación a través de sus auriculares.

—Lo siento, chicos, fueron dos golpes directos. Parece el disparo automático desde uno de los asteroides: debe haberse acercado demasiado para que el deflector de potencia de Rose lo confunda. Me tomó por sorpresa. Ahora estamos fuera de alcance y los escudos parecen haberse retenido… ¿Están todos bien?

Los auriculares de Rose bloqueaban el sonido de los motores de la nave, pero con las manos apoyadas en el piso de la cubierta de metal debajo de su cuerpo, podía sentir el débil zumbido de la fuerza que palpitaba con seguridad contra sus palmas. Todo seguía funcionando.

Paige habló con su habitual calma desde la torreta inferior de la pistola situada debajo de la bahía de bombas.

—Muy bien aquí abajo.

—Supongo que las sospechas de la General Leia eran correctas, como de costumbre, ¿eh?

—Parece que sí —dijo Finch—. ¿Bombardero? ¿Estás con nosotros?

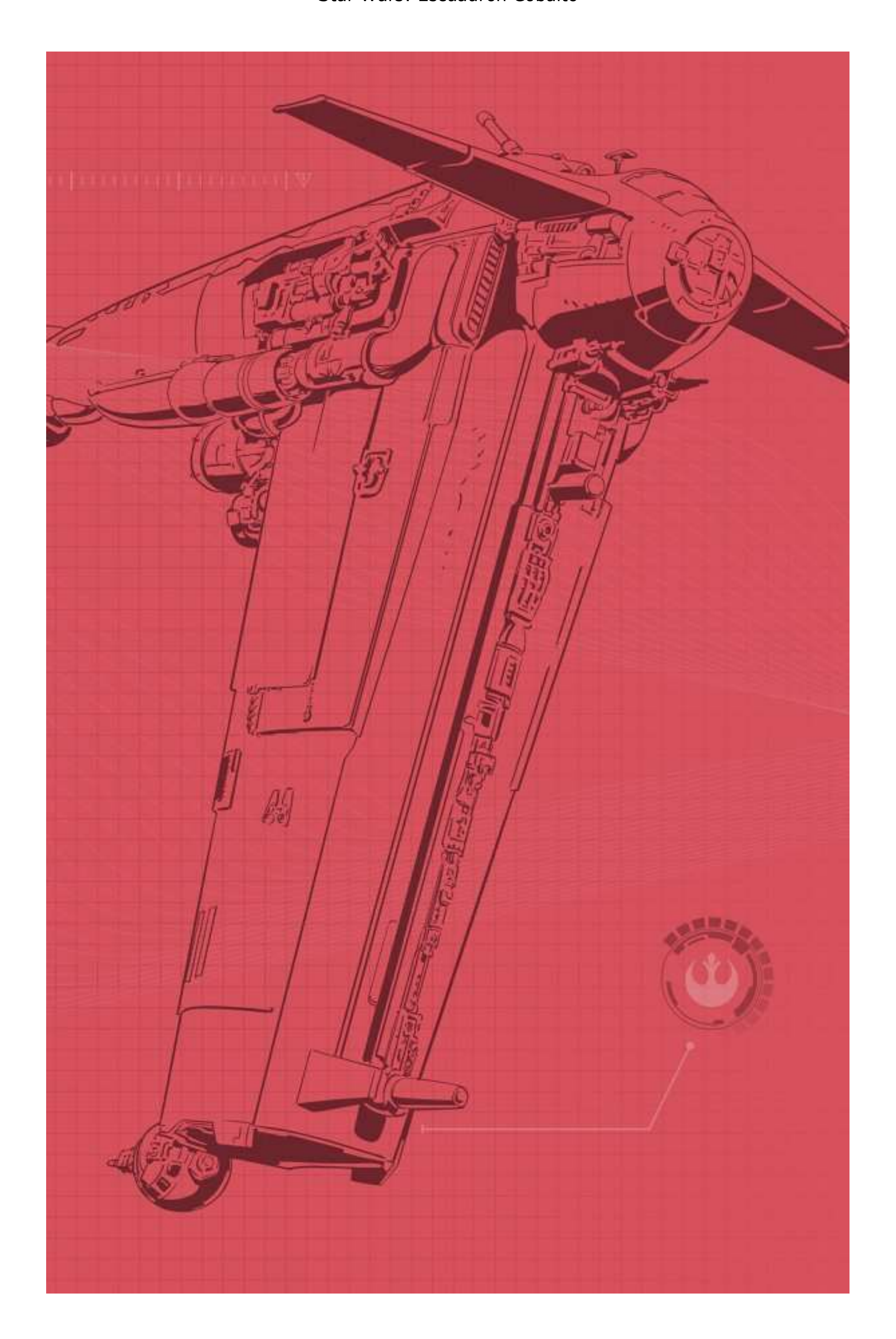
—Esperando para salvar vidas y en el objetivo para la vigilancia —confirmó Nix—. Ése me golpeó en la mitad de la escalera de acceso. Estoy feliz de llevar estos guantes de

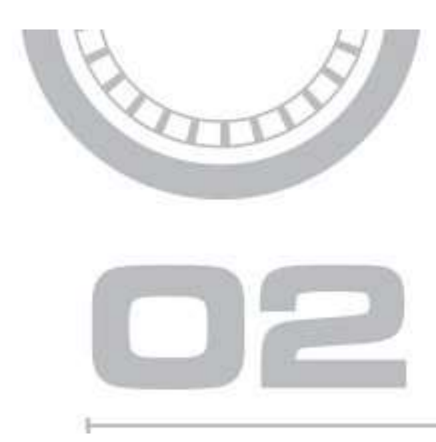
tracción. —Su voz no era tan firme como la de Paige mientras contestaba a Finch, nadie lo había hecho nunca, pero Nix sonaba decidido, y si lo habían herido no lo decía.

Fue una sorpresa desagradable descubrir que realmente había armas defensivas montadas en los innumerables asteroides del Cinturón Atterra.

—Hay otra de esas malditas rocas espaciales llegando a 0-2-0 – No sé si está armado o no. Así que prepárense —advirtió Finch—. Técnico, ¿cómo estás?

Rose se dio cuenta de que todavía estaba tumbada boca abajo en la cubierta de vuelo.





ROSE AGARRÓ el borde de la silla que estaba bloqueada en frente de los monitores del ingeniero de vuelo y se levantó, ya que estaba sentada en el suelo.

Podía ver a Finch al frente en la cabina. Si hubiera dado la vuelta, habría visto a Rose sentada allí, pero no se atrevió a apartar la mirada del camino de vuelo que estaba franqueando a través del extraño sistema planetario de Atterra.

—Estoy bien —dijo Rose temblorosa, y con otro esfuerzo se puso de pie otra vez. Echó un vistazo a las pantallas tecnológicas. Desde su consola en el fuselaje áspero y sin ventanas de la nave, no había vista exterior excepto por lo que se veía en los monitores. Las imágenes de los asteroides de Atterra mostraban la pesadilla de un navegante, un deslumbramiento de obstáculos.

—¡Estoy bien! —repitió Rose.

—Hey, ésas son buenas noticias —dijo Finch—. Porque necesito tu ayuda aquí… el cohete de estribor no paraba de disparar. Creo que se bloqueó cuando pateé los enlaces. Está desperdiciando combustible que no tenemos e incrementando la potencia que estamos tratando de esconder y además… —hizo una pausa para tomar aliento, y terminó—. Además, está intentando enviarnos directamente hacia ese maldito asteroide.

—Tal vez necesites un repaso en el entrenamiento de vuelo. —Rose mantuvo su voz ligera mientras hacía una broma pesada. Sabía que Paige estaba escuchando, en su frágil esfera de cristal y expuesta en una torreta de artillero bajo el vientre del bombardero pesado, y un chiste tonto le aseguraría a Paige que Rose no estaba herida.

Rose corrió a lo largo de la cubierta de vuelo hacia la cabina. La *Martillo* no estaba hecha para un copiloto, por lo que sólo había un asiento fijo en la cabina y no había espacio para Rose, excepto para pararse detrás de Finch. Desde la clara cúpula en forma de huevo del dosel del piloto, Rose echó un rápido vistazo al verdadero desafío al que se enfrentaba Finch.

Era casi como mirar la ráfaga de luz de las estrellas que se veía por un momento cuando se entraba en el hiperespacio. Pero las miles de luces que brillaban alrededor, hasta donde alcanzaba la vista, no eran estrellas; eran los asteroides del Cinturón Atterra, iluminados no por su propia energía sino por el resplandor de su compartido sol amarillo.

Los más lejanos parecían estrellas estables, aquellos en la distancia media como brillantes lunas, y demasiado cerca para la comodidad, el más cercano parecía ser un globo montañoso y estéril de roca roja que se alzaba sobre la Fortaleza Estelar.

—¿Para qué tenías que ir y patear los enlaces del activador? —regañó Rose.

—No lo hice *a propósito* —dijo Finch a la defensiva—. Sucedió cuando los cañones nos atraparon.

Su gobierno de la nave era liviano incluso debajo de sus guantes, con un dedo sobre los controles. No parecía preocupado.

Pero Rose escuchó la tensión en su voz cuando dijo:

—No puedo dejar la nave. ¿Puedes ver los enlaces si pongo mis pies en alto?

—Pan comido —dijo Rose, como si fuera a ser fácil.

Finch levantó las rodillas y apretó las botas contra el marco de la cúpula de la cabina. No apartó la mirada de la vista exterior, mientras asumía una posición incómoda, o movía sus manos una fracción de los controles.

Rose se arrastró debajo del asiento del piloto. El panel que se suponía debía proteger los enlaces de los cohetes del timón estaba encajado hacia adentro como resultado de la patada que Finch le había dado, obviamente metiendo los cohetes en una posición permanente. Hubiera sido una solución fácil si Finch hubiera podido apartarse del camino.

Rose logró colocar una palanca de su cinturón de herramientas detrás del panel atascado, pero no pudo colocarse en la posición correcta para aplicar fuerza suficiente para aflojarlo.

—Baja el pie derecho —dijo Rose.

—¿En serio? ¿Así?

—Justo así. —Cogió la bota de Finch y la guió para descansar sobre la palanca que había encajado en su posición.

—Ahora baja. Como lo hiciste antes.

—¿Quieres que le dé otra patada? —Finch se rió sin alegría—. Bueno…

Obedeció con cautela, sus ojos en la miríada de asteroides grandes y pequeños delante de él y en el enorme en el que estaban en inminente peligro de estrellarse.

—Así no. Usa la parte posterior de tu talón… solo una buena patada firme —dijo Rose.

Finch dio una patada, y el panel atascado salió disparado de la pared con un estruendo. Rose esquivó la losa de metal y la bota descendente de Finch. Examinó los enlaces del cohete, vio el que había sido forzado a avanzar demasiado y lo volvió a colocar en su sitio.

—¡Perfecto! —aplaudió Finch—. ¡Gracias! ¿Fue muy difícil?

Rose golpeó sus auriculares contra la pared interior del asiento del piloto tratando de salir.

—¡Ay! ¡Esta nave me odia!

Se enderezó, agarrándose a la parte posterior del asiento de Finch, y por un momento olvidó su indignación. Ella solo miraba, fascinada por la increíble belleza insensible del brillante sistema.

Luego recordó por qué podría ser peligroso.

—Ten cuidado de acercarte a esos grandes asteroides —advirtió Rose al piloto—. El deflector de potencia falla a corta distancia. Si hay alguien allí, podrán vernos con sus propios ojos.

—Estamos de nuevo en camino —avisó Finch al resto de la tripulación.

—Rose, toma tu asiento en observación.

—Nix, mapea ese cañón automático en el asteroide que acabamos de pasar, ¿quieres? Llámalo Atterra Uno-Siete-Cero-Seis-Cuatro. No quiero activarlo por segunda vez. Probablemente envíe un informe de disparos y si nos acercamos nuevamente, quienquiera que lo pusiera allí comenzará a sospechar.

—Además, podría dispararnos de nuevo —dijo la voz tranquila de Paige a través del auricular de Rose.

—Cañón en Atterra Uno-Siete-Cero-Seis-Cuatro —dijo Nix—. Lo tengo.

—Entonces prepárate para liberar los droides sonda —agregó Finch.

—Atterra Bravo debería estar dentro del alcance en diez.

—Contando —Rose escuchó a Nix confirmar a través de sus auriculares.

El asiento de «observación» de Rose era la torreta superior, en la cola alta del bombardero pesado. Al igual que las pistolas de Finch y las de la torrecilla de Paige debajo de las bahías de bombas, las armas de la torreta trasera estaban cargadas por si la *Martillo* encontraba fuego enemigo.

Rose esperaba no tener que usar sus armas. El deflector podría ser capaz de ocultar la potencia del motor de la nave, pero no podría disimular la explosión de energía de fuego láser.

Le dio una palmada cariñosa al deflector mientras pasaba apresuradamente para llegar a su puesto de observación. La máquina le chilló en respuesta.

Cuando Rose se subió al asiento en la esfera de cristal transparente de la torreta trasera, nuevamente sintió que había sido golpeada en el corazón por la belleza inimaginable de los miles de asteroides de Atterra.

—¡Guau, qué vista! —exclamó.

—Esto es lo que queríamos ver, ¿verdad? —La voz de Paige en los auriculares de Rose era cálida cuando estuvo de acuerdo con su hermana menor—. ¿Recuerdas cómo perdimos las estrellas cuando la Primera Orden llenó nuestro cielo de polvo y naves de guerra?

—Cuando solíamos hablar de ver la galaxia juntas, era por *esta vista*, ¿verdad?

—Claro, esto es como un crucero de vacaciones galáctico de lujo —bromeó Rose.

Pero tuvo que admitir que era hermoso. Los asteroides eran deslumbrantes, iluminando todo el espacio como lunas y estrellas, hasta donde alcanzaba la vista.

—¡El sueño de un piloto! —añadió Paige.

—Ja ja —dijo Finch, quien probablemente estaba sudando. Tenía que ser un vuelo enervante en este sistema—. Nix, el lanzamiento se acerca en dos. Estamos a punto de dejar el cinturón. Entonces será fácil viajar hasta que ingresemos en la órbita interior de Atterra Bravo.

Paige y Rose, mirando hacia atrás, no habían podido ver el planeta mientras se acercaban. Pero cuando Finch se acercó a Aterra Bravo para lanzar las sondas de espionaje, su visión cambió.

Atterra Bravo era un mundo de oro oscuro perlado, aparentemente brillante a la luz del sol con esa serenidad superficial que muchos mundos tenían desde la distancia. Incluso su propio planeta natal frío y crepuscular, Hays Minor, había tenido ese brillo sereno cuando se lo veía desde el espacio.

—Estamos en la zona de lanzamiento —informó Finch—. Suelta cuando esté listo.

—¡Bombas fuera! —avisó Nix exuberantemente. Rose sabía que él había estado listo, con su dedo en el gatillo remoto, todo el tiempo que había estado arreglando los cohetes del timón.

Desde su asiento en la cola de la Fortaleza Estelar, Rose no podía ver las puertas de la bahía de bombas abiertas. Pero podía ver a los droides sonda mientras se lanzaban a la órbita de Atterra Bravo, como una fina tormenta de polvo que se alejaba de la nave y desaparecía rápidamente.

Rodearían el planeta en el transcurso de las próximas dieciocho horas más o menos, recopilando datos, y luego la nave volvería a recogerlos.

Mientras tanto, el bombardero viajaría al otro lado del sol de Atterra y visitaría el planeta hermano de Bravo.

El corazón de Rose dio un pequeño salto de emoción ante la idea.

Como en casa, pensó. *Hasta aquí todo bien*.

—Las puertas de la bahía de bombas se cerraron —informó Nix—. Listo para el próximo descenso cuando lo esté, Capitán.

—Está bien… estamos en camino.

Luego volvió a la cobertura de la miríada de asteroides y se fue a cumplir con Atterra Alpha.

Rose observó cómo la hermosa perla dorada oscura de Atterra Bravo se hacía más pequeña detrás de ella. No podría ver su mundo hermano, Atterra Alpha, hasta que estuvieran a su lado.

—Mantén una buena vigilancia —dijo Finch—. Si el rumor es cierto de que la Primera Orden está controlando el tráfico entre las dos Atterras, probablemente haya más de esas armas.

Añadió ominosamente:

—Y no tenemos forma de adivinar dónde.

Volaron constantemente alrededor del sol, esquivando cuerpos celestes en el camino, e hicieron el siguiente lanzamiento en Atterra Alpha sin encontrar nada fuera de lo común.

Luego tuvieron que esperar a que las sondas hicieran su trabajo.

Paige se hizo cargo de los controles del piloto durante un tiempo para que Finch pudiera descansar un poco.

Cuanto más esperaban, más conscientes eran de que el área no estaba tan vacía como parecía.

Naves grandes y pequeñas aparecieron y desaparecieron en los monitores, parpadeando a través de la pantalla y parpadeando de nuevo. Algunas de ellas parecían estar en órbita alrededor de los dos planetas habitados. Algunas de ellas parecían estar patrullando el complejo cinturón de asteroides.

Rose se preguntó con inquietud si estaban buscando intrusos.

Si la General Leia tenía razón en cuanto a que Atterra era bloqueada por la fuerza, entonces seguramente alguien intentaría mantener fuera de servicio a las naves espías como la *Martillo*, el bombardero pesado de la Resistencia.

Rose pensó que valía la pena repetir lo que le había dicho a Paige antes.

—El deflector oculta en su mayoría la cantidad de energía que estamos emitiendo, pero no podemos evitar que nadie nos vea con sus propios ojos —le recordó a su hermana a través del sistema de comunicaciones mientras Paige pilotaba la Fortaleza Estelar—. Si nos escondemos detrás de algo grande, es menos probable que esas naves nos vean. Acércate a uno de los asteroides si puedes.

—Le dijiste a Finch antes que no se acercase.

Rose puso los ojos en blanco y suspiró. Por supuesto, nadie podía verla.

—Acércate pero no demasiado cerca, ¿vale? No tan cerca que atraigamos a otro cañón automático. Solo quédate en el mismo lugar por un tiempo.

Fueron afortunados. Los asteroides parecían esconder el bombardero de la Resistencia; al menos, nadie lo notó. El deflector ronroneó, haciendo su trabajo de manera confiable para ocultar sus emisiones de energía, y el protector lado oscuro del asteroide evitó que la luz se reflejara en las superficies reflectantes de la *Martillo*. Durante varias horas, la Fortaleza Estelar se perdió de vista.

Durante unos minutos, Rose también se durmió de manera irregular, recostada en el asiento del artillero bajo la luz reflejada de muchos asteroides del sistema Atterra.

Finch la despertó cuando estaban listos para recoger las sondas de espionaje. Rose tenía que estar de vuelta en los monitores de su ingeniero de vuelo, porque estaba a cargo de contarlos como un pastor de nerf mientras Nix, abajo en la bahía de bombas abierta, colocaba los droides sonda nuevamente en su lugar en los estantes de bombas.

—Tengo malas noticias —dijo Finch—. Estamos perdiendo muchas de las sondas. Eché un vistazo a sus informes de comunicaciones y los que están en las trayectorias

orbitales más distantes siguen colisionando con escombros alrededor de ambos planetas. Algunas de las sondas activaron sus propias autodestrucciones.

—¿Qué? Déjame ver.

Rose y Nix se inclinaron sobre los monitores, tratando de contar los números. Debido a sus dispositivos mini-deflectores, los droides espías no mostraron ningún rastro de energía en las pantallas de rastreo. Pero de vez en cuando, uno de ellos enviaba un silbido de comunicaciones para informar al bombardero que estaba haciendo su trabajo. Fueron programados para enviar una «última palabra» si explotaban.

Había una lista creciente de últimas palabras.

Nix frunció el ceño.

—Creo que estábamos obligados a perder algunos.

—¡Eso es más que unos pocos! —exclamó Rose—. ¡Eso es un siete por ciento y en ascenso! Se supone que deben actuar como droides, ¡no como una manada de nerfs en pánico!

—Los que hemos perdido estaban en este anillo exterior al borde de la órbita del planeta —dijo Finch—. Se encuentran con algo. Si hay un bloqueo en su lugar…

—¿Si? —Rose repitió oscuramente, recordando los cañones automáticos.

Finch ignoró su sarcasmo y continuó:

—Si hay un bloqueo, parece que parte de él debe incluir un campo minado alrededor de la órbita exterior del planeta. Tal vez también más adelante. Tendremos que tener cuidado al recoger las sondas. No queremos tampoco tropezar con algún tipo de dispositivo explosivo-trampa.

La *Martillo* salió de su escondite y regresó a la órbita alrededor de Atterra Alpha, en camino para interceptar lo que quedaba de los primeros quinientos droides sonda que habían terminado su espionaje.

Las sondas aparecieron en los monitores solo como puntos, sin vida como meteoroides. Pero todos estaban programados para volver a casa en la Fortaleza Estelar, y Rose y Nix tenían que asegurarse de que todos estuvieran incluidos.

Paige y Rose vieron la primera de las minas espaciales con trampa explosiva al mismo tiempo. Rose la vio como un repentino florecimiento de luz en uno de sus monitores. Paige la vio a través de los cristales de la torreta de bola.

—¡Hay una mina! —gritó Paige desde la torreta inferior.

—¿La *ves*? —dijo Finch bruscamente—. ¿Por dónde?

—No la vi. ¡Vi la explosión! Una de las sondas que regresaba la tocó.

—Sí, ésa se ha ido —dijo Rose. La luz en su pantalla había sido el rastro de energía de la explosión. Ahora el informe final del droide espía condenado brilló ante sus ojos.

—¡Muévanse, niños! —dijo Finch—. Estamos en un campo minado o estamos al borde de eso.

—¡*Veo* una! —dijo Paige—. Detrás de nosotros, aunque… de clase plata. Puedes verlas cuando la luz del sol las atrapa. Más pequeñas que un caza estelar.

Efectivamente, las minas estaban esparcidas como joyas en un anillo alrededor de Atterra Alpha, silenciosas, brillantes y mortales. Aunque estaban cargadas con explosivos, no eran dispositivos energizados. No emitían ninguna energía propia. Simplemente estallaban si algo se topaba con ellas.

Finch redujo el ritmo del bombardero pesado, mirando. La presión para detectar las minas recayó principalmente en el piloto; Paige solo podía ver detrás de la nave, y Rose y Nix no podían ver nada.

—Creo que estamos fuera de ellas —dijo Finch—. De lo contrario, ya hubiéramos golpeado una.

—*¡Hay una!* —gritó Paige—. *Debajo de mí*. Te lo perdiste por unos diez metros.

Finch se balanceó, lanzando el bombardero pesado prácticamente de costado. Cuando volvió a estar en pie, dijo temblorosamente:

—Esa fue otra.

—¿Deberíamos salir? —avisó Nix.

—No puedo —dijo Finch brevemente—. Tengo que recoger las sondas o corremos el riesgo de poner en peligro a la Resistencia.

Rose las contó mientras Finch volaba cautelosamente.

Pero mientras los droides espías viajaban en un flujo constante de regreso a su nave nodriza, Rose comenzó a sentirse un poco más segura de que el salto podría ser un éxito.

—¿Soy el único que se siente como si fuéramos un gran viejo cebo para aves gigantes sentado aquí a la intemperie, esperando para recoger a los pajaritos mientras los depredadores se nos acercan? —se quejó Finch.

—Oh, para de gemir —dijo Paige con su forma práctica—. Nadie nos ha notado todavía, y eso es porque estamos *siendo cuidadosos para no ser notados*.

—Sí, escucha a Paige y deja de gemir —dijo Rose, y luego agregó con satisfacción—: Todos nuestros pajaritos de Atterra Alpha vuelven a estar seguros en el nido. Vamos a salir de aquí.

—De acuerdo, bombardero, cierren esas puertas de la bahía de bombas y regresemos a Atterra Bravo para recoger al resto de nuestras chicas —ordenó Finch.

El vuelo de regreso a Atterra Bravo no ayudó a reducir la ansiedad de la tripulación. Tuvieron que esquivar no menos de otras tres naves que aparecieron y desaparecieron de los monitores; no había forma de saber si eran tráfico ordinario o si estaban armadas para el bloqueo. En lugar de avanzar rápidamente al punto de recogida, la *Martillo* tuvo que perder el tiempo escondiéndose en las sombras de los asteroides otra vez. Las escarpadas cimas de roca oscura se alzaban como montañas.

Era imposible no imaginar naves enemigas escondidas en cada esquina.

Luego tuvieron otro desagradable haz de rayos con un cañón automático. Pero Finch lo vio antes de que disparara su fuego, y nuevamente se desvió frenéticamente de allí.

—Creo que hablo por todos nosotros —anunció Nix—, cuando digo que estaré muy contento cuando estemos de regreso en el espacio abierto.

—Entendido —Finch jadeó, enderezando el camino del bombardero.

Finalmente, estaban de nuevo en órbita alrededor de Atterra Bravo, con la esperanza de no toparse con otro campo minado.

Pero en su lugar se encontraron con un nuevo problema.

El primer lote de droides espía que habían liberado había estado en el desgobierno por más tiempo, y como resultado tomó más tiempo para reunirlos.

—Ocho volvieron sanos y salvos —Nix avisó a Rose desde los estantes de bombas—. ¿Puedes ver más de ellos?

—Aquí viene otro grupo que completa una órbita —informó Rose desde los monitores—. Parecen seis o siete, pero podría ser simplemente basura espacial: prepárense en caso de que sean nuestros. Dios mío, es *peor* que arrear nerfs.

En realidad no sabía cómo era el pastoreo de nerfs. Pero no podría ser tan malo como esto.

—¿Cuántos están todavía por ahí? —llamó Finch.

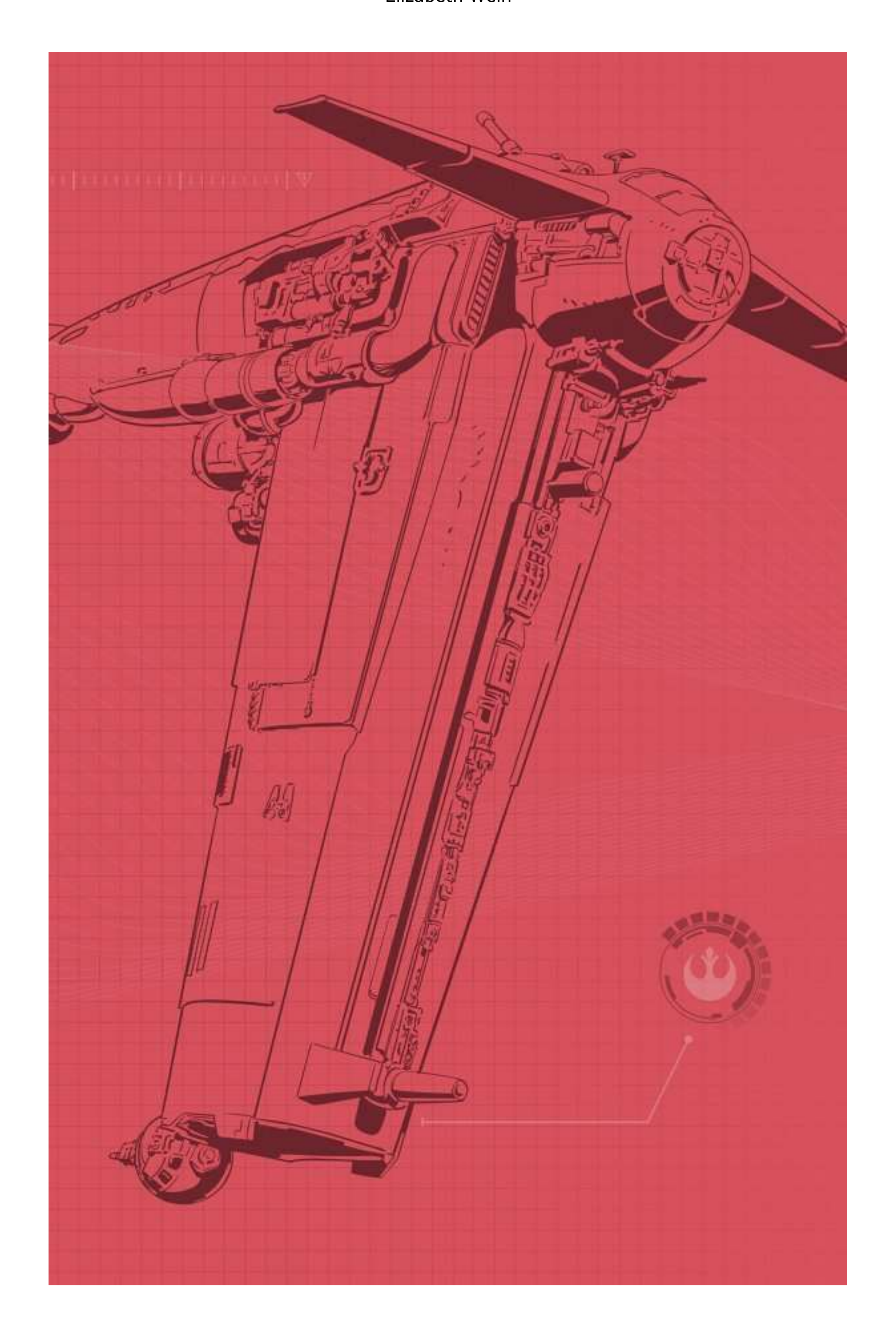
—Después de recoger este próximo grupo… *si* esto nos pertenece…, todavía hay otros cincuenta que agarrar —dijo Rose—. Sin contar los que ya han explotado.

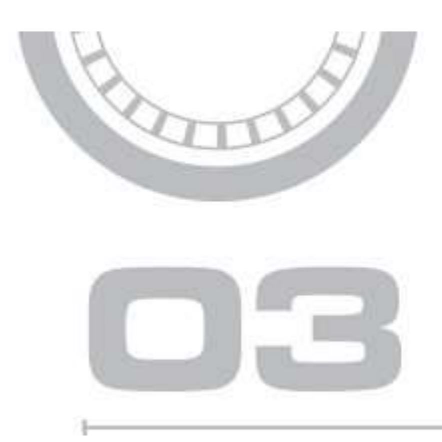
—Está bien, casi listo —dijo Finch alentador.

Fue en ese momento que apareció un extraño destello de luz en la pantalla que Rose estaba mirando, como si alguien hubiera arrojado un puñado de cristales de nieve iluminados a través del monitor.

Y justo como si los cristales se hubieran derretido instantáneamente, barrieron una línea en la esquina superior de su pantalla y desaparecieron.

Parecía un escuadrón de cazas estelares.





ROSE PARPADEÓ con fuerza. Miró la pantalla, preguntándose si se lo había imaginado, o si sus ojos cansados la estaban engañando.

Mientras miraba, con los ojos muy abiertos, dos de los relucientes pinchazos se precipitaron burlonamente hacia la esquina superior y desaparecieron de nuevo.

—Hum, Finch —dijo Rose—, no quiero asustar a nadie, pero creo que hay un montón de pequeñas naves por ahí… por delante de nosotros, cero-uno-tres sector cero-nueve, en movimiento. Están fuera de rango ahora, pero no muy lejos del alcance. Búscalos cuando se muevan: verás la luz del sol sobre ellos. —Añadió—: Paige, mantén los ojos bien abiertos, pero no creo que puedas verlos desde la torreta inferior, están delante de nosotros y en lo alto.

Hubo un largo y pesado silencio mientras Rose continuaba haciendo un recuento de los droides de prueba y Nix continuaba desviándolos hacia los estantes.

Entonces, Finch dijo de repente:

—Los tengo. Quiero decir, veo tu grupo de naves, Rose, hay siete de ellas. En formación. Están explorando de un lado a otro ese sector; debe ser algún tipo de patrulla. Podrían ser bandidos.

El piloto se detuvo.

—¿Cuántos de los droides tenemos desaparecidos? —preguntó por fin.

Rose revisó la lista.

—Solo quedan siete. Simplemente están completando una órbita. Si nos sentamos aquí y esperamos por ellos, esas patrulleras podrían vernos…

Nix avisó:

—Si nos escondemos en el laberinto de asteroides otra vez, nos perderemos la cita con las sondas y tendremos que esperar una hora y media para que hagan otra órbita.

—O podríamos encender los motores e ir a buscarlos ahora —le ofreció Paige con su voz tranquila.

Finch soltó una risa rápida y amarga. Como si esa no fuera la opción más peligrosa disponible… la opción que más arriesgaba a la Fortaleza Estelar a ser notada por la patrulla de veloces naves que zigzagueaban dentro y fuera de la parte superior de la pantalla de Rose y del campo de visión de Finch.

—Bien podría terminar con esto —dijo Finch—. Nix… Rose… ¿estáis dentro?

—Siempre estoy dispuesto a acabar de una vez —dijo Nix—. Estoy dentro.

Rose suspiró audiblemente sobre los auriculares de todos.

—Sí, lo que sea que Paige dice.

—Lista para todo, ¿verdad? Guay. Déjame saber lo que hacen esas pequeñas y rápidas patrulleras, Rose —dijo Finch—. Tienes la mejor vista de ellas.

—Eso es todo menos las últimas tres sondas —anunció Nix.

La atención de Rose todavía estaba clavada en sus pantallas.

Estaba empezando a ver un patrón de lo que estaba haciendo la patrulla de pequeñas naves, y no estaba segura de que le gustara.

También estaba ansiosa por comprobar el deflector para asegurarse de que estaba haciendo su trabajo. No le gustaba pensar qué pasaría si las veloces naves que brillaban en sus pantallas se dieran cuenta de que la Fortaleza Estelar de la Resistencia navegaba tranquilamente por la órbita de Atterra Bravo, recogiendo datos de droides espía llenos de información sobre lo que estaba pasando en la superficie del planeta.

—Finch, cuando hayamos recogido todas las sondas, ve directamente al laberinto de asteroides —dijo Rose.

—Entendido —dijo Finch. Rose no podía oír ningún nerviosismo en su tono, pero supuso que tenía que llegar a la misma conclusión de que estaban sobre la patrulla. Y se estaban volviendo más y más brillantes por momentos.

La patrulla estaba persiguiendo a alguien.

Los cazas estelares estaban extendiéndose lo suficientemente cerca como para que si sus pilotos hubieran podido tomarse el tiempo en mirar, hubieran visto fácilmente la luz del sol reflejándose en el bombardero pesado, incluso si su rastro de energía no era visible.

Pero obviamente estaban enfocados en otra cosa.

No solo estaban rastreando rutinariamente hacia adelante y atrás; estaban esquivando y tejiendo, rompiendo su formación y reformándose, siguiendo un destello de luz solar que se extendía delante de ellos.

La luz principal no era parte del resto de la formación. El brillo en la pantalla que guiaba al puñado de estrellas en movimiento no seguía el mismo patrón que los demás. Corría hacia adelante, girando salvajemente hacia atrás, y luego dando volteretas rápidamente hacia arriba o hacia abajo cuando su camino fue cortado por una de las otras luces.

Estaba tratando de escapar.

—¿Cómo vamos, Nix? —llamó Finch ansiosamente, porque la pelea de perros, o lo que fuera, se estaba acercando peligrosamente. En su camino actual, la *Martillo* se encaminaba directamente a la refriega—. ¿No están esas sondas todavía?

—Queda una. A la izquierda.

—¿Está dentro del alcance?

—Aún no…

—¿Podemos simplemente dejarla? Eventualmente se topará con una de esas minas y explotará.

Rose apretó los dientes.

—O tal vez podríamos activar su autodestrucción…

Si cualquiera de las sondas fuera atrapada con la información que ahora llevaban, plantearía cuestiones diplomáticas que podrían tener enormes consecuencias en el Senado de la Nueva República. ¿Quién envió las sondas de espionaje, y por qué? Estaban en territorio de la Primera Orden sin autorización. La Primera Orden podría reclamar algún tipo de violación del tratado, y el caso de Leia contra ellos podría arruinarse.

Paige le recordó al resto de la tripulación:

—Si Nix activa la autodestrucción de esa sonda ahora, la explosión garantiza que llamaremos la atención de esas naves. Probablemente fueron las minas explosivas las que trajeron a la patrulla hasta aquí.

Si el bombardero de la Resistencia fuese capturado, que ahora transportaba casi mil veces la carga de información que llevaba un solo droide sonda, tendrían que *volarse*.

Finch aceleró con determinación hacia la última sonda, y también hacia las extrañas naves. Con cada segundo parecía más probable que tuvieran que involucrarse con ellos.

—*¡Aquí viene ese droide!* —gritó Rose—. Nix, ¿estás listo?

Ella miró la pantalla. Podría reconocer al droide por su forma. Las otras naves, más cerca ahora, también comenzaron a mostrar contornos distintos en el monitor.

Finch, mirando las naves a cierta distancia desde la cabina del piloto, no pudo ver el fino detalle que Rose pudo acercar.

Ella hizo una advertencia en voz baja.

—Son cazas TIE. La patrulla. *Son cazas TIE de la Primera Orden*.

—Gracias por las buenas noticias —dijo Finch—. ¿Todas ellas?

—No reconozco la forma de lo que están persiguiendo. Es como un tubo. Pero pequeño… ¿algún tipo de caza estelar? Incluso más pequeño que un TIE.

—Parece que no va a sacudírselos, sin embargo —observó Finch.

—Podemos recoger nuestra carga y largarnos de aquí —avisó Paige.

—*Palabras sabias de la torreta inferior* —respondió Rose.

—Cerrando sobre la última sonda ahora —dijo Finch—. Nix, házmelo saber tan pronto como esté dentro. Voy a hacer un giro brusco en el cinturón para ponerme detrás de esos asteroides mientras inicio la secuencia de velocidad luz. Entonces dime el segundo en que las puertas de la bahía de bombas estén cerradas, porque no podemos entrar en el hiperespacio hasta que lo estén.

—Entendido —dijo Nix.

—Rose —continuó Finch—, toma tu lugar en la torreta del arma de cola… por si acaso.

Rose dejó los monitores y se abrió camino hacia las armas traseras más allá del deflector. La gran máquina zumbaba constantemente. Pero Rose sabía que no podría ocultarlos si los vieran.

Se instaló detrás del cañón láser con las manos en los controles.

—¿Paige? —dijo Rose.

—Estoy volando contigo —respondió su hermana desde abajo.

Mirando hacia atrás por donde había venido, Rose no podía ver lo que estaba sucediendo cuando la última de las sondas de Atterra Bravo voló a casa y Nix la bloqueó en su lugar.

—*Vámonos* —fue el aviso de Nix, y Finch desvió la Fortaleza Estelar de la órbita interna del planeta y el sol.

Los cohetes ardieron cuando Finch usó toda su potencia. En el momento en que volaban perpendiculares al planeta, Rose de repente tuvo una buena visión de las naves que habían estado tratando de evitar.

Los cazas TIE corrían hacia Atterra Bravo, los seis volando en formación. En su mayoría solo aparecían como bolas de luz a medida que el sol se reflejaba en sus superficies, pero durante una fracción de segundo se acercaron lo suficiente como para que Rose pudiera ver sus formas distintivas antes de volver a alejarse tras su presa.

Rose empezó a esperar que, si los pilotos TIE habían visto la *Martillo* y su carga de droides espía, estaban asumiendo que era parte de su propio bloqueo. Ciertamente no estaban prestando ninguna atención a eso; estaban completamente enfocados en la desesperada nave que perseguían.

Entonces, de repente, todas las naves de caza se elevaron hacia el bombardero pesado.

—¿Ya están cerradas esas puertas? —gritó Finch.

—Aún no… ¡Estoy en ello! —le gritó Nix.

Rose no se atrevió a disparar contra los cazas TIE. Si no hubieran notado a la *Martillo* ellos mismos, seguramente no les llamaría la atención, no cuando estaban tan cerca de entrar a la velocidad de la luz.

¿Qué haría Paige?, Rose se preguntó a sí misma.

Abajo, Paige tampoco estaba disparando. Rose estaba segura de que estaba haciendo lo correcto. *No ataques*, se dijo a sí misma. *Defiéndete si es necesario, pero no ataques*.

Rose esperó sin aliento mientras pasaban los segundos y los cazas se acercaban. Justo cuando la oscura superficie con picaduras de viruela del asteroide más cercano del Cinturón Atterra oscurecía la vista del espacio más allá de la Fortaleza Estelar, Rose vio la pequeña nave que era la presa de los TIE. Durante la mayor parte de la persecución, no

había sido más que un desconcertado y desesperado punto de luz dibujando espirales acrobáticas en su esfuerzo por escapar de los TIE.

Pero ahora dio otra rápida vuelta lejos de sus perseguidores y se extendió como un cometa directamente hacia el bombardero de la Resistencia.

Simultáneamente, Rose y Paige gritaron advertencias.

—*¡Finch, detrás de ti!*

—*¡Nix, cierra las puertas!*

—¡Lo estoy intentando! —avisó Nix—. ¡Nos estamos moviendo a máxima potencia y ralentiza su velocidad operativa!

Las manos de Rose se agarraron a los controles de sus cañones láser.

El camino de la nave que huía mientras corría hacia ella era un retorcido sacacorchos de fintas y esquivas, un vuelo experto que era casi imposible de fijar en su mirilla.

—Paige, ¿puedes atraparlo?

—Yo no… —La vacilación en la voz de Paige era urgente, y sostuvo algo que Rose no pudo identificar. Y entonces Paige gritó de nuevo, sin su habitual calma:

—*¿Están las puertas cerradas?*

Nix maldijo.

—*Dame unos segundos más…*

Rose sabía lo que estaba reteniendo a Paige. Era obvio que la nave que huía no estaba armada. Nunca había intentado defenderse. Solo trataba de escapar desesperadamente, y Paige no quería dispararle. No quería disparar contra una nave indefensa que intentaba escapar de una patrulla de cazas estelares armados.

La pequeña nave disminuyó bruscamente su velocidad al acercarse a la *Martillo*. Rose apuntó con cuidado y sostuvo la nave en su mira. Lo miró bien… un caza estelar interplanetario desgastado y maltratado de un diseño desconocido, delgado y esbelto como un tubo de conducto y lo suficientemente grande como para sentar a dos personas espalda contra espalda con las piernas estiradas frente a ellos.

Pero Rose no disparó. Paige no estaba disparando en la torreta de bola debajo de ella, y eso hizo que Rose también se detuviera.

De repente, la extraña nave dio un breve estallido de velocidad, y un segundo más tarde desapareció bajo la línea de visión de Rose. Y una fracción de segundo después de eso, hubo un tremendo choque y un golpe sacudió todo el bombardero.

Un torrente de obscenidades de Nix se vertió en los auriculares de Rose.

—¿Qué acaba de pasar? —gritó Finch.

—*¡Ese caza estelar loco nos abordó!* —gritó Paige, todo indicio de su habitual frialdad había desaparecido—. *¡Volaron directamente a la bahía de bombas!*

—*¿Nix?* —gritó Finch mientras guiaba el bombardero pesado a toda velocidad hacia el laberinto de asteroides que rodeaban el sol de Atterra.

El bombardero se sacudió, pero respondió a la llamada:

—Estoy bien. La nave está bien. Puertas cerradas. ¡Qué bien que no llevábamos bombas reales! Parece que tenemos un autoestopista.

Los cazas TIE llegaron gritando detrás de ellos, disparando cañones láser. Rose dejó de preocuparse por si era correcto o no devolver el fuego. Se inclinó hacia los controles de la torreta trasera y disparó. Fue un *alivio* estar haciendo algo después de toda esa espera. Debajo de ella, la luz del fuego del cañón de Paige era paralela a la suya. Como en un sueño, sin prestar realmente atención a lo que estaban diciendo, Rose escuchó a Nix y Finch gritándose el uno al otro a través de los auriculares de comunicación.

—¿Las puertas están cerradas, dijiste? —Ese era Finch—. Prepárense todos para la velocidad de la luz… en el momento en que nos alejemos de estos asteroides, voy a saltar.

—Hum, ¿hay algún problema con tus auriculares, piloto? —Gruñó Nix furiosamente—. *Tenemos un autoestopista*.

—*Y tenemos un grupo de cazas TIE de la Primera Orden en nuestra cola*.

Finch le gritó de vuelta.

—Ponte el cinturón y saca tu bláster y trataremos con el polizón cuando estemos seguros en el hiperespacio.

Y con eso, Finch dejó el Cinturón Atterra. La vista alrededor de Rose en la esfera de cristal de la torreta del artillero de cola brillaba con la luz del salto a la velocidad de la luz.

Tanto para la paz ilimitada del hiperespacio, pensó Rose.

El zumbido inexpresivo de Finch llegó a través del auricular de Rose:

—Ése *no* era un procedimiento estándar de intercepción galáctica. —Podía oírlo jadear por el esfuerzo que debió haberle tomado volar a toda velocidad a través del laberinto de asteroides—. Rose, baja y dale a Nix y a Paige algo de respaldo.

Rose salió de la torreta trasera y corrió hacia la escalera de acceso que conducía a la bahía de bombas.

Finch giró en su silla para saludarla.

—Ten, toma uno de mis blásters. Sólo estoy configurando el piloto automático… estaré justo detrás de ti.

Rose comenzó a bajar la escalera con el desintegrador de Finch metido en su cinturón de herramientas.

No pudo evitar mirar hacia abajo mientras subía.

Muy por debajo de ella, podía ver al pequeño y delgado caza estelar casi pegado a los estantes de las bombas al pie de la Fortaleza Estelar.

Uno de los soportes para la pasarela inferior se había enroscado alrededor del morro del caza estelar cuando se detuvo repentinamente en un espacio muy pequeño que realmente no estaba diseñado para contener una nave. Varios de los droides sonda habían sido aplastados por el impacto.

Rose estaba a la mitad de la escalera cuando uno de los doseles gemelos del pequeño caza estelar comenzó a abrirse. Hizo una pausa, volvió a comprobar su equilibrio, y apuntó con el desintegrador de Finch *por si las dudas*.

Finch se detuvo en la escalera encima de Rose. Nix se paró en la pasarela inferior dañada, y Paige se agachó junto a la escotilla de su torreta. Ambos tenían los desintegradores levantados.

La tripulación de la *Martillo* contuvo la respiración mientras esperaban para ver a quién habían atrapado.

La figura que salió de la cabina era baja y esbelta. El fugitivo miró rápidamente a su alrededor, vio a Paige y a Nix con sus amenazantes blásters, y levantó las manos enguantadas en señal de rendición.

Mirando más alto, el intruso vio a Rose y a Finch y se encogió de hombros con desesperación.

Finch marcó el número de la comunicación universal en su auricular.

—¿Puedes oírme?

El otro piloto no respondió en voz alta al principio… solo asintió con la cabeza. Luego, hablando apresuradamente, el fugitivo señaló a la otra cabina, cuyo habitante estaba luchando por abrir el dosel de la posición incómoda de la nave.

—Necesito sacarla… ¡dejadme ayudarla!

Era una voz juvenil, la voz de un chico, y se enredó con una emoción que casi impidió que el joven terminara su frase. Rose reconoció esa cogida. Estaba conectada a la reacción que tenías al final de una batalla… cuando esperabas estar a salvo otra vez, por un momento, y tus manos comienzan a temblar y tus piernas se sienten como si estuvieran llenas de agua caliente.

—Puedes ayudarla si no intentas hacer cosas raras —le dijo Finch.

Nix subió un poco la escalera para salir del camino. Paige cubrió al joven piloto con su arma mientras luchaba torpemente con el otro dosel y finalmente logró levantarlo.

Apenas había espacio para que el segundo ocupante del caza estelar se arrastrara. Paige finalmente bajó su pistola y extendió sus manos para que la extraña pudiera agarrarse a ella y tirar.

—¿Señora? ¿Está bien? —exclamó el piloto, tratando frenéticamente de abrirse paso entre la nave para llegar a su pasajera.

—Estoy bien, muchacho —dijo la otra, una mujer mayor cuya voz era sofocante pero práctica—. Cálmate. No asustes a alguien que te apunta con un bláster.

Rose alzó las cejas con incredulidad. Ella había esperado hostilidad o, al menos, miedo. Esta mujer sonaba como si nada pudiera sorprenderla.

—¿Hacia dónde os dirigís? —preguntó Finch, con una cortesía inexpresiva.

—*Fuera,* —dijo la mujer—. Fuera de Atterra.

—Entonces estaréis conformes con nosotros en solo dejaros en el puerto espacial más cercano, ¿cierto?

Su joven piloto se volvió hacia Finch, casi llorando de frustración.

—Nos tomarías en serio si fuésemos piratas, ¿no? ¿Hacia dónde *os* dirigís?

—*Reeves,* —advirtió la mujer con voz afligida.

—Sois unos piratas bastante inconvenientes —no pudo evitar comentar Rose. El chico parecía *asustado*.

Hubo un silencio incómodo.

—Bueno, estáis en nuestra nave —señaló Finch—. Entonces, o tendremos que dejaros en algún lado, o tendréis que venir con nosotros. No voy a salir de mi ruta por vosotros.

—No. —La mujer respiró profundamente—. No, nadie se va a desviar por nosotros. Es por eso que tuvimos que salir…

—Para contarle a la galaxia que nuestro planeta está siendo asesinado —concluyó el joven piloto apasionadamente.

De repente, Rose se estremeció, y Paige la miró.

Esas habían sido las *palabras exactas* de Paige para la General Leia Organa la primera vez que se habían conocido.

Paige tragó saliva. Luego comentó con cautelosa calma.

—Eso suena importante. —Finch asintió, y no lo llevó más lejos por el momento.

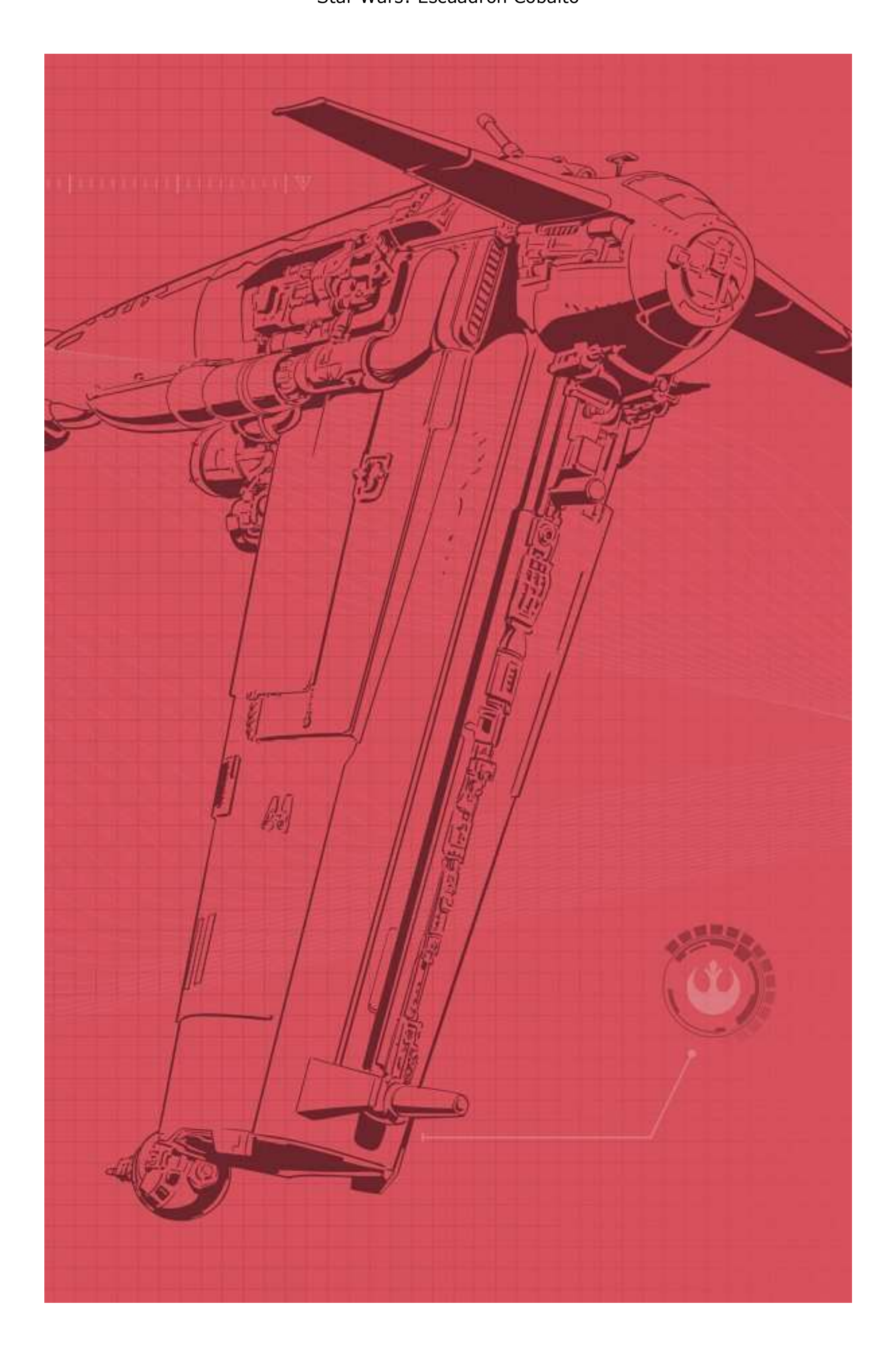
En cambio, señaló hacia arriba, hacia la abertura sobre los estantes de las bombas.

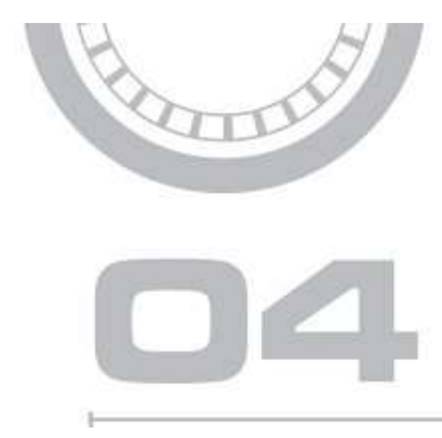
—No os podéis quedar aquí por el resto del viaje —les dijo a los intrusos—. Voy a tener que hacer que ambos suban a la cubierta de vuelo. ¿Estáis preparados?

—No parece que tengamos muchas opciones —dijo la mujer imperturbable—. Dirige el camino. Y…

Ahora su voz temblaba un poco, cuando el alivio de la atrevida huida la alcanzó y la adrenalina disminuyó.

—Y… *gracias* —añadió, su voz repentinamente intensa de emoción.





—¿Y QUÉ hacemos con ellos? —preguntó Finch a su equipo.

Había cambiado las comunicaciones de la tripulación a su propio canal para que los intrusos no pudieran escucharlas. Exhaustos y aprensivos, los autoestopistas estaban sentados en el suelo de la cubierta de vuelo, uno frente al otro. Ellos no hablaban; obviamente estaban siendo cautelosos sobre lo que fuera de lo que estaban escapando.

—Llevarlos de regreso a la base, que arreglen su nave, limpien su computadora de vuelo, enviarlos a donde sea que se dirijan… —Nix se detuvo—. Sí, puedo ver por qué esto es un problema. No podemos dejarles saber acerca de la Resistencia. De todos modos, ¿hacia dónde se dirigían? ¿Pensaban que iban a aparecer en la puerta del Senado y obtener una audiencia?

Con las coordenadas hiperespaciales establecidas para D'Qar, no había muchas opciones para deshacerse de los polizones antes de que el bombardero volviera a la base de la Resistencia. El sistema Ileenium era oscuro incluso en el Borde Exterior, y la fortaleza secreta de la General Leia Organa ciertamente no estaba etiquetada en ninguna carta estelar.

—Bueno, a menos que los dejemos en algún lugar en el camino, van a averiguar sobre la Resistencia cuando volvamos, ¿no es cierto? —Replicó Finch.

—Si están huyendo de la Primera Orden, no son tan diferentes a Paige y a mí —dijo Rose. Miró por encima del hombro a la exhausta pareja que estaba desplomada contra las paredes sin terminar de la Fortaleza Estelar. Ambos forasteros parecían estar mirando con sospecha y algo así como desesperación mientras la tripulación de la nave discutía su destino. Rose preguntó—: ¿Qué piensas, Paige?

—Creo que probablemente sean exactamente como nosotras. —Paige estuvo de acuerdo—. Entonces deberíamos entregarlos a Leia y dejar que ella se encargue de la situación por sí misma.

Rose atrapó a los refugiados mirándola y saludó con la mano, dándoles una sonrisa amplia y brillante que de alguna manera se sentía falsa en su propia cara.

—Leia quería que trajéramos su inteligencia de Atterra, ¿verdad? Bueno, le llevamos… ¡vida inteligente!

Nix y Finch se rieron vagamente. Paige no se rió.

La *Martillo* salió del hiperespacio al otro lado del anillo planetario que rodeaba D'Qar.

—Esto parece pan comido después del Cinturón Atterra —bromeó Finch—. Solo vuela debajo de él. Recuérdame, la próxima vez que me queje, que los asteroides que orbitan alrededor de un planeta son más fáciles de navegar que los asteroides que orbitan alrededor del sol.

Pero dejó de bromear, porque los últimos momentos de la misión estaban ocupados ya que se puso en marcha la complicada empresa de llevar la Fortaleza Estelar a tierra. En un gran muelle espacial, esta era una maniobra sencilla. Pero el secreto en torno a D'Qar significaba que al final de cada salto las Fortalezas Estelares masivas e incómodas tenían que ser guiadas con delicadeza a lo largo de kilómetros por las copas de los árboles hasta los búnkeres camuflados de la base de la Resistencia, luego se metían en improvisadas bahías de atraque subterráneas donde los clips de las bombas se podían quitar y reemplazar, al igual que los clips de municiones en algunos tipos de blásters de mano.

Nix montaba guardia sobre los forasteros mientras el resto del equipo trabajaba en la secuencia de atraque. Paige monitoreó las pantallas tecnológicas mientras Rose cerraba el deflector.

—Gracias por su guía —llamó Finch a través del comunicador al equipo de la tripulación de tierra que había trabajado para colocar la *Martillo* en posición y bloquear la nave en su lugar.

Luego añadió con gusto:

—Prepárense para recibir prisioneros.

Finch puso la energía en el modo espera y se quitó los auriculares. Se giró para mirar a los intrusos que esperaban.

—Siempre quise decir eso —les dijo, sonriendo.

Uno por uno, los pasajeros del bombardero pesado salieron de la cubierta de vuelo hacia el pórtico sobre el piso del búnker, con la tripulación flanqueando a sus «prisioneros».

Para cuando bajaron por las escaleras hasta el suelo, una pequeña multitud se había reunido para mirar. Nix le dio al joven piloto del caza estelar fugitivo un ligero empujón entre los hombros para obligarlo a avanzar hacia un círculo de soldados que esperaban. El chico lanzó una mirada ansiosa por encima de su hombro a su compañera.

La mujer mayor tranquilamente se quitó el casco. Su pelo corto, de color gris acero, y su cara dura y arrugada le daban aspecto de un comandante desgastado por la batalla.

Paige se quitó su propio casco y sus guantes, y los colgó por sus correas sobre su hombro. Le dijo en voz baja a Rose:

—Estamos de suerte… Fossil está aquí.

Fossil era la comandante de unidad de la Fortaleza Estelar de la Resistencia que incluía a los dos escuadrones Cobalto y Carmesí. Dio un paso adelante para pararse frente a los guardias, mariscales y curiosos.

Fossil era una martígrado, un bípedo como una babosa de piel plateada oscura y misteriosamente elocuente; era demasiado grande para ser de la tripulación de vuelo, pero se las arreglaba para mantener todo el registro de la misión operacional de todo el equipo y enviar listas de mantenimiento a algún lugar dentro de una cabeza tan grande como el torso de Rose. Las tripulaciones de bombarderos la llamaban «la Vieja Dama» a sus espaldas… pero no a su rostro severo e inexpresivo. Hasta que la conocías… y si la enojabas… era aterradora.

Fossil se adelantó para enfrentar a los dos desconocidos. El joven piloto se congeló cuando la vio y dio un paso temeroso hacia atrás.

Rose, observando, se preguntó por qué él estaba en esta misión.

Parecía demasiado fácilmente asustadizo para haber sido enviado por su gente como parte de un equipo de rescate. Rose le susurró a Paige.

—Tiene miedo de Fossil.

Pero la otra desconocida, la mujer alta y canosa, dio un paso adelante.

Rose vio que su valentía hizo que el joven piloto se enderezara un poco.

Fossil dijo con su voz formal y sonora:

—Quítate el casco, muchacho. Quiero ver tus ojos.

—Aquí están —respondió, obedeciendo rápidamente. Le mostró a Fossil una brillante y desafiante sonrisa. Rose pensó que podría estar enojado consigo mismo por tener miedo.

Ella sabía que se sentía demasiado bien. Reconoció su desesperado intento de cubrirlo con humor.

De cara a la martígrado, los hombros de la mujer canosa se elevaron y cayeron mientras dejaba escapar un aliento agudo a través de las fosas nasales dilatadas.

—Comprendo por qué no puede confiar de inmediato en nosotros, o tomar mi palabra —le dijo a Fossil—. Pero vaya y busque en nuestra nave si cree que le dirá más.

Agitó una mano desdeñosa hacia el bombardero pesado, que aún retenía al pequeño caza estelar en su bahía de bombas.

—No hemos traído nada con nosotros. Ni siquiera municiones… no tenemos ninguna. Nuestras armas han sido despojadas. Todo lo que he traído conmigo está aquí… —la desconocida se golpeó la cabeza—… y aquí. —Puso su mano en el hombro del chico tembloroso.

Había una dignidad en ella que ordenaba respeto.

—Continúe —invitó Fossil.

—¿Dónde estamos? —preguntó la mujer forastera.

—¿Dónde espera estar? —respondió Fossil.

—Estoy tratando de llegar a uno de los escaños del gobierno de la Nueva República —dijo la desconocida con cuidado—. Soy la representante del distrito de las Islas

Firestone en Atterra Bravo, que está en la jurisdicción de la Primera Orden. Quiero hablar con alguien que tenga voz en el Senado de la Nueva República.

—No tengo la libertad de decirle dónde está —dijo Fossil.

El chico interrumpió, con desesperación en su voz.

—Mire, ¿no podría decirnos adónde ir ahora? Esta es la *quinta vez* en esta temporada que el sistema Atterra intenta hacer pasar a alguien más allá del bloqueo con la noticia de cómo nuestra gente está siendo *asesinada*…

—Shhhh —su compañera más vieja dijo con dulzura.

—¡Y somos los únicos que no hemos *muerto* en el intento! —explotó el chico—. Ellos *deben* saber. ¡Necesitan saber qué está pasando allí!

Fossil dio un paso más. El joven piloto se mantuvo firme, temblando.

—Dígame —dijo la enorme y malhumorada martígrado con dulzura.

—*Quiero* saber.

—Están desgarrando nuestro planeta —dijo el joven simplemente—, y matando a miles de nosotros cada día. —Hubo una intensidad feroz en su voz que mantuvo a todos callados. No se había atrevido a mirar a Fossil desde ese desafiante momento en que ella había exigido verle los ojos. Él no era lo suficientemente valiente como para mirarla. Pero siguió hablando—. Cuando tratamos de enviar ayuda, nuestras naves salen disparadas del cielo. Sin ayuda, dos mundos se hunden en las llamas.

Rose estaba bastante segura de que nada alegraría más a Fossil que llevar a la General Organa nuevas noticias de una atrocidad concreta de la Primera Orden… algo en lo que Leia podría usar su argumento con la Nueva República para actuar contra ellos.

Pero la Vieja Dama no iba a regalar su juego tan fácilmente.

—Si pudiera hacer que una reunión así sucediera para ustedes —continuó Fossil lentamente—. *Si* pudiera… necesitaría una muy buena razón para eso. ¿Pueden darme una?

La mujer mayor miró a Fossil astutamente, observando la enorme cabeza de la comandante martígrado y sus ojos cristalinos, cada uno del tamaño de una palma humana.

—Aquí hay una razón —dijo la mujer alta y canosa—. Porque su propio pueblo fue perseguido por el antiguo Imperio mucho antes de que la Primera Orden reclamara territorio en nuestro Atterra. Es una de aquellos que nunca abandonaron la lucha contra la tiranía.

Fossil emitió un sonido que todos los que estaban bajo su mando sabían qué significaba, más o menos, *Yo seré la juez de eso*.

Pero levantó una gigantesca extremidad de plata e indicó que las tropas debían dejar que los desconocidos avanzaran delante de ella.

—Equipo de bombarderos, vamos —ordenó Fossil—. Veremos qué piensa la General Organa de su historia. El informe de la misión puede esperar.

Paige le echó a Rose una mirada de reojo, levantando sus cejas. Rose le devolvió la misma mirada, y Paige sonrió. Se alinearon detrás de Finch y Nix para seguir a Fossil y la tripulación de la extraña nave al Cuartel General de la Resistencia.

Por encima del hombro, la General Leia Organa llamó a los soldados que habían escoltado a los refugiados hasta la pequeña sala del mapa.

Sus propios guardias estaban detrás de ella, alertas e interesados.

—¿Alguien pensó en conseguirles a estos dos algo para comer y beber? —preguntó Leia.

—Yo iré —se ofreció uno de los guardias.

Leia se enfrentó a la mujer de pelo gris por un momento sin hablar, evaluándola. La general era considerablemente más baja que los dos polizones, pero tan completamente segura de su propia autoridad que su presencia siempre parecía enorme.

Leia le preguntó suavemente a la mujer desconocida.

—¿Quién es usted?

Como antes, si la forastera tenía miedo, no lo demostró. Su joven compañero estaba a su lado, sin poder imitar su tranquilo control.

—Soy Casca Panzoro —dijo la mujer—, y este es Reeve Panzoro. Es mi nieto; necesitaba un piloto y una nave para traerme hasta aquí. Reeve tuvo que robar una.

—¿Es de Atterra Bravo? —repitió Leia—. Solían llamarlo «Atterra Libre» durante el gobierno del Imperio, ¿no es así?

—Eso es correcto —dijo Casca Panzoro firmemente—. Somos un sistema de mundos gemelos, que dependen el uno del otro. Nuestro planeta hermano, Atterra Alpha, fue convertido en una prisión durante los últimos años del Imperio. Bravo era libre, pero era un tiempo de pesadilla viviente para ambos planetas. Los océanos de Bravo son ácidos y Alpha es nuestra única fuente natural de agua potable, por lo que cuando la comunicación se detiene entre nuestros mundos, la gente de Atterra Bravo muere de sed más rápido de lo que muere de hambre.

—Fossil, levanta un mapa para nosotras —ordenó Leia.

La comandante de la unidad de bombarderos barrió uno de sus tres grandes dígitos con brillo plateado sobre la consola, y un holograma del sistema Atterra parpadeó en el centro de la sala.

Paige y Rose se miraron la una a la otra. Rose sabía que ambas habían sentido la misma punzada de emoción cuando la desesperada mujer había pronunciado esas palabras familiares: *mundos gemelos*.

Casca continuó hablando sin parar.

—Mundos gemelos —repitió, mirando el mapa estelar—. Atterra Alpha y Atterra Bravo, en el sistema Atterra en el Borde Exterior.

El holograma brilló, los planetas hermanos en miniatura y otros cuerpos celestes girando rápidamente alrededor de su pequeño sol. No era realmente como el sistema natal de Otomok de Paige y Rose. Estaba Atterra Primo, un planeta gigante cuya gravedad era demasiado intensa para la habitación humana, y entre eso y los mundos gemelos de Atterra estaba el complejo cinturón de asteroides. Atterra Alpha y Atterra Bravo estaban mucho más cerca de su sol de lo que los planetas Hays habían estado en Otomok.

Deben ser tan luminosos y cálidos en la superficie, pensó Rose. Se sentía envidiosa y protectora al mismo tiempo.

Casca Panzoro miró bruscamente a su alrededor, evaluando cuán seriamente la gente la estaba tomando. La tripulación de la *Martillo* estaba escuchando atentamente. La expresión de Leia era preocupante, pero Rose sabía que Leia era capaz de ser tan astuta como cualquier espía de la Primera Orden. Las vastas características de Fossil siempre fueron imposibles de leer.

Casca se hundió, al borde del desafío en su voz un poco más fuerte ahora. Revelaba el parecido familiar que compartía con su nieto.

—Estuvimos bien por un tiempo después de que el Imperio fue derrotado. Pero ahora la Primera Orden es peor que el Imperio. Están destruyendo Atterra —dijo Casca—. Nos han impuesto un bloqueo mientras saquean nuestro gas y minerales, y nos están matando mientras lo hacen. No podemos obtener ningún suministro desde fuera del sistema, y tenemos prohibido viajar entre nuestros propios planetas. La Primera Orden ni siquiera permitirá que los asentamientos en el mismo planeta se comuniquen entre sí. No podemos lanzar nuestra propia defensa sin combustible, y sin poder comerciar, la gente de ambos planetas se muere de hambre. Pero es peor en Atterra Bravo, donde no hay una fuente natural de agua dulce. Incluso sin ser bloqueados, no podemos producir suficiente agua para que las personas se mantengan hidratadas en las regiones tropicales. Nuestra gente está muriendo de sed.

Leia supuso:

—¿Entonces quiere presentar una queja ante la Nueva República, a espaldas de la Primera Orden?

—Oh, mares estrellados, nos tomarían más en serio si fuésemos piratas —interrumpió el joven piloto Reeve Panzoro con frustración descontrolada—. ¿No es obvio que la Sra. Casca está tratando de obtener ayuda de la Nueva República? ¿Quién más podría ayudarla?

Casca no regañó al chico por interrumpir. Ella dijo con orgullo:

—Es cierto que necesitamos ayuda. Pero no le pedimos a nadie que pelee nuestra batalla por nosotros.

—Bueno, ¿qué estáis pidiendo? —replicó Leia.

Casca habló claramente ahora, lo suficientemente desesperada como para arriesgarse.

—Sé que el Senado simpatiza con las antiguas colonias imperiales independientes. Necesitamos suministros. Si pudiéramos obtenerlos extraoficialmente, entonces no causaría problemas entre la Nueva República y la Primera Orden. Entiendo por qué el

Senado no interferirá… sé que no quieren otra guerra galáctica. Sé que no pueden tomar acción oficial. Pero tal vez si lo mantuviéramos en silencio… quizás si alguien que había sido parte de la antigua Alianza Rebelde supiera de nosotros… o de algún ciudadano privado con interés en el libre comercio… Si tuviéramos la capacidad de luchar en nuestra propia batalla, la Primera Orden podría pensarlo dos veces antes de hacer esto en otro lugar. *Tienen* que ser detenidos. Porque si se salen con la suya en Atterra, lo *harán* en otro lugar.

Rose vio que Paige asentía sombríamente de acuerdo. Casca Panzoro no lo sabía, pero la Primera Orden ya lo había hecho en otro lado.

La refugiada de Atterra tenía razón: la Primera Orden debía ser detenida.

Casca vaciló antes de continuar hablando. Luego respiró hondo y se hundió.

—Le dije a su teniente aquí que soy la representante del distrito de las Islas Firestone. Lo que no dije es que también soy la comandante de un movimiento de resistencia unido en Atterra Bravo. Nos llamamos Sublevación Bravo. Hemos logrado reunir una pequeña flota de cazas estelares y de transporte, y hemos estado haciendo corridas de suministros entre nuestros planetas. Somos capaces de luchar por nuestra cuenta.

Casca y su nieto, Reeve, se miraron a los ojos de repente e intercambiaron un gesto privado y tranquilizador confirmando su trabajo en equipo.

—Pero como dije, necesitamos ayuda —agregó Casca. Hizo una pausa para tomar aliento, y continuó de manera constante—. Necesitamos combustible, alimentos, armas y equipo médico. Acceso al agua. La suficiente para mantenernos en marcha… la suficiente como para poder lanzar nuestro propio ataque. Las naves de la Primera Orden en nuestros cielos no están allí legalmente… por lo menos, es su propio territorio, ¡pero se supone que no deben morir de hambre y ejecutar gente en su propio territorio! Queremos armarnos para que podamos sobrevivir.

Casca había terminado su súplica. Hubo unos momentos de silencio, y las únicas cosas en la habitación que parecían moverse eran los planetas circulando en el mapa del holograma.

Todo lo que Casca Panzoro había dicho confirmaba los peores temores de Leia sobre Atterra y sobre la Primera Orden.

Leia le recordó neutralmente:

—Dijo que había robado su nave.

—Algunos asentamientos de Atterra Bravo tenían sus propias fuerzas de seguridad. Organizaciones locales que solían vigilar la piratería y el contrabando. La Primera Orden ha incautado todas sus naves, pero logramos esconder algunas de ellas primero. Reeve tomó la nave de su padre. Su padre… Rendal Panzoro, mi hijo… fue uno de los pilotos de la Guardia de las Islas Firestone. Fueron brutalmente blancos del bloqueo de la Primera Orden… brutal y despiadadamente.

El joven piloto apartó la vista de su abuela, sus ojos ardían con un doloroso recuerdo.

—Hicieron que todos los impactos parecieran accidentes… ya sabe, alguien choca contra uno de esos asteroides en el cinturón. —Casca agitó una mano para indicar el

complejo sistema planetario brillando tranquilamente en miniatura en el medio de la sala—. O un par de naves patrulla chocan entre sí. O el motor de alguien falla al reingresar y explota. Hay campos de minas en órbita alrededor de ambos planetas de Atterra. *Sabíamos* que no era accidental, así que dejamos de volar… no queríamos perder más naves, o más buenos pilotos, cuando era obvio que íbamos a necesitar personas que supieran cómo volar y cómo luchar. Pero en el momento en que dejamos de volar, vinieron y reunieron a la mayor parte de la flota.

Casca vaciló, luego continuó con mucho cuidado.

—Mi hijo, Rendal, fue uno de los pocos que llegó a Atterra Bravo después de ser atacado. Logró decirnos lo que había visto. Había tenido un encuentro con un par de cazas TIE. ¿Qué estaban haciendo dos cazas TIE en órbita alrededor de Atterra Bravo? ¿Y por qué habrían derribado a un caza estelar de aplicación de la ley privada? Rendal regresó con vida, y logramos reparar su nave, pero él… —Casca se detuvo de nuevo, tragó saliva y finalmente terminó—. Le llevó mucho tiempo morir.

Extendió una mano para tocar suavemente a su nieto en el hombro; no era obvio si lo hacía para tranquilizar al chico o para tranquilizarse a sí misma. Quizás a ambos.

—Lo siento —dijo Leia en voz baja—. Lo siento por su hijo. —Se volvió hacia Reeve por un momento, y agregó—. Y él también era tu padre. Lo siento.

El chico asintió, mordiéndose el labio. Giró su cara lejos de ella, evitando tener que responder en voz alta.

—Y lo siento por Atterra —concluyó Leia. Contempló los planetas en miniatura y luego le hizo a Casca otra pregunta puntiaguda—. ¿Sabe dónde está ahora?

Casca miró a su alrededor como si esperara que la habitación pudiera darle una pista. Por fin, se volvió hacia Leia y dijo con cansancio:

—No, no lo sé. Yo… yo tampoco sé quién es usted.

Leia asintió irónicamente. Se alejó de los dos forasteros.

—Nuevamente, me disculpo. Mi nombre es Leia Organa.

Los ojos de Casca se abrieron de par en par. Ella obviamente conocía el nombre.

—Era parte de la antigua Alianza Rebelde —dijo—. Y si no me equivoco, tiene conexiones con el Senado. ¿Hemos llegado al lugar correcto completamente por accidente?

—Tal vez no del todo por accidente —dijo Leia, sacudiendo la cabeza.

—En cuanto al lugar, no puedo decirle dónde está sin tener que mantenerlos encarcelados aquí. Y realmente no quiero tener que hacer eso. Pero…

Ella se volvió.

—Pero puedo asegurarle que, si es quien dice ser, ha venido al lugar correcto. Entonces, si está dispuesta a cooperar conmigo… esperar aquí, quizás, mientras sigo su historia… entonces quizás pueda encontrar una manera de ayudarle.

Casca Panzoro y su nieto voltearon a mirarse una vez más. Esta vez, se miraron a los ojos. Por primera vez, Rose vio una expresión diferente al miedo o el dolor en sus caras.

Ella vio esperanza.

El soldado que Leia había enviado antes regresó con una bandeja con dos tazas y un montón de porciones de proteínas.

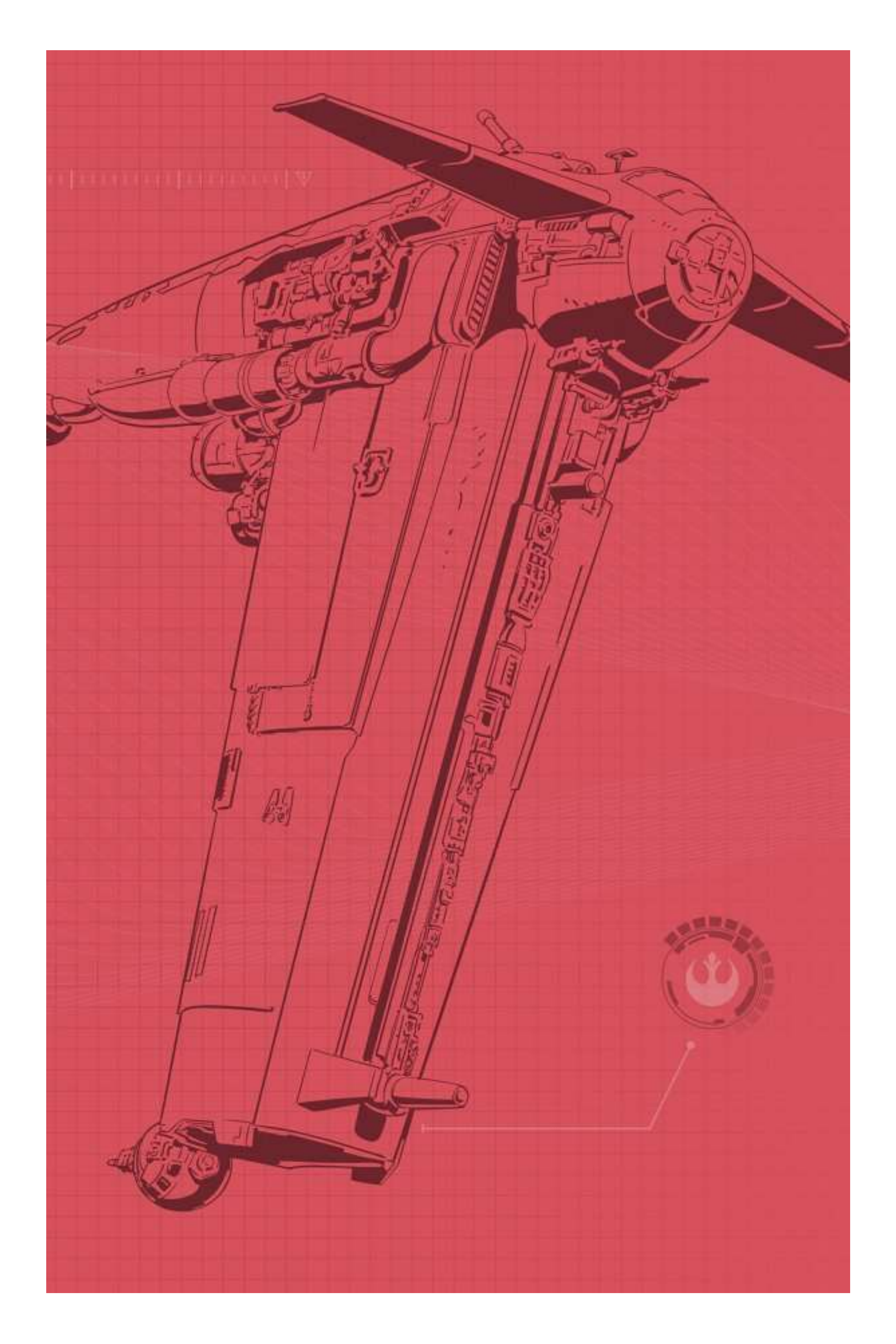
—Está bien, todos vuelvan al trabajo. Y, sargento, encuentre a estos dos viajeros algún lugar donde puedan comer en paz —ordenó Leia.

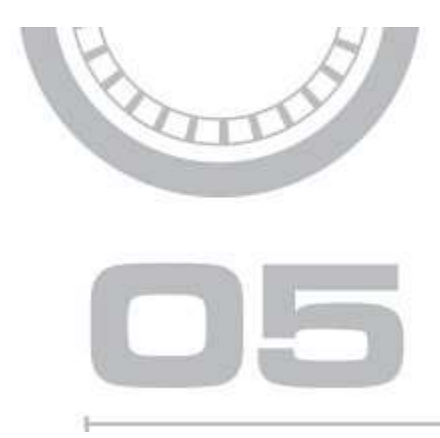
—Pero manténgalos estrictamente bajo vigilancia. Quiero hablar con Fossil.

La tripulación de la *Martillo* comenzó a salir tras los otros.

—No ustedes cuatro. —Dijo rápidamente Leia—. Quiero hablar con ustedes, también.







LEIA ESTUDIÓ a la tripulación del bombardero, su expresión no revelaba nada.

Todos se pusieron firmes. Después de un momento, Leia se rió.

—Están *todos muy serios*.

—Solo cuando estoy cerca —murmuró Fossil ominosamente.

—Pueden sentarse —dijo Leia a la tripulación del bombardero—. Sé que están cansados. Y todavía no han tenido su informe de rutina. No es necesario supervisar el desempaquetado de los droides sonda… se lo pasaremos al equipo de inteligencia.

Paige, Rose y el resto de la tripulación miraron a Fossil, su comandante, para confirmar que podían sentarse. La Vieja Dama les dio un lento parpadeo de aprobación, sus ojos cristalinos se cerraron por un largo segundo.

Cuando tomaron sus asientos, Leia fue directamente al grano.

—¿Cómo recogieron a sus autoestopistas?

El piloto de la *Martillo*, Finch Dallow, actuó como portavoz de la tripulación. Les contó a Leia y a Fossil cómo los dos refugiados de Atterra habían llegado a bordo de la Fortaleza Estelar mientras daba el salto a la velocidad de la luz.

—La historia de Casca Panzoro es muy convincente —dijo Leia.

—Pero…

—Podrían ser espías de la Primera Orden —reconoció Fossil con su voz profunda y sonora—. Me resulta muy difícil creer esa elaborada historia de telaraña de cómo un niño humano logró escapar de una patrulla de seis cazas TIE.

Finch se encogió de hombros.

—Sus acrobacias aéreas fueron bastante extraordinarias. No tienes que ser un héroe fornido para volar como un as.

En privado, Rose estuvo de acuerdo con Fossil. Reeve Panzoro parecía demasiado fácil de asustar. Había tapado su miedo con un desafío grosero, pero eso no era lo mismo que dominarlo. Rose lo sabía muy bien. Reeve había logrado escapar audazmente, pero Rose no querría tener que depender de él en una pelea.

Paige respaldó a Finch.

—Reeve es exactamente el piloto que habría llevado conmigo si fuera Casca Panzoro… alguien a quien ya conocía y en quien confiaba. Alguien que me importara. —Lanzó una sonrisa a Rose—. Familiar.

—Es una hermosa distracción, su relación familiar —señaló Fossil—. Y todo puede ser parte de la estratagema perfecta… un plan cuidadoso para abordar embarcaciones desconocidas y rastrearlas hacia la fuente. No puedes seguir o rastrear una nave a través de la velocidad de la luz. Pero si colocas un testigo a bordo de la nave y arrullas a la tripulación para que crean en la historia del testigo…

—Es algo que debemos tener en cuenta —coincidió Leia—. Pero creo que es poco probable… no saben que somos un movimiento en oposición a la Primera Orden. Creen que somos un puesto militar comprensivo que podría ayudarlos. Y *presiento* que están diciendo la verdad.

—Siempre está *presintiendo* cosas —dijo Fossil con desaprobación.

Rose estaba frunciendo el ceño. No se dio cuenta hasta que encontró a Leia mirándola directamente, singularizándola.

—¿Tú también lo sientes? —le preguntó suavemente la general.

Rose tragó saliva. Echó un vistazo a Fossil para obtener aprobación para hablar.

—Responda su pregunta —le indicó la comandante de Rose.

Rose sintió que la mano de Paige la tocaba ligeramente en el brazo, rápida y tranquilizadora.

—No *siento* nada —dijo Rose—. No en la forma en que se refiere. No a través de nada como… como la Fuerza. Pero creo que ese chico estaba diciendo la verdad. Estaba asustado. *—Y un poco descarado,* agregó en privado en su cabeza—. Pude ver que estaba asustado cuando lo conocimos.

—Un buen espía habría logrado eso fácilmente —dijo Leia—. Informaste que todos lo estaban apuntando con un bláster cuando salía de su nave.

—No tenía miedo de los blásters —dijo Rose—. Tenía miedo del vuelo que acababa de hacer. Se sintió *aliviado* de haber salido de su nave.

Leia frunció el ceño.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Me siento así todo el tiempo después de un salto —admitió Rose.

Luego agregó rápidamente, en su propia defensa:

—Soy mejor en controlarlo.

Paige de repente estuvo de acuerdo.

—Rose tiene razón. Yo también lo vi.

En ese momento, el sensor a la entrada de la habitación se iluminó, y Leia se movió para abrir la puerta. Vober Dand entró, el gran tarsunt barbudo que era el controlador de la base de la Resistencia. Había estado a mano cuando el bombardero pesado había aterrizado.

—Aquí está el informe que solicitó —le dijo Vober a la general, entregándole un panel de datos.

La tripulación de la *Martillo* no esperaba que Leia compartiera con ellos lo que fuera que estuviese leyendo, y se sorprendieron cuando levantó la vista y dijo con franqueza:

—Bueno, su nave sin duda es de Atterra Bravo. El registro electrónico muestra que nunca ha estado fuera del sistema antes… está equipado para la velocidad de la luz, pero solo ha hecho saltos cortos en el sistema cruzado. Y hay una huella corporativa que dice que fue construida para la Unidad Exterior Radiocore Elements Mining Company, sea lo que sea. Es un registro muy antiguo, pero podría ser válido. Dijeron que habían robado la nave.

Pasó el panel de datos a Fossil.

—Hasta ahora su historia sigue siendo plausible —dijo Fossil.

Ella no dijo nada más, y la tripulación de la *Martillo* esperó torpemente, preguntándose dónde iban a llevar esto la comandante y la general.

—Querían suministros —dijo Fossil. Sus relucientes ojos como platos eran ilegibles—. Podríamos proporcionarles eso.

—¿Cómo podríamos proporcionar eso? —se quejó Vober.

—Nosotros, los bombarderos pesados de los escuadrones Cobalto y Carmesí podrían hacer tal entrega —dijo Fossil—. Podríamos hacer una serie de carreras a su planeta y dejar caer lo que necesitan en misiles con cohetes transportados en nuestros bastidores de bombas. Sería de poca dificultad y podríamos hacerlo rápidamente.

Fossil volvió sus gigantescos e ilegibles ojos cristalinos directamente sobre Rose.

—¿Encontraste que tu deflector de potencia funcionaba con éxito? —preguntó ella.

—Bueno, no es la cosa más bonita que haya hecho —dijo Rose—. Pero el pequeño monstruo sí funcionó. Seguía preocupándome que los enlaces se desconectaran, pero incluso cuando recibimos un par de descargas directas de cañones automáticos, todo se mantuvo unido.

Paige agregó espontáneamente:

—Parte del motivo por el cual el deflector funcionó tan bien es por el sistema de Atterra en sí mismo. Tener todos esos asteroides escondidos en el Cinturón Atterra significaba que nadie podía *vernos* la mayor parte del tiempo. Y como no parecíamos emitir ninguna energía, estábamos completamente ocultos hasta que entramos en la órbita de cada planeta.

—Además de los impactos directos del cañón automático que mapeamos —corrigió Nix.

Rose saltó en defensa de Paige.

—Bueno, nunca volveremos *allí* de nuevo.

La General Leia Organa levantó la mano y la tripulación del bombardero de inmediato dejó de discutir.

Leia negó con la cabeza.

—Parece que es una misión que podríamos lograr. —Se volvió hacia Vober para tranquilizarlo—. Pero no estoy autorizando nada hasta que hayamos echado un vistazo a algunos de los datos que trajeron.

Finalmente, se volvió hacia Fossil.

—Este equipo es todo tuyo ya —dijo.

—Puedes asumir el control de tu informe operativo habitual. Pero me gustaría escuchar si te parece bien.

Leia no dijo una sola palabra mientras Fossil interrogaba a la tripulación del bombardero sobre los detalles de su reciente misión. Esperó hasta que terminó la reunión informativa. Luego, cuando la tripulación comenzó a irse, caminó hacia Paige y puso una amigable mano sobre su hombro.

—La crisis de Atterra realmente debe hacerte pensar en casa —dijo.

Paige asintió. Aún estaba sentada, y con la mano de Leia apoyada en su hombro, le habría resultado incómodo a Paige ponerse en pie. Rose tampoco se levantó, esperando a su hermana.

—Sé cómo se siente eso —dijo Leia—. Pienso en Alderaan cada vez que escucho una historia como ésta. Pienso en mi hogar, y todos estos años después, *todavía* pienso en Alderaan como mi hogar. Cuando escucho una historia como la tuya, o como la de Reeve y Casca, en un instante pienso, *si ganamos esta vez, podré volver*… y un instante después recuerdo que desapareció. *No podemos* dejar que siga sucediendo.

Hizo una pausa.

—Quiero ayudarlos —dijo—. Y Casca tiene razón: si *no* ayudamos ahora, la Primera Orden se volverá más audaz y lo hará una y otra vez. Y entonces será demasiado tarde para evitar la guerra. Pero mi propio movimiento de Resistencia no es lo suficientemente grande como para actuar como una fuerza de seguridad galáctica, y no puedo precipitarme en una misión de rescate. Necesitamos un plan.

Leia puso una mano sobre el hombro de Rose, también, así que la general estaba parada entre las hermanas Tico e incluyéndolas a ambas en su ruego.

—Me gustaría enviaros a Atterra Bravo como exploradores avanzados —dijo Leia—. Me gustaría tener un par de personas reales en el terreno para confirmar la historia de Casca Panzoro. Si lo que nos cuenta es cierto, también necesitaré a alguien en el terreno para establecer un vínculo con los organizadores de Sublevación Bravo antes de comenzar a contrabandear los suministros que necesitan con tanta desesperación.

—¿Una misión de inteligencia? —preguntó Paige con interés.

Leia negó con la cabeza.

—Explorar, no espiar. *Reconocimiento*. Pensadlo. Habladlo juntas. Si no queréis hacerlo por vuestra cuenta, puedo preguntarle a alguien con más experiencia en esta línea de trabajo. Pero es una misión a la que tenéis derecho, así que os la ofrezco primero.

Leia levantó sus manos, liberando a Rose y Paige para que pudieran irse.

—Tomaos veinticuatro horas —dijo Leia—. Con personas que ya mueren de sed allí, esta tendrá que ser una decisión rápida. Pero nos llevará un día equipar una nave apropiada. Así que tenéis un día. Pensadlo. Hablad de ello. Volved a mí mañana.

Rose lo pensó todo el resto del día… todo el informe que tuvo que hacer en la asamblea técnica era sobre el éxito del deflector, y durante todas las horas que pasó revisando los enchufes del bafler mientras debajo de ella, el jefe del equipo de la Fortaleza Estelar, Hadeen Bissel, dirigía a un equipo de reparación mientras retiraban el clip de la bomba que había sido dañada cuando la nave de Atterra hizo su incómodo aterrizaje forzoso.

Rose *pensaba* en ello, y no había dudas en su mente de que quería hacerlo.

Pero ella y Paige aún no habían *hablado* de eso.

Apenas habían tenido un momento juntas desde su regreso a D’Qar.

Cuando finalmente pudieron derrumbarse en su bloque de literas compartido esa noche, Rose se había quedado dormida al instante, completamente agotada como siempre lo estaba tras un salto.

Paige la despertó temprano a la mañana siguiente.

—Vamos —le dijo a Rose—. Veamos el bosque.

La naturaleza de D’Qar, justo después del amanecer, era un lugar de belleza inquietante. No se podía caminar mucho en el bosque virgen; los únicos senderos fueron hechos por los cazadores de la Resistencia y los recolectores. Paige siempre esperaba ver la vida silvestre en esta exuberante jungla, aunque ella y Rose nunca se habían topado con nada más que pájaros e insectos.

Algunos de estos eran lo suficientemente grandes… o lo suficientemente pequeños, en el caso de los enjambres de mosquitos punzantes… para volver a Rose cautelosa. No había existido vida animal en absoluto en su planeta natal gemelo y helado, Hays Minor, tan lejos del sol que todos los alimentos debían cultivarse bajo luz artificial.

Dos golondrinas sónares, no más grandes que la mano de Rose e iridiscentes como una mancha de aceite, se abalanzaron y se sentaron en el hombro de Paige. Estos pajaritos, que siempre viajaban en parejas o bandadas, parecían encontrar el ruido de cualquier tipo irresistible y estaban fascinadas por el habla humana.

—Me encanta estar aquí —dijo Paige—. ¿Sabes lo que me gustaría hacer? Venir aquí cada día y estudiar todos los pájaros de D’Qar. Tomar hologramas y grabar sus canciones y la forma en que vuelan, y hacer un catálogo que los enumere a todos.

Los pájaros en D’Qar fueron los primeros animales reales que las hermanas Tico habían visto en su vida.

De vuelta en casa, cuando eran más jóvenes y antes de que su mundo fuera devastado, Paige había estado obsesionada con los animales. Su entusiasmo también había afectado a su hermana menor. Aunque Hays Minor había sido demasiado frío para soportar la vida silvestre nativa en su superficie, las paredes de la vaina de la familia Tico habían sido

vibrantes con imágenes de corceles y gatos monteses, manadas de ganado y toros marinos gigantes. Todos los juegos que Paige había inventado de niña implicaban cuidar de los animales, montarlos o curarlos. Y Rose la había seguido, como siempre lo hacía.

—Parece que las únicas aves que contamos son las de los espías —se quejó Rose.

—¿Por qué eres tan absolutamente optimista *todo el tiempo*?

Paige puso su brazo sobre los hombros de Rose y se inclinó para tararearle al oído. Las dos golondrinas sónares saltaron a lo largo del brazo de Paige, siguiendo el sonido de su voz, hasta que saltaron sobre el hombro de Rose. Cuando Paige retrocedió, las hermosas criaturas resplandecientes agitaron sus plumas tintineantes al lado de la cabeza de Rose.

—Lo hago para mantener el ánimo, por supuesto —dijo Paige—. Le prometí a papá que cuidaría de ti.

Paige tocó el medallón de oro pálido alrededor de su cuello.

—Siempre dijimos que íbamos a viajar juntas por la galaxia, y lo estamos haciendo, ¿verdad?

Rose casi responde con su natural sarcasmo: *Sí, estamos en un crucero de lujo*.

Pero Paige estaba seria y alegre, y parecía malo derribarla. Ambas lo habían deseado tanto mientras crecían en el frío y la oscuridad… para caminar juntas al sol en algún planeta verde y azul calentado por una estrella brillante.

Rose dejó que Paige dijera la última palabra esta vez.

—Lo estamos haciendo —repitió Rose lentamente, consciente de que Paige no solo quería decir D’Qar—. Entonces, ¿qué piensas? Lo has pensado, ¿no?

—¿Pensar sobre qué? —dijo Paige.

—¡Oh! ¡Tuercas y tornillos! —exclamó Rose—. ¿Qué piensas que quiero decir, abrir un zoológico interplanetario? ¿Vender joyas de haysiano a senadores ricos? ¡Sobre la misión de Leia, por supuesto! ¡Sobre espiar en Atterra Bravo!

—*Reconocimiento*, —dijo Paige—. No espiar. No es trabajo de inteligencia… solo información cruzada.

—¿Bien? Ella nos dijo que lo pensáramos. ¿Has pensado sobre eso?

—Alguien tiene que hacerlo —dijo Paige—. Pero no estoy segura de que seamos nosotras.

Rose frunció el ceño a su hermana en la fría media luz del amanecer y la sombra de los asteroides.

—¿Por qué no?

—No quiero que te pase nada. Soy responsable de ti.

—Ya estamos casi hasta las orejas en esto —señaló Rose.

—Siempre tengo dudas cuando estoy aquí fuera temprano en la mañana —admitió Paige—. Es muy tranquilo. Y me hace anhelar una vida ordinaria.

—*Pacífica* no está realmente en la descripción del trabajo de bombardero pesado de la Resistencia —dijo Rose.

—Por supuesto que no. Es en lo que estamos trabajando —respondió Paige.

Caminaron un poco más por el sendero.

—¿Has pensado *tú* en eso? —preguntó Paige de repente.

—¡Por supuesto que lo pensé!

—¿Y?

—¡Estoy lista para partir después del desayuno!

Paige se rió.

—El caso es que —dijo Rose—, no lo lograría sola. Podrías hacerlo sin mí, pero no lo lograría sin ti. No tengo miedo de acabar muerta… estaría igual de muerta si los cazas TIE nos hubieran volado ayer. —Ella usó el sobrenombre infantil con que había llamado a su hermana mayor cuando eran muy pequeñas—. Pero Pae-Pae… —Rose tragó saliva—. Me da miedo que ya no seamos un equipo.

—Eres tan *linda*. —Paige se rió.

Rose puso los ojos en blanco.

—¡No seas avergonzante!

—Soy tu hermana mayor —dijo Paige—. Ése es mi trabajo. Eso y mantenerte viva.

—¿Por qué crees que Leia *nos* lo pidió? —se preguntó Rose—. Ella dijo que era nuestro *derecho*. ¿Por qué tendríamos la primera oportunidad en esta misión?

—Bueno, está lo obvio… hemos demostrado que somos versátiles —respondió Paige—. Soy una crack con el cañón láser, y soy una piloto razonable; te has convertido en una experta en chapuzas con extravagantes hiperimpulsores y sistemas auxiliares de combustible.

Rose resopló. El sonido se perdió en el zumbido de un pequeño enjambre de diminutas libélulas doradas que zumbaban más allá de sus cabezas. Rose se agachó, y Paige se rió de nuevo.

—Fuiste la primera persona a la que recurrió Leia cuando quiso ese deflector de potencia para el último salto —dijo Paige—. Y ya hemos estado en Atterra, así que sabemos qué esperar cuando volvamos. Pero también… creo que Leia *cuenta* con que queremos hacerlo juntas. Ella sabe que somos un equipo.

—¡Bien, entonces! Tenemos que ir juntas para que puedas mantenerme con vida —dijo Rose—. Así que preparémonos para nuestra inesperada misión de espionaje.

—*Reconocimiento*, —insistió Paige—. Deja de llamarla una misión de espionaje.

Luego añadió:

—Sabes que en realidad no estamos solas. El piloto irá con nosotras.

—¿Qué piloto?

—El piloto de Atterra. Reeve Panzoro.

—Oh, estás *bromeando*. Por favor, dime que estás bromeando.

—Uno de esos atterranos tendrá que quedarse aquí, como una especie de rehén de buena voluntad, pero vamos a necesitar un guía. Un contacto en tierra. Casca Panzoro quería ir sola y dejar a su nieto aquí, donde está a salvo, pero *estaremos* más seguras con un buen piloto local en esa tormenta de rocas del Cinturón Atterra. Y si algo sale mal, Casca parece ser un rehén más valioso para la Resistencia… o un aliado más útil.

Rose dejó que sus dudas sobre Reeve Panzoro salieran a la superficie.

—Vale, entiendo que es un piloto fabuloso, y entiendo por qué Casca querría llevarlo con ella cuando *salió* de Atterra. Pero, ¿confías en él? ¿Y Leia realmente va a hacer que uno de ellos se quede aquí mientras que el otro regresa con un par de extraños? ¿Te imaginas si ella *nos* hiciese eso?

—Sabes que no lo haría —dijo Paige—. No si no estuviéramos de acuerdo. Así que debe confiar en ellos.

—Acabas de decir que Casca era una potencial rehén. Apuesto a que no tuvieron elección.

Paige parecía incómoda.

—Bueno, tal vez no lo estén. Pero es una situación diferente a la nuestra.

Rose suspiró.

—Simplemente genial —refunfuñó—. Una misión de espionaje con alguien que tal vez no quiera estar allí. No tenemos ni idea de si podemos confiar en él. Y es tan… —Ella luchó por encontrar la palabra adecuada.

—¿Joven? —sugirió Paige.

—Asustadizo —dijo Rose.

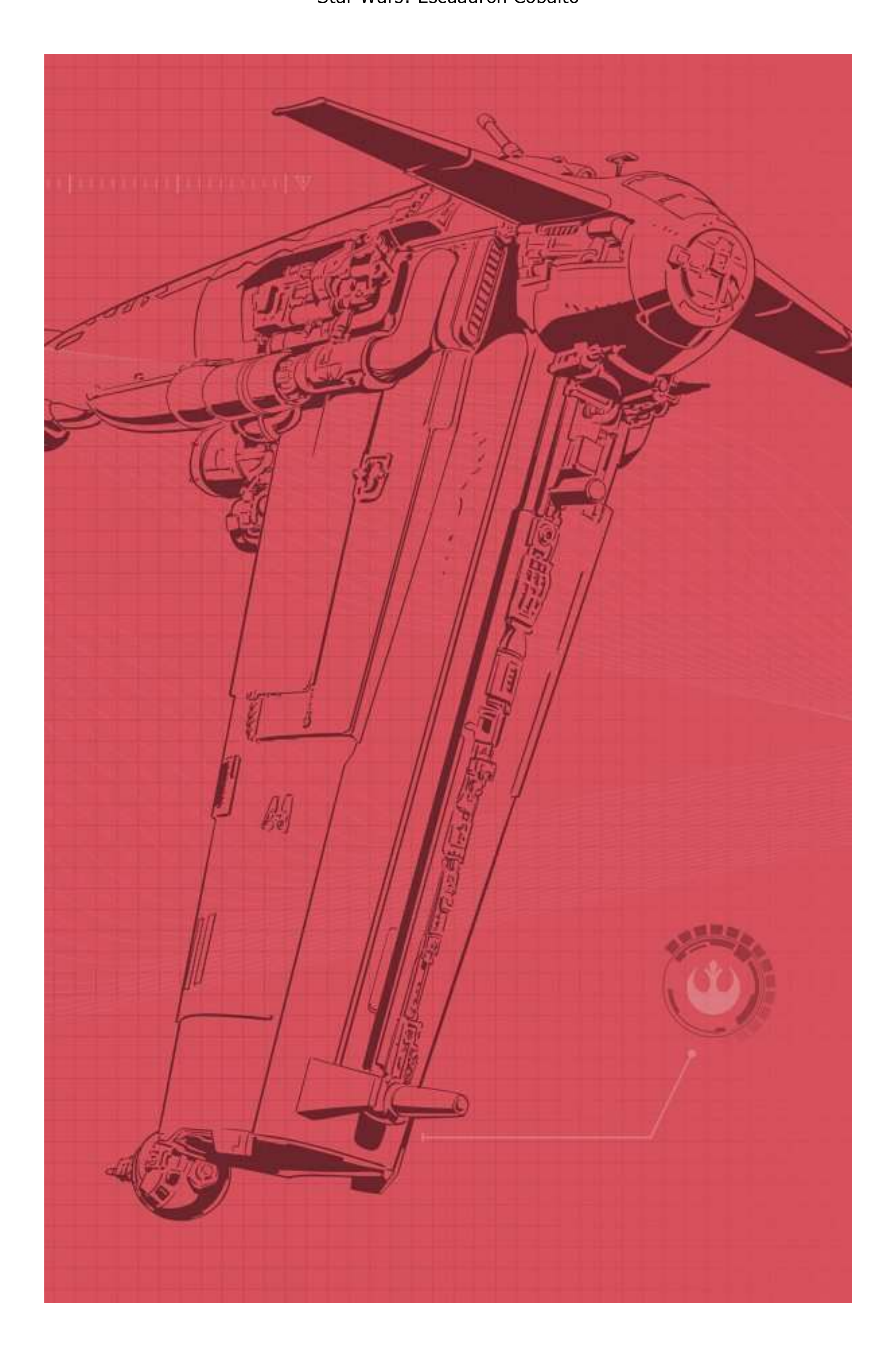
—Bueno, tú también. Dijiste que tienes miedo todo el tiempo. Dijiste que era parte de ti, como usar tu medallón de Otomok.

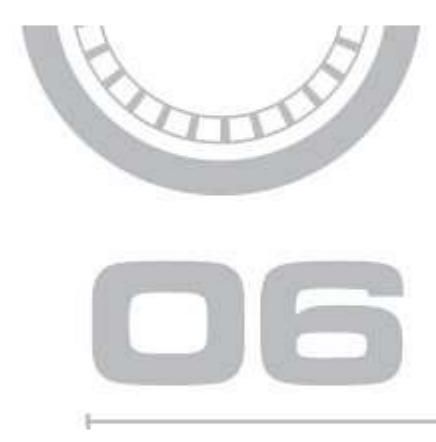
—Sí, pero… —Rose realmente no quería admitir cuánto *le asustaba* el temor de Reeve. Ella esperaba que sus propios miedos nunca fueran tan obvios para otras personas—. Eso es solo preocuparme por *mí misma*. Ahora voy a tener que ser responsable de *otra persona*. Veo lo que quieres decir con que no quieres ir porque no quieres que me pase nada… ¡No quiero que le pase nada terrible a Reeve Panzoro y ni siquiera lo conozco!

Paige se rió.

—Eso es lo que se siente ser una hermana mayor —dijo cariñosamente—. No me detiene.

—Bueno, tampoco me va a detener —dijo Rose con determinación.





ESCASAMENTE UN día después, Paige, Rose y Reeve estaban de vuelta en el sistema Atterra.

Una vez que todos los preparativos se habían solucionado, el vuelo había sido sencillo, gracias a una nueva versión del deflector de potencia de Rose. Habían logrado atravesar el cinturón, el bloqueo y el campo de minas, y ahora estaban deslizándose sobre la superficie de un ominoso océano amarillo salobre en Atterra Bravo.

Rose había estado inquieta durante el salto a la velocidad de la luz.

La cabina de la nave en la que viajaban era demasiado estrecha para que ella se sintiera lo suficientemente cómoda como para dormir. Y había estado muy, muy preocupada por si su equipo a medio hornear iba a funcionar. Si alguno de ellos no lo hacía, probablemente estarían todos muertos.

Una vez que ingresaron al sistema Atterra, tuvieron que cambiar de rumbo cuatro veces en su camino a Atterra Bravo para evitar a un puñado de cazas solitarios y una patrulla.

Ahora habían llegado a la superficie del planeta sin ser detectados.

Pero al mirar el turbulento mar amarillo que se extendía interminablemente lejos de ellos por todos lados, y al no ver ningún lugar obvio para aterrizar, Rose se preguntó si no todos iban a terminar muertos de todos modos.

Paige estaba tratando de ser paciente.

—¿Ayudaría… —le preguntó a Reeve Panzoro con la más tranquila de sus voces—… si volviéramos a salir en órbita y luego volviéramos a entrar en la atmósfera de Bravo desde diferentes coordenadas? Tal vez reconocerías hacia dónde vamos desde más arriba.

—Tal vez… —Reeve respondió con incertidumbre—. Pero no creo que volver a salir sea de ayuda. No conozco otras coordenadas. No soy una brújula humana… Usé las coordenadas que la Sra. Casca me dijo.

—Bueno, no están funcionando, entonces necesitamos un plan B —dijo Rose.

—¿Qué piensas, entonces, Rose? —preguntó Paige.

Rose estaba tratando de no entrar en pánico. Odiaba perderse; odiaba tener que confiar en Reeve para encontrar el camino; y sobre todo odiaba la sensación de que sería su culpa si algo le sucediera. Odiaba no saber qué hacer.

La nave es un factor conocido, se recordó Rose a sí misma. *¿Qué es lo mejor para la nave?*

—La brújula humana está en lo cierto —dijo Rose a regañadientes.

—Volver a la órbita no nos va a hacer ningún bien. La energía extra para sacarnos de la atmósfera del planeta sería demasiado fuerte para que el deflector se oculte. Es lo suficientemente arriesgado como para tener que hacerlo cuando nos vayamos. Si lo hacemos más de una vez, alguien lo notará.

—Dije que no era una brújula humana —refunfuñó Reeve.

Los hombros de Rose se elevaron y cayeron. No suspiró en voz alta, pero Rose sabía que era un suspiro.

—¿Pueden poner un poco de menos energía en sus ágiles regresos y un poco más en averiguar dónde estamos? —solicitó Paige, buscando en el horizonte algún lugar para aterrizar.

—Toda mi energía va a evitar que esta nave se caiga —dijo Rose.

La *Pequeña Zorra* era un transporte civil privado muy pequeño y maltratado que se había asignado para esta misión, y era una posesión muy preciada por la Resistencia. La *Zorra* no era lo suficientemente grande como para transportar ningún tipo de carga. Era un modelo anticuado de nave que nunca había sido popular. No parecía estar armada (aunque fuera, muy ligeramente, con un solo pequeño cañón láser operado por el piloto); su velocidad de crucero en el espacio real era tan lenta que no podía sobrepasar a un deslizador. Era tan lamentable y ordinaria que era muy fácil pasarla por alto.

Era perfecta para el reconocimiento.

Podría aterrizar en cualquier lugar. Había sido equipada con un sofisticado hiperpropulsor Clase 1 para que viajara a través del hiperespacio a la misma velocidad de un Ala-X. También llevaba un dispositivo de rastreo que permitía a la Resistencia monitorear sus movimientos cuando alcanzara su destino acordado. Éste fue programado para purgar sus archivos y autodestruirse si alguien intentaba interferir con él mientras estaba en funcionamiento.

Esencialmente, si la nave fuera interceptada por un enemigo, se convertiría en un dispositivo suicida.

Además de estas peculiaridades, Rose había equipado el modesto vehículo con otro deflector de potencia, una versión en miniatura del que había arreglado en la *Martillo*. Ocupaba la misma cantidad de espacio que un pasajero y medio, lo que reducía considerablemente la habitación disponible en una cabina ya estrecha que, en realidad, no estaba diseñada para viajes galácticos a larga distancia.

Dadas las circunstancias, un viaje incómodo era la menor de sus preocupaciones.

El chico atterrano no había tenido problemas para familiarizarse con las características de vuelo de la *Pequeña Zorra*. Rose tuvo que admitir que era un piloto nato. Todo lo que necesitaba era algunos consejos de Paige y tenía el control. Sabía muy poco sobre el establecimiento de coordenadas complejas para el hiperespacio y, para mayor seguridad, Paige no le había permitido ver de dónde procedían, pero en el espacio

real del sistema Atterra era un navegador seguro y confiable. Sabía lo que estaba haciendo cuando los guió a la superficie de su planeta natal.

No se había perdido hasta que entraron en la atmósfera de Atterra Bravo.

Ahora parecía que no tenía idea de dónde estaba. Voló vacilante, zigzagueando sobre mares agitados y humeantes. Era obvio que se estaba poniendo cada vez más nervioso.

Paige preguntó a continuación:

—¿Podemos hacer una flotación aterrizando en este océano y apagar mientras nos orientamos?

—Ni siquiera lo pienses —advirtió Rose—. La nave me dice que el mar es demasiado ácido como para tolerarlo. Cinco minutos sentados en la superficie comenzarán a devorar su casco.

—Bueno, tenemos que volar en círculos —dijo Paige—. No podemos continuar para siempre.

—Utilicé las coordenadas correctas —dijo Reeve tercamente—. Por aquí es donde la Sra. Casca me dijo que volviera a entrar en la atmósfera para Firestone. —Añadió con resentimiento—. *Tal vez si la dejarais venir…*

Simpatía e irritación lucharon dentro de Rose. Sabía cómo se sentía al separarse de su abuela.

—No nos dieron esa opción —le recordó Paige—. Ahora estoy rendida, y tú también. ¿No has tenido suficiente ya? Rose no está cualificada para volar esta cosa, y no podemos pasear por aquí en piloto automático esperando que una patrulla de bloqueo nos alcance. Vamos a tener que aterrizar y dormir un par de horas. Encuéntrame una isla que no sea venenosa ni esté cubierta de arenas movedizas ácidas.

—No es una brújula humana —señaló Rose amablemente.

Reeve no respondió. Sus ojos se volvieron estrechos y enojados, pero mantuvo su temperamento mientras escaneaba el horizonte.

—*Sé* dónde estoy. No estoy seguro de cómo llegar a casa desde aquí. El mar solo hierve al norte de las Islas Firestone, por lo que no podemos estar lejos.

Mantuvo su curso.

—Intenta en esa forma.

Paige y Rose miraban con ojos cansados hacia donde apuntaba Reeve.

Un cono volcánico inquebrantable y desgastado rompió el horizonte, azul en la distancia sobre un mar que ahora brillaba dorado bajo la luz del sol. La montaña creció rápidamente… estaba más cerca de lo que Rose había pensado al principio. Reeve retrocedió cuando la *Pequeña Zorra* se acercó a la tierra.

La isla no podía tener más de un kilómetro de ancho y un par de kilómetros de largo. No había playas: era un afloramiento montañoso bajo cuyas laderas vidriosas de color azul intenso se precipitaban directamente en el mar ácido, que se las comió hasta convertirse en acantilados.

Paige tomó una lectura rápida del terreno.

—Ahí. —Señaló—. ¿Lo ves?

—¿El segundo saliente? ¿El que tiene el antepecho como un cuenco?

—No nos dará mucha cobertura, pero es plana.

—Paige —comenzó Rose—, tal vez para el aterrizaje deberías tomar el control del humano…

—*Sé aterrizar*, —dijo el chico ferozmente.

—Él está bien —dijo Paige.

Lo estaba, también. Estaba enfurruñado, enojado, a la defensiva, perdido y asustado, pero sabía cómo volar. Mientras estaba aterrizando la nave desconocida, ligera como una pluma en la estrecha cornisa, Paige murmuró cerca de la oreja de Rose.

—En realidad, es mejor piloto que yo.

—Aunque está demasiado nervioso —murmuró Rose—. *Me* está asustando.

Paige no respondió, lo que hizo que Rose pensara que Reeve también debía asustarla un poco.

Estaban completamente agotados. Levantaron un refugio emergente para que Paige y Reeve, los pilotos, pudieran echarse.

Pero Rose no tuvo el lujo de dormir. Ella se puso de guardia, mirando al cielo. Era la única forma en que Paige podía relajarse lo suficiente para descansar, lo que necesitaba desesperadamente… sabiendo que Rose la despertaría si algo sucedía.

Esto definitivamente no era lo que Rose y Paige habían querido decir cuando hicieron su pacto de infancia de viajar juntas por la galaxia.

De todos modos, Rose no pudo evitar sentir un pequeño giro de excitación y anticipación mientras respiraba este aire nuevo, agudo y débilmente podrido, y observó que los incontables asteroides de Atterra se volvían más brillantes, demasiado lejanos como para ser lunas pero más grandes que las estrellas. La puesta de sol y un crepúsculo violeta comenzaron a caer.

Rose siempre sintió un placer pequeño y culpable en cualquier misión que la llevaba a un mundo nuevo y desconocido.

Tocó el medallón de oro pálido que se había soltado de donde estaba metido en el cuello. Todos llevaban la ropa de trabajo civil sencilla, algo que podría mezclarse si los vieran. El medallón de Rose estaba grabado con el sistema planetario de Otomok, y Rose sabía que plantearía preguntas peligrosas si la atrapaba alguien. Pero necesitaba mantenerlo cerca de ella… una conexión con su hogar perdido, un recordatorio de la causa por la que estaba luchando, y un vínculo físico, siempre, con su hermana mayor.

Guardó el colgante debajo de su bajotúnica, donde estaba a salvo contra su piel. Rose miró nuevamente el cielo.

Era absolutamente el cielo más hermoso que nunca había visto.

Era incluso mejor desde la superficie del planeta que desde el espacio.

Los asteroides, que comenzaban a brillar cuando el sol se ponía más bajo, parecían pequeñas lámparas colgantes contra la seda azul claro.

Entonces Rose notó que uno de ellos se hacía más brillante y mucho más rápido que los demás.

Al principio pensó que era un meteoro.

Pero no fue engañada por más de un segundo.

Era una nave, y se dirigía directamente hacia ellos.

—*¡Arriba! ¡Arriba!* —Rose comenzó a derribar el refugio emergente incluso antes de que hubiera desalojado a sus habitantes dormidos.

—*¡Paige! ¡Paige! ¡Reeve!* ¡Despertad… tenemos que movernos!

Paige estuvo despierta al instante. Pasó rápidamente junto a Rose, se arrojó a la cabina de la *Zorra* y comenzó a encenderla. Rose tuvo que meter la mano en el refugio para sacar a Reeve, todavía medio dormido, por las axilas, para poder colapsar completamente la tienda.

—*Hey,* —protestó débilmente—, ¿qué crees que estás haciendo?

Rose arrojó el paquete emergente de hoja delgada a la nave, consideró darle una patada a Reeve, y decidió que no ayudaría. Ella lo agarró del brazo otra vez y le gritó al oído:

—*¡Nos han visto!*

No estaba segura de que fuera cierto todavía, pero sin duda estaría a un minuto más o menos.

—*Vuelve a la nave*.

Se arrastró, medio gateando, por la pequeña rampa de abordaje. Rose cayó sobre él, cerrando la escotilla detrás de ella. Paige despegó antes de que Rose hubiera logrado levantarse.

Reeve estaba repentinamente despierto y agachado sobre el hombro de Paige, gritándole direcciones llenas de pánico.

—*¡No, no, no, no te dirijas al norte!* ¡No hay nada hasta que llegues a Rockland Plate! Los Firestones están en el otro…

—¡Regresaremos cuando perdamos al tipo detrás de nosotros! —gruñó Paige, perdiendo la calma por una vez—. Gira los cohetes, esto es *muy lento*. ¡Rose, ayúdame aquí!

—*¿Cómo?* —gritó Rose.

—¡No lo sé! ¿No puede el deflector de potencia escondernos de alguna manera?

—Solo disfraza la potencia de salida. Mientras puedan vernos, no podemos escondernos. Tal vez cuando esté oscuro… *¡casi* está oscuro!

Miró hacia el este.

—¡Dirígete a la oscuridad!

—Pero somos *muy. Totalmente. Lentos*. Si tienen un haz de búsqueda, nunca nos los sacudiremos.

Reeve señaló sobre el hombro de Paige. Él y Rose gritaron al unísono.

—¡Sigue hacia el este!

—No lo creo —jadeó Paige—. Ambos son brújulas humanas.

—Ja ja ja. —Rose se agachó ansiosamente en el ojo de buey trasero, observando la luz brillante que era la otra nave que crecía más cerca rápida y constantemente.

Quizás sea amistoso, pensó desesperadamente. *Tal vez sea una de esas naves de seguridad de las que hablaba Casca Panzoro…*

Cuando vio el rayo de luz del buscador que la exploraba, supo en sus huesos que no era amigable.

—*Sube,* —gritó Rose—. *¡Sube!* Olvídate del este. ¡Sal de su camino!

El chico de repente saltó a la vida.

—*¡Pero espera hasta que se acerquen!*

Su voz era inestable, pero su cerebro obviamente estaba funcionando.

Rose recordó que había logrado superar a un escuadrón de cazas TIE.

Era bueno en escapar.

—Si desaceleras justo cuando crean que nos tienen, podríamos tomarlos por sorpresa —dijo Reeve—. Entonces nos alcanzarán y tendrán que retroceder. Dirígete hacia arriba mientras giran.

—El niño es mejor volando que en las direcciones —dijo Rose sombríamente, y Paige respondió con el mismo tono sombrío—. Cállate. Avísame cuando se acerquen.

Rose se agachó, mirando por el ojo de buey trasero, viendo a la otra nave ganarles segundo a segundo.

Hizo una mueca, momentáneamente cegada, cuando el haz de búsqueda los atrapó.

Ahora la *Pequeña Zorra* estaba iluminada como una libélula con el sol en sus alas.

Fue solo unos segundos antes de que la primera explosión de fuego láser chisporroteara el aire directamente sobre sus cabezas. Todos se encogieron.

—¡Espera *!… ¡espera!* —gritó Rose—. Fue solo una advertencia. Nos habrían golpeado si lo hubieran querido. Nos pueden ver perfectamente…

Ella no podía *verlos* a la perfección… el haz del reflector la cegaba.

Todo lo que podía decir era que su atacante era mucho más grande que ellos.

—Quieren que los sigamos, o que nos remolquen hasta casa como mascotas, o algo así. Estarán detrás de nosotros en solo un par de segundos. Prepárate para subir…

Rose se obligó a esperar pacientemente el momento exacto.

—Tres… dos…

Se sintió como la cuenta regresiva más larga de su vida.

—*¡UNO! ¡Alcanza el cielo!*

Paige estableció el empuje vertical a la máxima potencia, y la *Pequeña Zorra* se disparó hacia el cielo desde el rayo de luz.

Rose gritó:

—¡Sigue! ¡Sigue adelante! Todavía están dando la vuelta…

La luz de los motores de la *Zorra* serían visibles para su perseguidor desde abajo.

—¡No dejes de subir hasta que te lo diga! —gritó Rose. Si pudieran alcanzar la altura suficiente antes de que el rayo del reflector los atrapara nuevamente…

Los rayos de la nave de ataque giraron en un círculo cerrado y luego señalaron hacia el cielo cuando también comenzó a subir, mucho más rápido que la pequeña nave de reconocimiento de la Resistencia.

—*Luces fuera,* —dijo Rose, y Paige y Reeve apagaron todo.

La patrullera se elevó junto con ellos en el cielo sin verlos. Su perseguidor obviamente pensó que estaban ascendiendo hacia el espacio mucho más rápido de lo que eran capaces de subir.

—*¡SÍ!* —ovacionaron juntos.

—Ahora simplemente nos deslizamos en la oscuridad —dijo Paige, su voz temblaba, pero con algo de su habitual dominio tranquilo en ella.

—Guau —respiró Rose, aturullada por el éxito del truco—. ¡Oye, todos trabajamos muy bien juntos! Lamento haberte gritado, Paige. —Ella contuvo una risa—. Es la primera vez que me dejas que te mande así.

—*Sur,* —gritó Reeve salvajemente—. Dirígete al sur.

La nave que los perseguía daba vueltas por encima de ellos con el foco encendido, buscándolos en el lugar equivocado.

Parecía que su desesperado intento por la libertad iba a funcionar.

Paige había llevado la *Zorra* lo suficientemente alto como para poder deslizarse varios kilómetros con los motores al ralentí. Cuando tuvieran que volver a encenderlos, el deflector enmascararía la baja emisión que se necesitaría para continuar. Y ahora estaba lo suficientemente oscuro como para que no pudieran ser vistos a menos que el terrible reflector los atrapara por accidente.

—¿Qué piensas, Paige? —jadeó Rose—. ¿Es seguro retomar el rumbo?

—No veo ningún signo de ellos…

—*Sur,* —insistió Reeve.

Paige giró la *Pequeña Zorra* y se dirigió hacia el sur.

Al final, él tenía razón.

Después de otra hora de vuelo, sin encontrar más patrulleros, hallaron los islotes deshabitados de las Islas Firestone.

Paige dejó que Reeve se hiciera cargo del aterrizaje en la oscuridad; obviamente estaba en su casa en este terreno inhóspito.

Y esta vez, lograron dormir un poco.

Dos horas después de despertarse a la mañana siguiente, habían localizado la isla principal del archipiélago de Firestone.

Todos estaban nerviosos por volar a la luz del día ahora. Era probable que la nave que los había visto la noche anterior regresara para intentar localizarlos. Su pequeña nave de reconocimiento de la Resistencia todavía funcionaba bajo la cubierta del deflector de

energía de Rose, pero por supuesto eso no iba a impedir que fueran vistos a plena luz del día.

Pero Reeve estaba emocionado y nervioso. Estaba en casa. Fue algo doloroso de ver; Rose pudo ver cuánto amaba ese lugar estéril.

—¿Ves los oleoductos allí abajo? —señaló Reeve en tono arrebatador.

—Ahí es donde comienzan las grandes hidroeléctricas. ¡Sigue adelante! Podemos aterrizar en el bosque de piedra pómez. No está lejos ahora. La Sra. Casca dice que ningún extranjero puede ir allí, y desde allí puedes caminar a lo largo de la playa hasta el Gran Asentamiento. Las formaciones rocosas te dan una buena cobertura. Puedo guiarte.

—Claro que puedes —dijo Rose secamente.

Pero hicieron lo que sugirió Reeve.

Cuando aterrizaron y salieron de la *Pequeña Zorra*, estaban claramente en un tipo de paisaje diferente del que se habían establecido la noche anterior.

Aquí el suelo ya no era vidrioso, sino poroso. Las altísimas columnas de piedra pómez se desgastaban en la línea de la marea donde los mares ácidos habían menguado y fluido. Era un lugar espeluznante, y el sonido del viento al silbar a través de los agujeros en la piedra pómez y entre las columnas no ayudaba. Parecía que el aire estaba lleno de fantasmas.

Pero no fue malo caminar. Paige y Rose portaban blásters, por si acaso, además de sus paquetes de luz. Habían escondido la nave bajo una sábana de camuflaje que se confundía con su entorno.

Hasta el momento, los oleoductos eran la única evidencia que habían visto de vida inteligente en este mundo estéril, brillante y hostil.

Reeve estaba impaciente y ansioso todo al mismo tiempo.

—Nos llevará unas horas caminar hasta el asentamiento. Atterra Bravo es un lugar seguro para caminar… aquí no hay vida silvestre nativa.

—¡No hay vida silvestre nativa! —repitió Rose—. ¡Ahí va nuestro safari! Entonces, ¿de lo único que tenemos que preocuparnos es de los invasores de la Primera Orden?

Reeve estuvo instantáneamente sobrio.

—Bueno, sí. Se han apoderado de las centrales hidroeléctricas, y tienen muchas naves aquí. Todavía queda un chorrito de agua para los administradores, como la Sra. Casca, por lo que tienen a alguien en el lugar que conoce las granjas.

Reeve hizo una pausa.

—Hemos intentado compartir el agua —agregó en voz baja—. Mucha gente tiene sus propios condensadores. Pero… pero la mayor parte del asentamiento murió de sed en las dos primeras semanas del bloqueo.

Volvió bruscamente la cara, como solía hacer cuando las emociones lo golpeaban con fuerza.

Después de un momento de silencio, Paige dijo:

—Lo siento.

Después de otra pausa, Rose agregó:

—Y yo. También lo siento.

No era exactamente lo que había sucedido en Otomok, el sistema de estrellas natal de Paige y Rose. La destrucción allí había sucedido de manera diferente. Pero el resultado final fue el mismo.

—Vámonos —dijo Paige.

—Sí, vamos —repitió Rose bruscamente—. Terminemos este safari.

Comenzaron a caminar a lo largo de la playa áspera y porosa.

Marcharon sin hablar durante la primera media hora más o menos.

No había más sonido que las olas ácidas, que eran demasiado peligrosas para acercarse. Después de unos kilómetros llegaron a una pequeña bahía curva, tan protegida del viento que la superficie del mar yacía plana e inmóvil.

Se detuvieron allí, alejados del viento, y se pararon para tomar sorbos de agua. Advertidos sobre las peculiaridades de las Islas Firestone, venían de D'Qar con un condensador portátil, pero aún tenían que ahorrar con el agua. Mientras contemplaban la ominosa belleza de la bahía dorada, Reeve dijo con inquietud:

—Me pregunto si deberíamos haber volado directamente al Gran Asentamiento. Es peligroso volar a la luz del día, pero sería más rápido. La Sra. Casca hubiera tenido un mejor plan que yo…

—Tienes que empezar a pensar por ti mismo —le aconsejó Rose—. ¡Eres el guía del safari, no la Sra. Casca!

La cara de Reeve se nubló.

—Bueno, ¿qué hay de malo en confiar en alguien que sabe mejor que tú? Tú haces lo mismo.

—¿Desde cuándo? —desafió Rose.

—¿Te oyes a ti misma? *«Sí, sigamos adelante»*, *«Yo también, Hermana Mayor»*. No haces *nada* sin asegurarte de que está bien con Paige. ¡Incluso te disculpaste por decirle cómo esconderse de esa nave de la Primera Orden anoche!

Paige se rió.

—Eso es cierto, lo hiciste.

—¡Solo me disculpé por gritarte! —Rose comenzó a protestar.

No era cierto que ella necesitara la opinión de Paige para hacer las cosas. Rose tenía sus propias habilidades, sus propios logros, sus propios proyectos y tareas. La gente *confiaba* en ella. *Leia* confiaba en ella. Rose había inventado el deflector de potencia, y estaba al cargo del equipo de rastreo que le dijo a la Resistencia de vuelta en D'Qar que habían aterrizado con seguridad tres veces desde que llegaron a Atterra Bravo.

Pero *era* cierto que Rose no había querido asumir la responsabilidad de Reeve.

—Estamos juntas en este salto porque somos *hermanas* —dijo Rose a la defensiva—. ¡No porque no pueda hacer nada sin Paige! Trabajamos bien juntas…

Se detuvo de repente. *Él es solo un niño,* se recordó Rose a sí misma.

Un niño asustado que se hincha a costa de alguien de quien está seguro que no lo lastimará. Y no puede dejar de pensar en su abuela, que se ha quedado atrás en otro sistema estelar.

Con un gran esfuerzo, Rose se contuvo. Se volvió rápidamente hacia Paige con una pregunta diferente:

—¿Cuánto tiempo podemos permanecer en este planeta?

—Podemos quedarnos aquí tres días, si vamos a ser autosuficientes —respondió Paige.

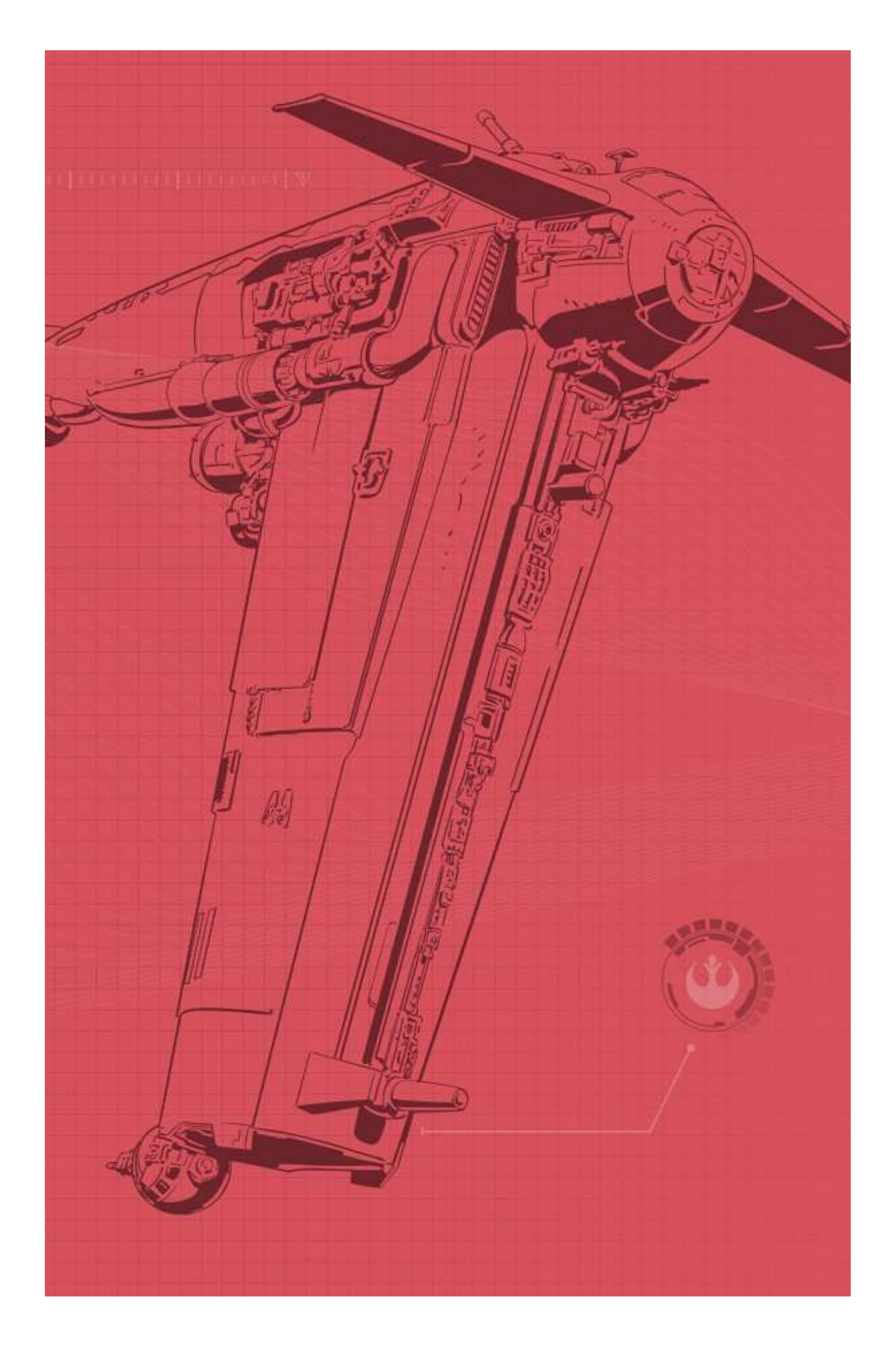
—Por tanto —dijo Rose.

—Estaremos bien —dijo Paige—. El aire es fresco y caminar es fácil. ¡Entonces, disfrutemos del safari!

Rose le lanzó a su hermana mayor una sucia mirada. Pero ella no respondió. Atornilló la tapa en su matraz de agua.

Entonces Reeve siseó de repente.

—Volved detrás de las columnas de piedra… *rápido*.





ERA la primera vez que Rose oía a Reeve Panzoro decir algo que sonaba más como una orden que como una protesta.

Se giró para mirarlo. Él la agarró por el codo. La sacudida hizo que Rose soltara su matraz. Antes de que pudiera levantarlo, Reeve la arrastraba lejos de la playa, hacia el refugio de las formaciones rocosas.

—Hey, espera…

—*Solo ponte a cubierto*.

Con su otra mano, le dio a Paige un empujón, también.

En la voz de Reeve había algo tan urgente, y tan aterrorizado, que ninguna de las hermanas Tico discutió con él. Los tres corrieron hacia el camuflaje protector de las columnas volcánicas.

Cuando casi habían llegado a las altas formaciones rocosas, el terreno bajo los pies se volvió cada vez más desigual. Rose miró por encima del hombro.

Había otra nave acercándose a la playa. Rose no podía estar segura, pero no se parecía a la que los había estado siguiendo la noche anterior.

Ésta parecía mucho más grande. Estaba deslizándose a lo largo de la superficie del mar amarillo pero no lo suficientemente cerca como para dañar el casco, tal como Paige y Reeve habían estado volando cuando llegaron a Atterra Bravo por primera vez. Pero cabalgaba más cerca de la superficie que Paige y Reeve, porque el agua de la bahía protegida estaba muy quieta.

Era una nave enorme. No era una lancha privada o incluso un crucero de la policía. Era un gran carguero o un tipo de transporte. No había sitio para que se posara en la playa, pero se movía cada vez más cerca de la bahía, casi como si estuviera a punto de aterrizar allí.

—Vuelve… estamos muertos si alguien nos ve —jadeó Reeve. Estaban entre las imponentes formaciones de piedra pómez, pero las columnas no estaban lo suficientemente cerca o eran lo suficientemente anchas como para ocultarles por completo.

—Será mejor que dejemos de movernos —dijo Reeve de repente en voz baja.

Los tres se agacharon, encajados en un grupo de rocas inclinadas que se apoyaban unas sobre otras en la parte superior, formando una especie de cueva. Paige se arrodilló y, apoyándose con los codos contra una piedra, se concentró en la nave que se acercaba a través de sus macrobinoculares.

—¿Qué es? —Preguntó Rose.

—El transporte de la muerte —el joven piloto atterrano se quedó sin aliento—. Hacen barridos para reunir gente…

Los repulsores de la nave se hicieron más fuertes a medida que se acercaba peligrosamente a la superficie de la bahía ácida.

Rose se llevó sus propios macrobinoculares a los ojos para ver mejor, fascinada y horrorizada cuando una gran escotilla en forma de rampa se abrió con un bostezo. Rose podía ver a media docena de soldados de asalto de la Primera Orden, que llevaban la amenazante armadura blanca que era muy similar a la de los antiguos soldados de asalto imperiales. Lucharon con cajas, poleas y otros equipos en la entrada del transporte.

—¿Qué están haciendo aquí? —le susurró a Reeve—. Dijiste que los forasteros se mantienen alejados de esta parte del planeta. ¿Y a qué te referías con el… *transporte de la muerte*?

—Dije que el bosque de piedra pómez estaba a salvo —respondió Reeve distraídamente—. No quise decir… quise decir que nuestro *mundo* es seguro. Quiero decir, solía ser seguro. Este… este transporte está lleno de prisioneros muertos. Reúnen a las personas y las llevan a la órbita, pero sus celdas no están controladas atmosféricamente, por lo que los prisioneros mueren en el espacio. Luego los arrojan a nuestros océanos…

Reeve tragó saliva antes de continuar.

—Es una manera fácil de deshacerse de los cuerpos. Tienen un par de grandes transportes que conservan en Atterra Alpha, y los traen aquí y rodean a la gente. Es el lugar perfecto para deshacerse de la evidencia… el mar ácido no deja mucho atrás.

Rose se preguntó si ya había visto esto antes.

Luego se preguntó *cuántas veces* lo había visto pasar.

Reeve tragó saliva de nuevo. Él ya no estaba mirando. Susurró:

—La Sra. Casca cree… —Reeve tosió y se corrigió a sí mismo—. Creemos que también podrían traer transportes de prisioneros desde otros sistemas. Es muy fácil deshacerse de la gente aquí, y luego no hay rastro de lo que sucedió.

Incluso a través de sus macrobinoculares Rose no podía distinguir qué era lo que se estaba sacando del enorme contenedor que se había desviado hacia delante a través de la escotilla de transporte. El ángulo era malo. Y de todos modos, no quería confirmar la historia de Reeve con sus propios ojos.

Pero parecía bastante obvio que no lo estaba inventando.

Reeve estaba agachado con su rostro desviado.

—No han usado esta parte de Firestone antes —dijo—. No siempre aterrizan en el mismo lugar.

Paige respondió en voz baja:

—Esperemos que no hayan allanado tu recuerdo.

No era la destrucción a gran escala de una ciudad o un planeta. Pero era un asesinato de todos modos.

Enferma de corazón, Rose ya no quería ver la nave.

Pero justo cuando comenzó a bajar sus macrobinoculares, sus ojos se vieron atraídos del transporte a la playa. Ella había visto una pequeña cosa que se destacaba contra la roca porosa.

Era su matraz de agua.

La boca de Rose se sentía seca solo mirándola. Tragó saliva.

Silenciosamente, maldijo a Reeve por haberla hecho soltar el frasco en primer lugar, y luego se maldijo a sí misma por no haber podido recogerlo de inmediato. Si alguien en el transporte lo notara…

Rose miró a través de los macrobinoculares de nuevo. Nadie miraba hacia la orilla; los soldados de asalto más cercanos al final de la rampa lavaban el recipiente ahora vacío. Llevaban una armadura gruesa y liviana que parecía ser tratada con algún tipo de capa protectora para resistir las salpicaduras del mar ácido de Atterra Bravo.

De repente, Rose vio a Reeve, que se veía mucho más cerca a través de los lentes telescópicos de lo que en realidad estaba, lanzándose hacia delante a través de la playa abierta.

Durante veinte segundos, estuvo completamente vulnerable, moviéndose a plena vista al aire libre frente al transporte de la muerte de la Primera Orden.

Corrió agachado, inclinado, tan cerca del suelo como pudo sin gatear.

—*¿Qué está haciendo?* —jadeó Paige.

Reeve agarró el matraz de agua de Rose. Levantó la vista rápidamente a través de sus propios macrobinoculares hacia el transporte estacionario, comprobando para asegurarse de que nadie lo había notado.

Nadie lo hizo. Todavía estaban trabajando en limpiar el contenedor.

Reeve retrocedió hacia donde Paige y Rose aún estaban escondidas.

Fue más cuidadosamente ahora de lo que lo había hecho cuando rápidamente se lanzó hacia adelante. Miró a través de los macrobinoculares mientras se movía, sin perder de vista el transporte.

Rose contuvo el aliento.

—Lo conseguí —jadeó Reeve, deslizándose hacia la sombra protectora de las formaciones rocosas. Le tendió el frasco a Rose.

—¡Deberías haber esperado! —siseó ella—. Ya casi terminaron… ¡se irán en un minuto!

—Era una bomba de tiempo allí tendida. Cuando terminan, siempre hacen una pasada para patrullar el área en caso de que alguien los haya visto. Lo habrían divisado con certeza, y luego habrían dejado caer a alguien para hacer una búsqueda. Especialmente

después de esa persecución en la oscuridad de anoche, están obligados a hacer la conexión.

—¿Pero y si te hubieran visto *ahora*?

—*Me* habrían atrapado ya. —Respiró irregularmente—. Ustedes dos podrían haber estado bien.

Paige lo miró, frunciendo el ceño.

Reeve era bueno para huir, pero Rose apenas podía creer que hubiera saltado al peligro de esa manera. Parecía completamente fuera de lugar para ella. Habló en voz alta lo que sabía que su hermana estaba pensando.

—O eres muy, muy valiente, o eres muy, muy estúpido.

Reeve se encogió de hombros.

—Sé que no soy valiente, pero tampoco soy estúpido. Era justo lo que tenía que hacer, ¿verdad? En primer lugar, fue mi culpa, sabía de los riesgos y tú no. Entonces no había realmente ninguna opción.

La ancha escotilla de la nave de transporte comenzó a cerrarse.

—*Shhh*, —advirtió Reeve—. Siéntate cerca de las rocas y no te muevas. Van a escanear el paisaje ahora.

Todo el procedimiento tomó menos de una hora. Menos de una hora para deshacerse de los cuerpos de unos pocos miles de personas y limpiar completamente cualquier rastro de ellos de la faz del planeta.

Con sus puertas cerradas, el transporte retumbó lentamente arriba y abajo de la playa. Reeve había tenido razón acerca de que barrían la zona.

Para cuando la nave se alejó rugiendo hacia el cielo, Paige, Rose y su guía volvieron a tener sed, así como también estaban rígidos y doloridos por tener que agacharse tanto tiempo entre las ásperas e irregulares columnas de roca.

Después de un momento de vacilación, Rose le pasó su cantimplora a Reeve.

Tenía su propia cantimplora, por supuesto. Pero esta bebida compartida era un tributo. Era un tributo a lo que su mundo había sufrido y estaba sufriendo… y al peligro que había corrido para salvar a Rose y Paige unos minutos antes.

Reeve bebió brevemente… ceremoniosamente. Lo entendió.

Luego le devolvió la cantimplora a Rose y se puso de pie.

—Bueno, vamos —dijo—. ¿Qué pasa con nuestro safari?

Llegaron al asentamiento de Reeve Panzoro sin encontrar otra nave, aunque vieron una variedad de naves cruzando el cielo mientras caminaban. Viajaron cerca de las columnas de piedra pómez en caso de que necesitaran cubrirse de nuevo.

Las viviendas exteriores del Gran Asentamiento estaban vacías. La primera señal de habitación que vieron las hermanas Tico en las Islas Firestone fue una colección de cabañas de piedra de sal blancas, centelleantes y relucientes, sin nadie dentro. Puertas

rotas colgaban abiertas, balanceándose suavemente en el viento marino, y condensadores de agua vacíos arrastraban cables en los patios amurallados alrededor de las casas desiertas. El Gran Asentamiento de la Isla Principal de Firestone se había convertido en un pueblo fantasma.

—Nunca hay cuerpos —dijo Reeve—. Cuando la gente muere, los enviamos al mar. Está limpio. Es lo que siempre hemos hecho.

Él se atragantó.

—Pero no… no los *asesinamos primero*.

—No te preocupes. Te comprendemos —le dijo Rose.

Había un círculo interno en el complejo que estaba rodeado por una barricada improvisada. Fue allí donde Reeve condujo a Paige y Rose. El camino detrás de la barricada era a través de un complicado sistema de túneles que comenzaban en una de las casas abandonadas.

Los tres fueron recibidos, al salir, con profunda sospecha… por media docena de personas demacradas y de aspecto exhausto que sostenían una variedad de armas de aspecto mortal.

Antes de que alguien pudiera desafiarlos, uno de los combatientes atterranos gritó:

—¡No disparéis!

—¡Es Reeve!

—¡Es *Reeve Panzoro*!

Un hombre y una mujer no mucho mayores que Reeve se adelantaron para abrazarlo. Otro hombre mayor mantuvo una ballesta solar lista para disparar; otros tres colonos de aspecto experimentado tenían bastones eléctricos que claramente podrían hacer algo de daño en una pelea. Todavía no había ninguna razón para que esta gente confiara en Paige y Rose.

—Está bien… está bien —prometió Reeve—. Están conmigo.

—¿Dónde está Casca? —preguntó el hombre con la ballesta.

—Ella está a salvo. Logramos salir. Te lo contaré en un minuto… ella me envió con estas…

Él vaciló, esforzándose por encontrar la palabra correcta, y Rose resistió un salvaje impulso de decir, *¡Piratas!*

—Emisarias —salió triunfante Reeve. Hizo un gesto hacia Paige y Rose, con una mirada en sus caras—. Estas son Paige Tico, piloto, y Rose Tico, ingeniero de vuelo, representantes de la General Leia Organa. La General Organa tiene conexiones con el Senado de la Nueva República.

Se volvió hacia Rose y Paige, con un movimiento de su brazo para indicar a los dos colonos locales.

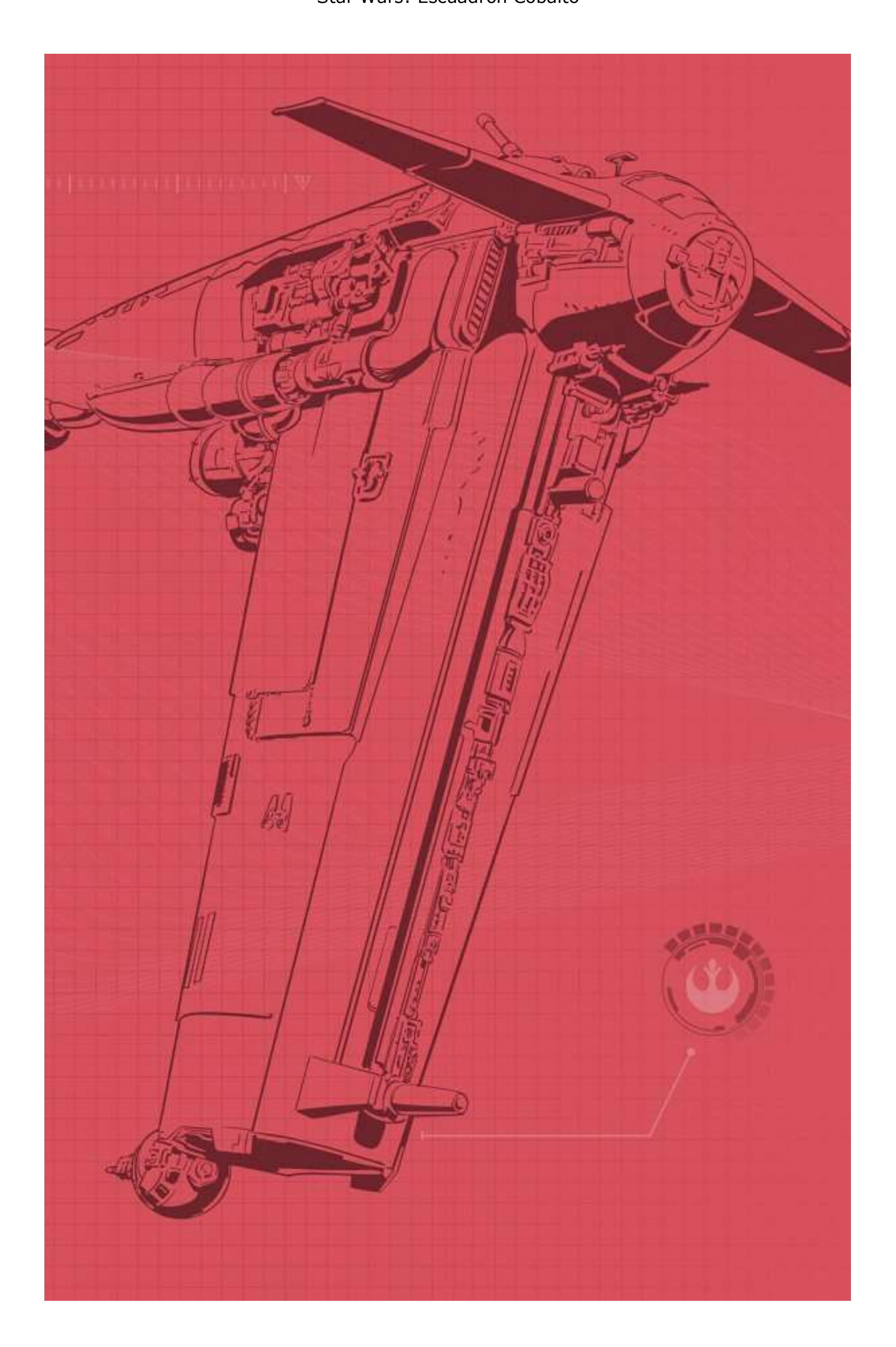
—Y este es el equipo de resistencia Sublevación Bravo de Atterra Bravo. Mi tío Orion Chalk. El capataz de la granja hidroeléctrica del Gran Asentamiento antes de que nos la quitaran, Darrus Rantarovo. Y esta es la instructora jefe de la Academia Técnica de Firestone, Tanya Helios.

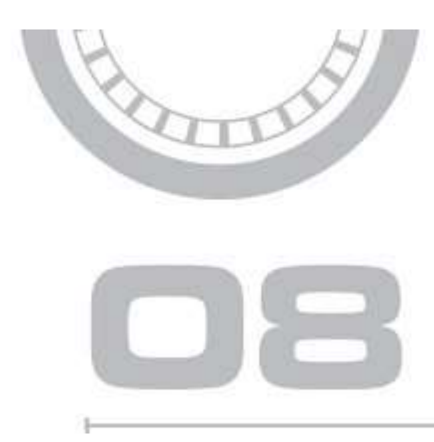
La instructora jefe de la Academia Técnica dio un paso al frente.

Tendió su mano a Paige, y luego a Rose.

—Gracias. Gracias por estar aquí. —Darrus, siguiendo a Tanya, también les estrechó la mano, pero no dijo nada. Parecía demasiado ahogado para hablar.

Paige y Rose se miraron de soslayo. Después de lo que habían visto ese día, no había ninguna duda en sus mentes. Sabían que harían lo que pudieran para ayudar a esta gente.





PAIGE ESTABA preocupada por la desesperada falta de agua del Gran Asentamiento. No quería tener que contar con las Islas Firestone para proveerlas a ella o a Rose cuando los atterranos claramente apenas podían arreglárselas por sí mismos. Así que acordó quedarse un día con ellos, y tuvieron que hacer planes de inmediato para saber cómo la Resistencia podría ayudarlos.

La asamblea fue idea de Reeve Panzoro.

La Sublevación Bravo convocó una reunión de grupo en un área de mercado cubierto en el centro del asentamiento.

La sostuvieron en la noche para dar tiempo a enviar mensajeros a varios kilómetros a través del paisaje en veloflyers a pedal. Ya casi no había combustible para generar energía en las Islas Firestone. Toda la energía solar y eólica iba hacia la condensación y el reciclaje de agua; cualquier otro combustible era almacenado para las armas de Sublevación Bravo y su pequeña flota de cazas estelares, robada o prestada de las fuerzas de seguridad disueltas de Atterra.

Rose y Paige y su piloto guía se sentaron en el centro del amplio atrio como el foco de la reunión, junto con Orion Chalk. Rose se preguntó si tendrían que dar un discurso a la gente de allí. Esto no era algo de lo que ella se sintiera segura. Ella tampoco creía que Paige lo hiciera.

Pero Reeve Panzoro, ejecutándose con adrenalina, estaba demostrando ferozmente que tenía el control.

—Necesitamos un plan para llevarle a la General Organa —dijo—. Un plan *específico*. La Sra. Casca ha convencido a Leia para que nos ayude, y la general ha enviado a Paige y Rose como sus emisarias para averiguar cómo van a superar el bloqueo y dónde deben aterrizar.

—Ve más despacio. Acabas de volar de cero a la velocidad de la luz —protestó Rose—. Solo estamos aquí para asegurarnos de que tu historia sea cierta. Y si es así, Leia *podría* enviar apoyo.

—Sabes que es verdad —insistió Reeve—. ¡Viste el transporte de la muerte! Y ahora estás aquí…

—Ahora que estamos aquí, está más claro cómo podemos ayudar —dijo Paige—. Podemos ofrecerle un plan.

Rose la respaldó, bromeando:

—A Paige le gusta planear fiestas.

—Claro que sí —dijo Paige—. La Vieja Dama tenía una sugerencia que funcionaría. Podemos utilizar los bombarderos Fortaleza Estelar para realizar entregas de suministros aquí.

Rose, recordando lo que había dicho Fossil, estuvo de acuerdo.

—Ni siquiera tendríamos que aterrizar. Podríamos enviar proyectiles cargados como una gota a algunos sitios designados. —Se volvió para mirar a Paige—. Podríamos instalar a otras Fortalezas Estelares deflectores de potencia como a la *Martillo*. Si conseguimos que otras personas además de mí trabajen en ello, podríamos configurarlas rápidamente. Esto no es difícil de hacer; solo es tedioso conectar todos los circuitos. Esos asteroides en el Cinturón Atterra significan que es muy fácil permanecer fuera de la vista, y si todos los bombarderos cubren su energía, deberíamos poder ir y venir con bastante seguridad…

—Siempre y cuando no nos topemos con muchos de esos cañones automáticos —le recordó Paige.

—Pero podemos ayudar con eso —dijo Orion Chalk, el tío de Reeve, el que las había amenazado con una ballesta solar cuando llegaron por primera vez—. Hemos mapeado cientos de ellos. El padre de Reeve Panzoro fue parte del equipo que trabaja en eso. Y podemos mostrarte cómo evitar los campos de minas.

—Lo único es que podría ser una fiesta muy corta —dijo Rose en tono de disculpa. Sabía lo escasos que eran los recursos de la Resistencia, y no creía que Leia pudiera mantener este plan de bloqueo funcionando por mucho tiempo. Tendría que ser una operación que les permitiera a los atterranos montar su propia defensa, tal como había sugerido Casca Panzoro.

Paige estaba pensando lo mismo.

—¿Qué es lo que más necesitan? —preguntó ella.

Todas las voces a su alrededor comenzaron a hablar. Escuchó varias respuestas diferentes, pero Rose podía decir que la asamblea de Sublevación Bravo era unánime sobre una cosa en particular.

—*Agua*.

—Lo que más necesitamos es *agua*.

—Combustible… armas… energía para luchar. Pero no podemos hacer nada sin agua. *Lo que más necesitamos es agua*.

—Siempre hemos cultivado nosotros mismos en Bravo —explicó Orion Chalk—. Pero cuando la industria de extracción de gas comenzó aquí, la población se expandió tanto que han pasado cientos de años desde que hemos sido autosuficientes en agua potable. Contamos con envíos desde Atterra Alpha. Dado que nuestra agua ha sido

bloqueada, al menos la mitad del planeta ha muerto… rápidamente. Solo tomó una semana o dos después de que el agua comenzó a agotarse.

—¿De dónde la sacáis ahora?

—Las Islas Firestone contienen la mayoría de las centrales hidroeléctricas de Bravo. Hasta que las grandes fueron tomadas por la Primera Orden, suministramos agua a los pueblos en todo el cuadrante norte. Puede que ya no tengamos acceso a esas granjas, pero varias personas en el Gran Asentamiento son agricultores autónomos de agua de traspuesta. Es por eso que Sublevación Bravo se centra aquí. —Chalk tomó una respiración profunda—. Hemos estado contrabandeando agua a otros asentamientos, pero apenas hemos tenido suficiente para mantener vivos a los supervivientes. Si pudiéramos eliminar las patrullas que bloquean esta sección, podríamos recuperar el suministro principal de agua en la Isla Firestone.

—Tenemos que organizar los puntos de entrega —dijo Paige—. Si nos puede proporcionar esos lugares, información sobre los cañones automáticos y los campos de minas, y una lista de otros suministros que lo ayudarán a lograr su defensa, podemos llevarlos a nuestro equipo y ponerlo en marcha dentro de una semana. Encontraremos la forma de atravesar este bloqueo.

Y de repente, parecía que realmente iba a suceder. Paige y Rose iban a convertirse en corredoras de bloqueo.

Armadas con la información que ni todos los droides sonda de la galaxia podrían haber descubierto para ellas, Paige y Rose se fueron tarde a la mañana siguiente para regresar a la *Pequeña Zorra*.

Habían esperado que Reeve fuera con ellas. Reeve esperaba ir con ellas. Pero aparentemente nadie más lo había esperado.

—¡Reeve Panzoro! —Orion Chalk lo detuvo en medio de amarrar su mochila—. ¿No te *irás?* Pero tú…

—Tengo que volver con la Sra. Casca —objetó Reeve rápidamente.

—Tengo que informarla.

—Las emisarias le reportarán. Eso es lo que vinieron a hacer… echar un vistazo a su historia. Pero te necesitamos aquí… sin la Sra. Casca, ¡eres el único Panzoro que tenemos!

—Pero… —Reeve sonó aterrorizado. Rose podía decir que había esperado reunirse con su abuela en el momento en que regresaran a D’Qar.

—Ella es nuestra líder, y tú eres *su* representante —dijo Chalk—. Por supuesto que eres libre para tomar tu propia decisión, pero espero que te quedes. Te necesitamos aquí.

Reeve había sido separado de Casca Panzoro por la fuerza; no había decidido dejarla en D’Qar. Pero ahora le estaban dando una elección.

La cara de Reeve se torció. Parecía destrozado.

—Pero ella cree que voy a regresar —dijo.

—Eres nuestro único vínculo con este grupo de bombarderos —insistió Chalk—. Te necesitarán aquí como un contacto. Tu experiencia con sus líderes y equipos será vital para nosotros si algo sale mal con su misión.

Rose observó a Reeve Panzoro con la familiar sensación de comprensión. Ella sabía que estaba aterrorizado por el bloqueo. Estaba aterrorizado de morir de sed, o peor, en este lugar hostil que una vez había sido su hogar. Recordó el espantoso alivio en su rostro cuando salió de la nave en la que se estrelló en el vientre de la Fortaleza Estelar.

Pero sabía que él era más valiente y más decidido de lo que ella lo había tomado cuando lo conoció. Recordó cómo había inventado el truco que los había ayudado a escapar de la nave que los perseguía cuando llegaron a Atterra Bravo. Recordó cómo había corrido al descubierto en la playa de piedra pómez, arriesgando su vida para traer de vuelta su cantimplora para que el transporte de la Primera Orden no la notara.

Rose mantuvo sus labios fuertemente cerrados. No podía culparlo por ser leal a su abuela. Sabía que si ella fuera Reeve y Casca fuera Paige, Rose elegiría volver con su hermana todo el tiempo.

Rose vio ahora, incómoda, que ésta podría no ser la elección correcta.

No se atrevió a unirse a este debate.

Pero Paige de repente lo hizo.

—¿Qué te diría ella ahora?

Chalk se volvió para mirarla con respeto. Reeve, cuando miró a la propia Paige, aún mostraba una expresión de infeliz decisión.

—¿Qué querría Casca que hicieras? —preguntó Paige con su voz calmada, intrépida, de artillera bajo fuego.

Reeve Panzoro tragó saliva. Entonces, de repente, asintió con la cabeza.

—Ella querría que hiciera el trabajo para el que me necesitaran. —Hizo una pausa—. Así lo haría mi padre.

—Bien, entonces —dijo Paige con satisfacción—. Ya está.

Reeve tomó una profunda respiración. Cerró los ojos. Rose podía imaginar lo que estaba pensando.

Ella es lo único que me quedaba. Si hago esto, es posible que nunca vuelva a verla.

Y luego tomó su decisión, sabiendo que ahora iba a ser capaz de navegar solo por nuevas estrellas inexploradas.

—De acuerdo. Me quedaré. Lo haré.

Nada, pensó Rose, *es tan pacífico como el ilimitado azul del hiperespacio*.

Ella y Paige no habían perdido tiempo en salir del sistema Atterra.

Habían despegado tan pronto como llegaron a la *Zorra*, y antes del final de un bloque de tiempo de veinticuatro horas, Rose y Paige estaban una vez más solas en la realidad suspendida después del salto a la velocidad de la luz.

Paige se reclinó en el asiento del piloto, estirándose.

—*Guau*… qué lugar tan terrible. No es realmente lo que queríamos decir sobre ver la galaxia. —Tocó su medallón de mineral haysiano.

Al ver los dedos de Paige acercándose a su garganta, Rose reflejó la acción de su hermana. La familiar ola de amor y conexión la invadió.

Ambas tocaban un poco a Otomok al mismo tiempo… dos mitades que formaban un todo… un recordatorio de la causa por la que estaban luchando y un vínculo físico con su hogar perdido.

—¿Crees que *hay* un lugar que sea hermoso y…? —Rose hizo una pausa.

Había ido a decir *pacífico*, pero realmente no parecía ser la palabra correcta. Sin habitación humana, Atterra Bravo habría sido un lugar de belleza y paz. Pero agregar *personas* a la mezcla lo cambió por completo.

—¿Y qué?

—Un buen lugar para un picnic —dijo Rose—. No importa. Debe haber algún lugar. Fue una pregunta estúpida.

Paige puso el piloto automático. El hiperespacio era un alivio después de Atterra. Se levantó en la pequeña cabina y desenrolló un par de mantas. Ella sonrió a Rose.

—El hiperespacio es hermoso —dijo Paige—. Y podemos hacer un picnic aquí.

Extendió las mantas y arregló la taza con aislamiento y los paquetes de proteínas como si ella y Rose fueran de la nobleza galáctica en un día de fiesta.

—Vamos, Rose… siéntate y veamos el mapa. Vamos a planificar nuestras vacaciones interestelares.

—Eres ridícula —se quejó Rose.

Se envolvieron juntas en las mantas, compartiendo la calidez mutua.

En ese momento, este era el hogar.

Rose tuvo una repentina imagen mental de las dos encapuchadas solas, rodeadas de años y años luz de espacio vacío, como si fueran las únicas dos personas vivas en toda la galaxia… o al menos las dos únicas personas que importaban.

Pero, por supuesto, había muchas otras personas desesperadas por ahí. Como para recordarlas, Paige sacó un mapa en miniatura del Borde Exterior.

—D’Qar está demasiado lejos de Atterra para realizar una serie regular de tiradas de suministro de manera eficiente —dijo—. Necesitamos encontrar un lugar para usar como base intermedia para la unidad de bombarderos pesados. Leia sugirió un planeta que pudiéramos ver, por si acaso. Ahí.

Paige señaló.

Solo un salto corto hiperespacial desde Atterra, había un mundo en el borde de un sistema estelar deshabitado en su mayoría. Fue marcado como «Industrial» e «Independiente».

—Refnu —leyó Rose en voz alta—. ¿Cómo es que Leia te comunica todo este material extra?

—Un seguro. Si ambas somos capturadas, solo una de nosotras sabe algo.

La implicación hizo que Rose se estremeciera.

—Eso no es exactamente tranquilizador —dijo, incómodamente contenta de dejar que su hermana mayor asumiera la carga de ser la que se arriesgara a que la torturaran. En defensa de su propio egoísmo secreto, Rose dijo rápidamente—. Ahora ambas sabemos.

—Pero no nos atraparán —dijo Paige, apretando la mano de Rose.

—Uno de los otros técnicos de la Fortaleza Estelar nos lo sugirió… creció en Refnu. Cat, el tipo grande. Sabes a cuál me refiero, ¿el ingeniero de vuelo del bombardero *Tesoro?* De todas formas, Leia cree que operar fuera de Refnu será una buena tapadera. No será demasiado lejos para ir y venir entre Refnu y Atterra. Está en una buena posición para nosotros, para cargar los suministros que necesitamos. Y no hay ninguna razón real para que nadie rastree a los bombarderos de vuelta a D'Qar ni a la Resistencia. Parecerá que alguien en Refnu está siendo un buen vecino de Atterra. ¿Nos detenemos de camino a casa?

—¿Qué, sin siquiera preguntarle a Leia? ¿O Fossil? Acabas de llegar de un planeta extraño y dices ¿hola?

—Viajar juntas por la galaxia —le recordó Paige—. Me han dado un montón de créditos para negociar algunos atracaderos para las Fortalezas si vamos a seguir adelante con esto.

Rose no pudo evitar reír.

—Viajar contigo no está saliendo como esperaba. Pero en ese caso, tampoco lo es la galaxia.

—La galaxia es genial —dijo Paige, y ambas se rieron.

Ni Paige ni Rose estaban preparadas para la profunda y agonizante nostalgia que las azotó durante su breve viaje a Refnu.

No era exactamente como Hays Minor en el sistema Otomok. Pero era lo que más les gustaba de cualquier lugar donde habían estado desde que salieron de casa.

Rose había sentido una especie de lealtad feroz a los atterranos solo porque eran mundos gemelos. Ahora se encontraba sintiendo el mismo tipo de lealtad hacia Refnu, porque lo entendía.

Frío y oscuro, Refnu estaba tan lejos en el borde de su zona habitable como habían sido los mundos de Hays, y… como Hays… Refnu apenas era lo suficientemente cálido para mantener vida. El planeta estaba tan lejos de su sol que existía en perpetuo crepúsculo. Desde el momento en que Paige dejó su nave en el puerto espacial ventoso y cubierto de escarcha en Refnu, tanto ella como Rose habían sentido como si finalmente estuvieran volviendo a casa.

Al principio no podían salir de su pequeña nave de la Resistencia. No estaban vestidas para eso. Después de discutir un poco por el comunicador con alguien que se hacía llamar el «capitán de puerto» de forma hinchada, una grúa se acercó a ellas a través del crepúsculo purpura y depositó una cúpula térmica sobre la *Zorra* para que no murieran congeladas cuando salieran. Luego, un par de estibadores les trajeron trajes impermeables.

Era exactamente la forma en que una nave forastera habría sido bienvenida en Hays Minor. Paige llamó la atención de Rose mientras se subían los impermeables y le dedicó una media sonrisa alentadora.

Rose sabía que su hermana estaba sintiendo la misma sensación de nostalgia agridulce.

La vida nunca había sido fácil en Hays Minor, pero esa no era razón para que se *destruyera*.

Paige y Rose pasaron solo una noche en Refnu. No fueron exactamente bienvenidas, ya que habían estado en Atterra Bravo.

Tuvieron que alquilar sus trajes de noche por hora y pagar una litera en los barracones de los cargueros para permanecer en la superficie del planeta. Parecía extraño estar de regreso en un lugar donde pagar por los servicios de extraños era algo normal de hacer.

Los créditos de Leia en la Nueva República fueron bienvenidos, y Paige los gastó a regañadientes. Los trajes impermeables y un lugar para dormir eran necesarios si querían sobrevivir a la dureza del clima de Refnu.

—Pero no puedes simplemente juntar una pila de dinero en efectivo y comprar espacio de atraque para un par de escuadrones de fuertes bombarderos de la Fortaleza —señaló Rose a su hermana mayor.

—Por supuesto que no. La Resistencia no puede pagarlo, por un lado. Y por otro, se vería increíblemente sospechoso.

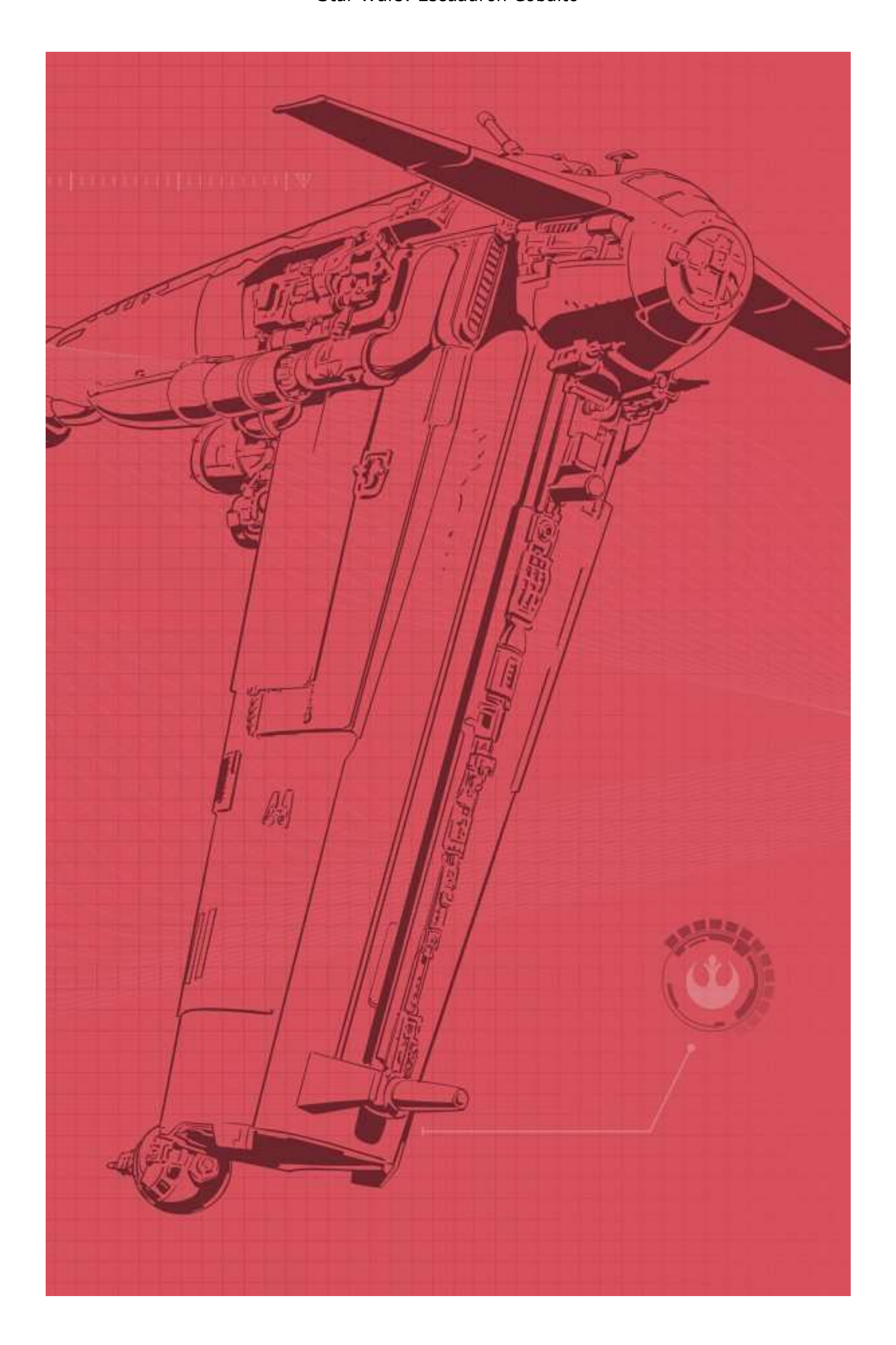
—Entonces, ¿qué vas a hacer, Inteligente?

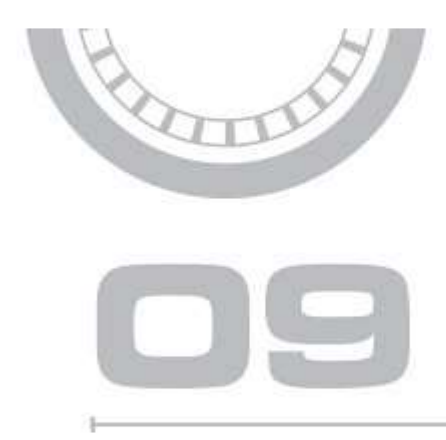
Paige se rió.

—¡Reconocimiento! Dije que negociaríamos. ¿Recuerdas mi trabajo en casa, en Hays Minor?

—No eras una *diplomática* —le recordó Rose—. Fuiste una piloto excavadora de mineral para la Compañía Minera Central Ridge.

—Apuesto a que necesitan rompehielos aquí también, al igual que lo hicieron en Hays Minor —dijo Paige—. Y apuesto a que no dirían que no a un escuadrón de bombarderos experimentados que podrían hacerlo por ellos. Creo que deberíamos ir a cenar con los otros cargueros.





LE RECORDÓ tanto a Hays Minor que a Rose le dolió el pecho.

Pensó que realmente podía sentir el dolor de corazón.

La cantina de los cargueros era una sala larga, sin ventanas, luminosa con luz diurna artificial. No había ventanas… como en casa. En un mundo donde siempre estaba oscuro y casi siempre tormentoso, las ventanas no tenían sentido. La luz del techo de plasma le recordó a Rose el corazón de la cápsula viviente de su familia, el pequeño y brillante espacio que los Tico llamaron el «solario». Cada espacio residencial en Hays Minor había sido equipado con algún tipo de solárium. La luz artificial era necesaria para mantener la vida.

—*¡Una vid uva de nieve!* —jadeó Paige, señalando.

—¡Todo este trayecto para ver una vid uva de nieve! —se rió Rose. Pero ella agarró la mano de su hermana mayor y la apretó con fuerza.

La vid era grande… debía de tener más de cien años. Era muy parecida a la que se había retorcido alrededor del pequeño espacio abovedado de su propia terraza acristalada, cada pequeña fruta amarga era vigilada de cerca por el superintendente de la vaina y cualquier cosecha se compartía en cuatro cocinas comunales. La vieja vid no había pertenecido a los Tico, pero habían sido la familia afortunada que se sentó bajo su follaje verde pálido y sus flores picantes. Sus hojas en forma de lágrima se hicieron eco de la forma de los medallones de oro pálido que Paige y Rose llevaban y atesoraban, el regalo emparejado de sus padres justo antes de que huyeran del sistema Otomok.

Esta enredadera en la cantina de los cargueros en Refnu estaba en una jaula… lo suficientemente valiosa para garantizar la protección de cualquier persona que perturbara descuidada o codiciosamente sus frutos cuidadosamente mimados.

Paige y Rose recogieron bandejas de comida en una escotilla de servicio y lograron obtener asientos en una de las largas mesas de banco, no muy lejos de la fragancia verde de la vid. Cuando se sentaron, Paige se rió de placer.

—¡Mira… selakale!

En estrechas trincheras en el centro de la mesa, brotes pálidos crecían bajo la luz artificial. De vuelta en Hays Minor en el sistema Otomok, el selakale había sido una valiosa fuente de vitaminas, pero había que despojarlas de las semillas y volverlas a

plantar a diario o no tendrías nada que comer al día siguiente. Aquí, podrías ayudar tú mismo y replantar mientras comías.

—Me gusta este lugar —dijo Paige alegremente, acumulando los brotes amargos en la parte superior de su porción humeante de raciones de almidón y metiendo las semillas de nuevo en la zanja de tierra.

Los otros viajeros sentados cerca se rieron de su entusiasmo.

—¿Eres de por aquí? —retumbó uno de ellos, humanoide pero gigantesco—. Pero no, no lo creo. Eres demasiado pequeña para ser nativa de Refnu. Mírame, Dario el nefrian… mi capa de piel extra me mantiene caliente. Y mis huesos son más grandes para mantener el peso extra. ¿De dónde eres, entonces?

—Otomok, originalmente —dijo Paige—. Un planeta llamado Hays Minor. Mismo clima. Sin embargo, no hay vida inteligente nativa allí.

Esto obtuvo otra risa.

—¿Llamar vida inteligente a Dario? —bromeó otro nefrian.

—Bueno, no podría gustarle el clima de este iceberg si no estuviera acostumbrada, ¡eso es seguro! —dijo otra persona.

Rose vio lo que había hecho Paige: llamó la atención a propósito para hacer que la gente se interesara en su historia, pero también poner a los extraños a gusto de inmediato.

¿Cómo lo hace? Se preguntó Rose. ¿Y podría hacerlo sin ella? ¿Podría sentirme tan segura por mi cuenta, sin conocer a ninguna de estas personas?

—¿Qué te trae a esta oscura bola de nieve? —preguntó un humanoide escamoso, parecido a un lagarto, sentado frente a ellas, temblando en su traje impermeable con manos con garras envueltas alrededor de una taza caliente—. No es el clima, seguro.

—Estamos buscando trabajo. Bombarderos de hielo independientes… volamos en una Fortaleza Estelar convertida. Pensé que este lugar era tan bueno como cualquier otro —dijo Paige.

—¿Has trabajado en extracción de mineral congelado? —preguntó Dario, el tipo grande—. Estás aquí en un buen momento. Es verano.

Esto provocó carcajadas de la persona lagarto, quien obviamente no era de esos lares.

—*¡Verano!*

—Sí, verano, chinche. Eso significa que los días son largos hacia el norte, y puedes despejar el hielo de la superficie por un tiempo para que puedas llegar a los minerales que están debajo. ¿Cuál es su nombre, señorita?

—Paige. Paige Tico… esta es mi hermana, Rose.

La gente alrededor de la mesa asintió con la cabeza.

—Sé que RefnuCorp contrata trabajadores adicionales en esta época del año —dijo Dario—. Echa un vistazo en su Sede. Es el túnel diecisiete y ochenta y dos, y no tienes que salir para llegar allí. Aunque no estoy seguro de que una Fortaleza Estelar vaya a ser muy útil para ellos.

—Oh, solo somos el equipo de reconocimiento —dijo Paige, sonriendo.

Rose la pateó. Paige no pestañeó.

—Estamos aquí antes que el resto del equipo —dijo Paige—. Verificando la disposición de la tierra. ¡Qué desperdicio de energía, tiempo y combustible habría sido si todos hubiéramos volado al fondo de la nada y luego hubiéramos descubierto que no podríamos conseguir trabajo! Podemos ofrecer a RefnuCorp un escuadrón completo si lo desean.

De vuelta en D'Qar, Leia estaba cautelosamente entusiasmada con el informe de las hermanas Tico.

—Podemos ejecutar cuatro saltos de suministro —dijo ella con firmeza.

Ella y un oficial de la Resistencia, la vicealmirante Amilyn Holdo, estaban sentando las bases para la misión con todos los miembros de la unidad de bombarderos pesados: Fossil, sesenta tripulantes y otros sesenta empleados de tierra que irían a Refnu para hacerse cargo del reabastecimiento, mantenimiento y trabajo de carga para las tripulaciones de vuelo cuando regresaran a la base.

—Holdo ya tenía experiencia con misiones de transporte aéreo —explicó Leia—. Ella no os acompañará, pero le pedí que escuchara nuestros planes.

Holdo era una mujer serena de aproximadamente la edad de Leia, delgada y alta, con el pelo morado. Ella estaba al mando del crucero *Ninka*. Estaba de pie a un lado de Leia, mientras que Casca Panzoro estaba del otro lado como su asesora.

Las tres mujeres mayores formaban un formidable trío.

Leia había pasado horas conversando en privado con Casca y Holdo, pero esta era la primera vez que sus planes se revelaban.

—No podemos permitirnos suministrar a Atterra Bravo más de cuatro rutas aéreas —continuó Leia—. No tenemos un contacto en Atterra Alpha y es mejor que nos limitemos a comunicarnos con Sublevación Bravo. También tendremos que tener cuidado con los tiempos; no queremos atraer mucha atención.

—Podemos enviar once bombarderos Fortaleza Estelar en total, con once tripulaciones completas. Irán siete del Escuadrón Cobalto, junto con cuatro de Carmesí. De esta forma, seis bombarderos pueden dirigirse a Atterra y cinco pueden trabajar para la Corporación Refnu todos los días. Finch Dallow de Cobalto liderará ambos escuadrones a Atterra. Finch, ¿cree que tiene una buena idea de cómo evitar los campos de minas?

—Bueno, eso espero —dijo Finch.

—Es lo mejor que podemos hacer —dijo Leia—. ¿Están todos conmigo?

Miró a su alrededor, viendo a la gente asentir con la cabeza en señal de reconocimiento y comprensión.

—Bien —dijo Leia—. Así que, Amilyn, ¿puedes agregar algo a lo que he dicho?

—Almacenaremos los bombarderos para las dos primeras carreras antes de que salgan, y os enviaremos un transporte con los clips completos de suministros para la

tercera y cuarta carrera —les dijo Holdo—. Probablemente necesiten enviar el transporte aquí para su suministro final de combustible. Pero estaréis solos en Refnu.

—Intentad hacer malabares con las cosas para que no parezca que estáis corriendo en una misión de rescate en vuestro tiempo libre, ¿de acuerdo? —Agregó Leia—. No olvidéis que se supone que sois rompehielos.

Uno de los pilotos levantó una mano.

—¿No será obvio lo que el resto de nosotros estamos haciendo mientras que el escuadrón señuelo está ocupado en la minería?

—Use una historia de tapadera —le dijo Leia, siempre diplomática.

—Está aprovechando al máximo su tiempo y trabajando en un servicio de entrega en sus días libres. Cat, el ingeniero de vuelo del bombardero *Tesoro*, conoce el planeta y el sistema; él es la razón por la que escuchó que podría haber trabajo allí.

Leia hizo una pausa e hizo una mueca al interrogador.

—Simplemente no haga obvio hacia dónde se dirige —advirtió.

Las siguientes cuarenta y ocho horas se evaporaron en un torbellino de preparaciones. La vicealmirante Holdo y Fossil consultaron a Casca Panzoro sobre lo que se necesitaba con mayor urgencia en las cargas útiles de los bombarderos y en los suministros suplementarios transportados en el mayor transporte disponible. Las tripulaciones de los bombarderos supervisaron a los equipos de tierra y revisaron dos veces todos los equipos de las naves en preparación para la misión.

Rose apenas durmió. Tenía la tarea de supervisar a once equipos mientras cableaban cada uno de los bombarderos Fortaleza Estelar con deflectores reductores de potencia como el de la *Martillo*.

—Venga.

Era la voz de Paige.

Paige había encontrado a su hermana sentada contra la hierba de la pared del búnker camuflado. Rose estuvo entre controles de energía, tomando un descanso de cinco minutos para rehidratarse y *respirar*.

Aire fresco. La única forma de llegar a los incómodos deflectores de potencia era arrastrándose por debajo y sentándose dentro de ellos en las cubiertas de vuelo de los bombarderos pesados. Era claustrofóbico en el mejor de los casos; con dos personas, Rose más el ingeniero de vuelo que supervisaba, era sofocante. Las Fortalezas Estelares tenían poca potencia para el mantenimiento en el terreno, y era sofocante y caliente dentro de ellas. Al cabo de una hora, Rose se había puesto la camiseta sin mangas, y estaba empapada. El medallón de Otomok se balanceó libremente, y siguió agarrando los enchufes del deflector.

Rose estaba contenta de un descanso después de un día de esto.

Paige la agarró del brazo donde descansaba contra la pared exterior cubierta de hierba del búnker.

—Vamos, demos un paseo rápido.

—No tengo tiempo. Solo quería tomar un poco de aire.

—Si tienes tiempo para sentarte allí, tienes tiempo para caminar —dijo Paige—. Va a oscurecer pronto de todos modos. Te sentirás mejor si te mueves.

Rose se dejó llevar.

La luz era diferente al final del día que a primera hora de la mañana.

Los pájaros estaban en silencio.

—En algunos planetas —dijo Paige—, donde hay una gran variedad de vida silvestre y tienen animales grandes, así como pequeños objetos voladores, también hay animales nocturnos. ¿Qué animal *más* te gustaría ver?

—Cualquier cosa, siempre y cuando no tenga que arrearlo. —Rose no tenía ganas de jugar a este juego, y los árboles oscuros le parecían siniestros.

—Yo elegiría fathiers —dijo Paige—. Si solo pudiera ver un animal en toda la galaxia, y nunca viera nada más, iría por los fathiers. Me gustaría verlos en una carrera. Me gustaría montar uno…

—Paige —interrumpió Rose—, ¿podrías guardar silencio sobre los animales en este momento?

Ella se estremeció. Ahora que estaba afuera y podía sentir el viento sobre su piel, ya no estaba sudando. Deseó haberse puesto el overol antes de salir de servicio.

Paige puso su brazo sobre los hombros de Rose y la abrazó.

—*Pensé* que algo te molestaba. ¿De qué te preocupas?

—Siempre lo sabes.

Por un momento permanecieron allí, quietas juntas… ya era demasiado tarde para adentrarse más en el bosque alienígena. Pero en otro momento tendrían que regresar, y entonces difícilmente habría más tiempo de estar juntas hasta… ¿cuándo? ¿Hasta que estuvieran de regreso en el hiperespacio de camino a otra misión de bombardeo, andar doblada en la torreta de bola inferior de la pistola?

—Está bien —dijo Rose—. Aquí está la cosa. ¿Sabes que estoy supervisando la instalación de esos deflectores de reducción de potencia en las Fortalezas para esta misión? Bueno, conectarlos es un dolor, y no puedo hacerlo todo yo sola. Tengo que dar vueltas y asegurarme de que otras personas estén haciendo lo correcto. Y mayormente lo hacen. A veces veo algo que está fuera de lugar, lo señalo y lo arreglan.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —preguntó Paige—. ¿Alguien es descuidado? ¿O no vamos a estar listos a tiempo?

—No, no, nada de eso. Todo el mundo está trabajando realmente duro. Y estamos adelantados.

Rose se estremeció de nuevo.

—Bueno, ¿entonces qué?

—Me preocupa que los deflectores no funcionen —dijo Rose.

—¡Pero el nuestro funcionó bien!

—Claro que sí. —Rose vaciló de nuevo, y finalmente logró escupir lo que la estaba molestando—. Pero si un solo enchufe está fuera de lugar, y hace que el deflector en una de las otras Fortalezas falle, y fueran detectados por una patrulla de cazas TIE, sería *mi culpa* si todos los bombarderos terminaran muertos.

Paige estaba en silencio.

—Ya era bastante malo preocuparse por Reeve… solo una persona… cuando tuvimos que llevarlo. Pero ahora soy yo la responsable de *todo el escuadrón*.

Cuando pasaron unos pocos segundos más y Paige todavía no dijo nada, Rose añadió descaradamente, tratando de pasar el momento.

—Por supuesto, si nuestro deflector falla primero, supongo que no tendré que preocuparme por…

Paige la detuvo con una palabra.

—*Rose*.

Rose no se volvió para mirar a su hermana, avergonzada de su propia incertidumbre, avergonzada de *hacer algo mal* cuando Paige siempre estaba tranquila y controlada.

—Rose, estamos en esto *juntas* —dijo Paige—. Si un piloto no vuela lo suficientemente rápido, o no supera la zona de lanzamiento exactamente en el lugar correcto, o el bombardero está un segundo retrasado haciendo la liberación, o el artillero de cola no alcanza a todos los bandidos que dispara, ¿todos nos sentamos culpándolos?

Comenzó a caminar hacia la base, guiando a Rose bajo su cálido y familiar brazo.

—Sabes que no —continuó Paige—. Eso es lo que es ser un soldado. Y estamos en guerra. Tal vez no sea un gran conflicto intergaláctico heroico como cuando el Imperio fue derrotado, y tal vez no estemos en el centro de él. Pero somos parte de un esfuerzo. Estamos marcando la *diferencia*. Y tal vez vamos a darle a Atterra una oportunidad que Otomok no tuvo.

Ella apretó el hombro de Rose.

—Y eso es algo que no sucederá sin tomar algunos riesgos —concluyó Paige—. Sin asumir ninguna *responsabilidad*.

Cuando Rose aún no respondió, Paige la instó.

—¡Di que tengo razón!

Rose soltó una risita a regañadientes.

—Siempre tienes razón, Pae-Pae.

—Eso es porque soy mayor y lo sé mejor.

—Ja ja.

Rose sabía que Paige tenía razón. Y, sin embargo, también sabía que si algo salía mal con uno de esos deflectores de potencia y Rose no estaba allí para arreglarlo *ella misma*, se sentiría culpable por el resto de su vida.

La unidad Fortaleza Estelar no tardó mucho en configurarse en Refnu.

No desperdiciaron más de un día resolviendo un acuerdo con RefnuCorp para el espacio del muelle y el trabajo de rompehielos.

Luego prepararon a los bombarderos para sus primeras asignaciones y se derrumbaron en sus literas con los otros trabajadores temporales.

Temprano a la mañana siguiente, cinco de los once bombarderos pesados fueron equipados con clips de bombas llenas de equipos rompehielos, y partieron pesadamente hacia el norte en las zonas de mineral congelado de Refnu para la misión de trabajo que le habían prometido a RefnuCorp.

Los otros seis bombarderos de la Resistencia, cuatro del Escuadrón Cobalto apoyados por dos de Carmesí, no portaban explosivos magnéticos. Se dirigían al sistema Atterra, y esta vez, en lugar de equipos de espionaje, sus portabombas contenían estuches llenos con miles de litros de agua y condensadores portátiles; combustible de vehículos; harina, paquetes de proteínas, latas de pescado ahumado, suplementos vitamínicos y suministros médicos; y una variedad de equipos electrónicos y mecánicos, incluidos varios compresores de hiperimpulsión para naves pequeñas, receptores de radio de velocidad luz y células de energía para municiones.

Los bombarderos Fortaleza Estelar llevaron a cabo la primera entrega de un transporte aéreo que le daría a Sublevación Bravo la autosuficiencia que necesitaba para luchar por la independencia de los mundos gemelos de Atterra.

Paige miró el crono en su muñeca.

—Diez minutos para el espacio real. Debes estar en el monitor tecnológico cuando ingresemos al sistema Atterra. Ve a buscar a Nix y a Spennie en tu camino.

—Está bien —dijo Rose—. Nos vemos nuevamente en el camino de regreso a Refnu.

Ella lo dijo casualmente, como si no estuvieran a punto de colarse seis Fortalezas Estelares de la Resistencia a través de un bloqueo de la Primera Orden.

Paige fue igualmente casual. Ella dio la misma respuesta que siempre daba al comienzo de un bombardeo.

—Nos vemos luego, Rose.

Rose se impulsó desde la parte posterior del asiento del artillero hasta la bahía de bombas. Cerró la puerta del escudo a la torreta del artillero detrás de ella, sellando a Paige dentro. Entonces Rose subió por la larga escalera pasando los estantes de bombas a la cubierta de vuelo.

Rose se estremeció de nuevo cuando pasó por encima de los miles de proyectiles negros y brillantes.

Tuercas y tornillos, se juró a sí misma. ¿Qué te pasa, Rose? ¡Ni siquiera son bombas! ¡Están llenos de refrigerios de proteínas y toallitas antisépticas!

Pero, por supuesto, también había municiones allí, y todavía *parecían* bombas.

Por un momento, Rose no pudo evitar desear que todos ellos fueran explosivos de carga magnética, y que iban a ser utilizados en un ataque real… algo que detuviera a la Primera Orden de una vez por todas.

Rose saludó al bombardero.

—Hey, Nix, Paige dijo que te diera un empujón.

Nix estaba sentado junto al pedestal de su computadora, con las piernas colgando del borde de la abertura hacia la bahía de bombas, ejecutando un último recuento de los bastidores activos del detonador remoto manual. Nix levantó la cabeza y asintió en respuesta a Rose, pero no respondió ni soltó el control remoto. Rose sabía que estaba haciendo su usual y cuidadoso conteo de los proyectiles antes de activar su lanzamiento.

—Cinco minutos para la entrada —le advirtió Rose—. No pierdas la cuenta ahora.

Nix asintió de nuevo sin decir una palabra. Siempre estaba totalmente enfocado en la misión. Rose pensó que probablemente era su forma de lidiar con el acecho del miedo.

Todos lo enfrentaban de manera diferente. Rose llegó a la cubierta superior y fue a ver a Spennie, el nuevo artillero de cola. Habían logrado llenar cada bombardero con una tripulación completa de cinco para este salto, lo que liberaría al ingeniero de vuelo para vigilar los deflectores de potencia.

La tripulación de la *Martillo* había volado con Spennie una o dos veces antes como artillero de cola, lo suficiente como para que todos supieran que ella pasaba su tiempo en el hiperespacio escuchando las retransmisiones de carreras espaciales de Coruscant grabadas en su mayoría cien años antes. Rose se escurrió entre la grotesca mole del deflector y se inclinó hacia la torreta trasera. Allí Spennie estaba sentada, embelesada en su propio mundo de sueños, fingiendo que estaba viajando a toda velocidad por el sistema solar en un elegante yate solar de una época pasada.

Rose tocó los auriculares de Spennie.

—Paige dijo…

Rose se cortó a sí misma. En su cabeza escuchó a Reeve Panzoro acusándola: *No haces nada sin asegurarte de que está bien con Paige.* Parecía tan infantil como Reeve sobre lo que su abuela le había dicho que hiciera.

—Estoy aquí con tu advertencia de tres minutos, Spennie —enmendó Rose.

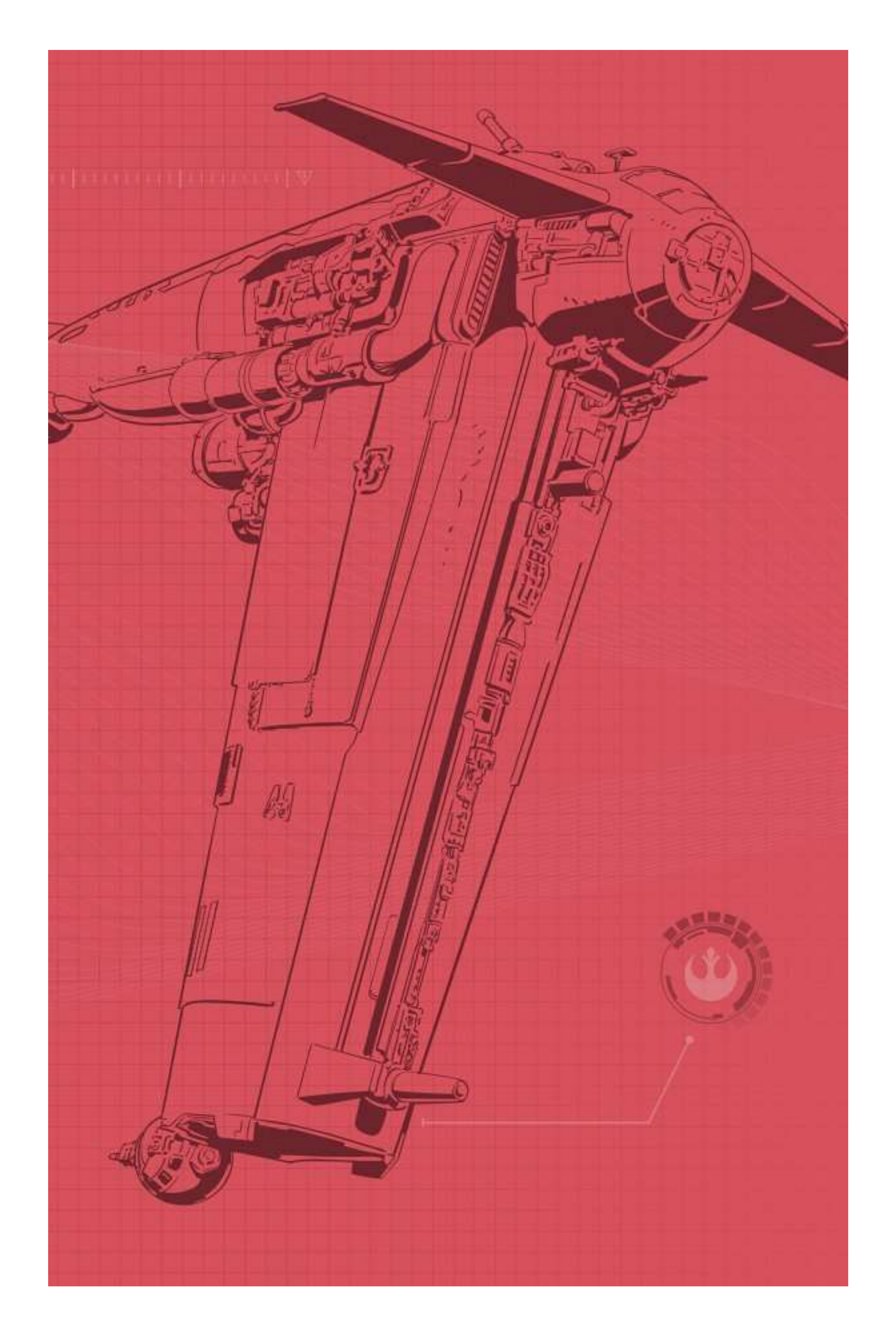
—Gracias. —La artillero de cola se estiró para cambiar de canal con una mano, y con la otra comenzó la secuencia de desbloqueo de sus pistolas.

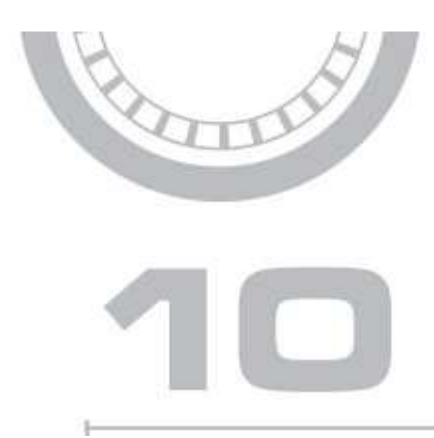
—Séllame, ¿de acuerdo?

—Estoy en ello.

Rose se agachó para regresar a la cubierta principal y cerró la puerta del escudo a la torreta del artillero de cola.

—Técnico, toma tu estación. —La voz de Finch Dallow en su auricular era aguda. Estaba jugando al piloto profesional por una vez—. La Navicomputer está lista para la reentrada. Esperar lo inesperado.





ROSE ECHÓ UN VISTAZO a su cronómetro… había pasado un minuto demasiado largo en la escalera a través de los estantes de bombas, mirando esos ominosos recipientes negros.

Ahora se arrastraba por el deflector y corría por la cubierta de vuelo, sus botas chocaron vacilantes sobre los paneles usados. Tomó su asiento en la consola del ingeniero de vuelo. Su trabajo en este viaje iba a ser considerablemente más estresante de lo que había sido en el primer bombardeo contra Atterra, con los droides espía: esta vez, en lugar de solo monitorear su propia nave, era responsable de supervisar los seis deflectores de potencia del escuadrón de la misión.

Rose apenas tuvo tiempo de sujetar las correas de sujeción antes de que la *Martillo* saliera del hiperespacio y cruzara en el espacio despejado al otro lado del Cinturón Atterra. Antes de que Rose lo supiera, Finch había cubierto la distancia entre el reingreso y los asteroides, y luego la *Martillo* comenzó a esquivar y esconderse en el laberinto espacial lleno de rocas de Atterra.

Rose miró su pantalla. Si los deflectores de potencia estuvieran funcionando, esconderían el rastro de energía de los bombarderos. Eso significaba que Rose vería las Fortalezas Estelares como contornos en su pantalla, solo podría verlas completamente si estuvieran en la línea de visión de su propia nave.

En la estación tecnológica, Rose no tenía una visión real de lo que estaba sucediendo fuera de la nave. Todo lo que podía ver eran los asteroides del cinturón. Examinó la pantalla, buscando un contorno en forma de pistola incómoda de una Fortaleza Estelar de la Resistencia.

Todos los bombarderos se orientaban en la misma posición cuando volaban en formación, por lo que podrían aparecer en cualquier parte de la pantalla durante este trayecto, haciendo que las formas mismas fueran difíciles de detectar.

Era como hacer uno de esos acertijos visuales que a Paige le gustaban tanto cuando eran niñas… encontrar los contornos de animales extraterrestres entre un gran revoltijo de formas abstractas.

Son grandes animales, estos bombarderos pesados, pensó Rose, permitiéndose sonreír. *Probablemente lo más parecido a un fathier en el que Paige o yo alguna vez podamos montar*.

Entonces Rose vio otra nave del Escuadrón Cobalto. Estaba un poco detrás del bombardero *Martillo*, siguiendo el mismo camino hacia la órbita de Atterra Bravo, rodeando el borde de uno de los asteroides del Cinturón Atterra.

Paige llamó desde la torreta inferior, donde estaba mirando hacia atrás. Ella también había visto la otra Fortaleza Estelar.

—Uno de los nuestros detrás de nosotros, Finch.

—Escuadrón Cobalto y naves de apoyo Carmesí, registrarse —Rose oyó la orden de Finch sobre el sistema de comunicaciones. No podía escuchar sus respuestas, pero escuchó a Finch reconocer cada una.

Ninguno estaba muy lejos de la *Martillo*.

—Perdón por escuchar eso, *Mare* Cobalto —Rose escuchó decir a Finch.

—¿Cuál de estos bloques de roca tenía el cañón automático?

En unos pocos segundos, Finch leyó un número para que Rose lo registrara.

—Le dispararon a *Mare,* —explicó Finch—. Sin daños. Escuchen, niños, no podemos reagruparnos en el cinturón, y si activamos más de esos cañones automáticos, llamaremos la atención. Vámonos directamente hacia Atterra, formemos, bajemos y salgamos de aquí lo más rápido que podamos. Entraremos en el lado oscuro.

—¡El lado oscuro! —Nix resopló de risa—. ¿Estamos volviéndonos al mal?

—El lado de la noche, idiota. Del planeta.

Atravesaron el Cinturón Atterra hasta el espacio abierto dentro de su anillo gigante. Delante de ellos, Atterra Bravo brillaba valientemente en la pantalla de Rose… brillante, estéril, sombrío y arruinado. Después de la fría y familiar oscuridad de Refnu, Rose recordó nuevamente lo fuerte que había encontrado en sus ojos el brillo de un planeta interior cuando escapó por primera vez de su tenue hogar en Hays Minor en el arruinado Otomok.

En algún lugar del otro lado del sol, lo sabía, estaba la hermana de Atterra Bravo, Atterra Alpha. Nadie podría ver ambos mundos a la vez.

De la misma forma, en algún lugar muy abajo en el bombardero *Martillo*, Rose sabía, estaba su propia hermana.

—Todos nuestros bombarderos están fuera del cinturón —informó Rose mientras aparecían rastros de oro y comenzaban a converger en su monitor.

—¡Todos, bienvenidos a Atterra!

—Escuadrón Cobalto, naves de apoyo Carmesí, uníos a la formación y avanzad al punto de lanzamiento —escuchó la orden de Finch.

—Seguidme. Por lo que yo sé, estamos entrando en zona de minas, pero mantengamos un buen puesto de observación. Y cuidado con los bandidos.

La advertencia había sido para alertar a los otros bombarderos, pero la tripulación de la *Martillo* se lo tomó personalmente.

—Observando —fue la voz de Paige, y luego la voz de Spennie desde la torreta de cola se hizo eco—. Observando.

En el fondo de su mente, Rose recordó cómo los cazas TIE habían aparecido en su monitor, chispas centelleantes de calor blanco como estrellas fugaces.

Al escanear el monitor, pensó que no había nada en la galaxia que temiera tanto como la anticipación de ver esos puñados abrasadores de brillo apareciendo repentinamente en la pantalla.

—Cielo vacío, Nix —dijo el piloto del bombardero—. Podríamos hacer un recorrido directo. Entrando en caída de atmósfera en diez.

—Entendido —dijo Nix.

Rose sabía que el silencio del ingeniero de vuelo se consideraba una buena noticia, por lo que no dijo nada.

Estaba sentada tensa y dolorida con los ojos pegados en la pantalla.

Observó cómo la imagen del mundo se acercaba mucho más en el monitor, hasta que los bombarderos estuvieron tan cerca de Atterra Bravo que ya no podía ver su contorno esférico.

Ante sus ojos, el planeta cambió rápidamente de un mundo lejano a un paisaje sombrío. Desde el espacio, Atterra Bravo había brillado a la luz reflejada de su sol. Pero en su superficie nocturna, todo estaba oscuro.

Rose había notado que incluso en el perpetuo crepúsculo de Refnu, siempre había algún punto de luz haciendo señas a través de la penumbra… luces de aterrizaje en los muelles, señales de baliza a lo largo de las rutas de tierra entre las minas, luces de advertencia en la parte superior de las grúas y otros obstáculos para el tráfico aéreo.

Refnu estaba demasiado lejos de su sol para que sus superficies brillaran. Pero incluso en un mundo donde no había ventanas, a menos que la superficie fuera borrada por las nubes, siempre brillaba una pequeña llamarada de vida para guiar a la tripulación de vuelo hacia la tierra.

Cuando la *Martillo* se acercó a Atterra Bravo, Rose supo que el cielo estaba lleno de luz estelar. Pero en su pantalla, la superficie del planeta sitiado estaba muerta de oscuridad.

La primera zona de lanzamiento estaba en una depresión empinada de tres kilómetros de ancho. Podría haber sido una mina abierta o un cráter de bomba… al mirar su pantalla era imposible saber cuál. Una concha vacía de una ciudad se cernía a su alrededor en la oscuridad, con los equipos mineros arrancados y arrojados por las laderas del cráter; no había luz en ninguna ventana, ningún signo de vida entre las imponentes ruinas.

Rose sabía que había vida allí abajo. Ella lo había visto por sí misma.

Conoció a las personas que luchaban por evitar que este planeta se hundiera.

En algún lugar debajo de ella, Reeve Panzoro estaba mirando hacia el cielo con su joven corazón asustado lleno de desesperada determinación.

Pero desde arriba, no parecía que Atterra Bravo tuviera alguna posibilidad de sobrevivir.

Somos su esperanza, Rose se recordó a sí misma. *Es por el Escuadrón Cobalto que están mirando hacia el cielo. Saben que venimos y nos están esperando*.

Rose observó los contornos de las otras Fortalezas Estelares, ahora alineadas en formación en su pantalla, todas acelerando hacia el punto de lanzamiento sin luz en Atterra Bravo.

—Punto de caída en cinco —llegó la breve actualización de Finch.

—Entendido —repitió Nix.

El bombardero *Martillo* se abalanzó sobre el objetivo. Rose imaginó lo que Paige y Spennie debían estar viendo, apretujadas en sus esferas de cristal detrás de los cañones láser y mirando nerviosamente el brillante cielo cubierto de asteroides detrás de ellas: de ahí era de donde era más probable que viniera un ataque.

—No usan luces por la noche —dijo Paige. Estaban lo suficientemente cerca del planeta como para que Rose supiera que su hermana podía verlo a través de los cristales transparentes bajo sus pies. Ella también había notado la oscuridad antinatural de Atterra Bravo—. Supongo que la Primera Orden se sumergiría en una barrida de reclutamiento en el segundo que vieran una señal de vida aquí. Sin mencionar resistencia…

—Dejad de charlar, niñas, el cielo está despejado —dijo Finch—. Aquí vamos. Nix, ¿estás listo con esas puertas de la bahía de bombas?

De repente, en la pantalla de Rose, uno de los resplandecientes perfiles dorados de la Fortaleza Estelar en el lado de babor de la formación parpadeaba y mostraba rasgos sólidos.

Rose contuvo el aliento antes de hablar. No quería preocupar a nadie innecesariamente.

Pero entonces sucedió de nuevo, y ella pudo ver el otro bombardero claramente en la pantalla, completamente visible como una fuente de potencia que quemaba energía.

Rose tragó saliva. Apenas podía hablar alrededor del nudo de terror en su garganta.

—El deflector de *Tesoro*… el deflector de *Tesoro* Cobalto está caído —se las arregló para graznar—. Será mejor que les des la noticia a ellos, Finch.

Agregó miserablemente:

—*Lo siento*.

—*Tesoro* Cobalto, aquí *Martillo* Cobalto. Te estamos esperando. Entra primero. —La tripulación de la *Martillo* pudo escuchar la orden que dio Finch—. Entonces vete lo más rápido que puedas y no te quedes por el resto de nosotros.

No era muy diferente del plan original. La *Martillo* había tenido la intención de liderar el camino, con los otros bombarderos siguiéndola.

Se suponía que cada Fortaleza Estelar debía hacer su propio camino de regreso sin esperar a los demás, a excepción de la *Martillo*… la *Martillo* miraría para asegurarse de que el lanzamiento fuera según lo planeado.

De esa forma, Rose estaría allí para dar consejos en caso de un fallo en el deflector de potencia.

Ella realmente no había esperado que esa falla ocurriera tan pronto en el juego.

Rose miró su pantalla. Podía ver el contorno de su propia nave retrocediendo detrás de los otros para dejar que la vulnerable se fuera primero, para darles la oportunidad de hacer su lanzamiento lo más rápido posible y alejarse a la seguridad del hiperespacio.

Rose tragó de nuevo. Luego tomó una respiración profunda.

—Finch, ponme un parche al ingeniero de vuelo de la *Tesoro* —dijo.

Tenía su propia comunicación general para poder hablar con todos los otros técnicos de las Fortalezas Estelares a la vez, pero quería un enlace privado con Cat.

Escuchó a su piloto perforar la secuencia. Los segundos pasaron.

Rose no podía creer cómo el tiempo de repente pareció arrastrarse durante los minutos que tardó en acercarse al objetivo, especialmente ahora que uno de los bombarderos de la Resistencia era visible para todo el sistema solar de Atterra si alguien estaba mirando.

—Técnico de la *Tesoro*, aquí Rose —dijo Rose—. Tu deflector está arrojando potencia. ¿Puedo ayudar?

Cat, el técnico de Refnu, no respondió de inmediato. Rose podía escucharlo respirando con dificultad. Podía sentir su propio aliento ahogándola mientras esperaba, una sensación de pánico.

—Toma otra respiración profunda, Rose.

A través del auricular de Rose llegó la voz tranquila de Paige, como si su hermana estuviera hablando justo a su lado, diciéndole qué hacer.

—Respira hondo, luego replícale.

Rose respiró hondo.

Trató de imaginar a Cat, con su gran complexión nefriana, apretujada dentro del cono del deflector de potencia de la *Tesoro*. ¿Qué estaría mirando? ¿Qué estaba mal?

—Hey, Cat. Si no es obvio cuál es el problema, debes verificar todas las conexiones. Hay una secuencia. Puedo hablarte sobre eso.

—Estamos a treinta segundos del lanzamiento —dijo la voz del ingeniero de vuelo de la *Tesoro*—. No puedo hacer esto ahora.

Rose no podía hacer nada más que mirar la pantalla mientras el bombardero *Tesoro* lanzaba la primera entrega del transporte aéreo de Atterra.

Los proyectiles que transportaban los suministros de emergencia no tenían deflectores de potencia ni sistema de guía. Simplemente confiaban en la gravedad, como el armamento antiguo. La *Martillo*, habiendo intercambiado lugares con la *Tesoro*, estaba unos minutos detrás de la otra Fortaleza Estelar. Incluso tan cerca, los proyectiles eran invisibles en los monitores de Rose. Ella solo podía suponer que la *Tesoro* había logrado

su liberación… el primer lote de agua, comida, combustible, armamento y suministros médicos que los atterranos necesitaban tan desesperadamente.

La *Tesoro* se alejó de la caída y la *Martillo* tomó su lugar.

Durante un par de segundos sobre el objetivo, Rose colocó el monitor primario en el interior para poder ver cómo se abrían las puertas de la bahía de bombas. Nix estaba en la tarea y las puertas funcionaban sin problemas.

En agonía por lo que estaba pasando con el deflector de potencia de la *Tesoro*, Rose volcó la pantalla hacia el exterior para poder ver al otro bombardero.

La *Tesoro* estaba en camino de regreso a la órbita de Atterra Bravo. Su piloto estaba tratando de permanecer en la oscuridad de la noche del planeta. Una vez que llegaran a la órbita, sería demasiado fácil rebasar y terminar a la luz del día.

—¿Técnico de la *Tesoro*? ¿Cat? ¿Estás listo para que agarre tu mano?

Rose llamó a través del espacio.

—Lo siento, Rose —era la voz de Cat—. Lo siento mucho. ¡Es todo mi culpa!

Él todavía estaba jadeando.

—Una de nuestras bombas se había atascado, y bajé a los bastidores para ayudar al bombardero a soltarla para que se soltara en la caída, y luego, cuando volví a subir a la cubierta de vuelo, olvidé apagar mis guantes de tracción. Justo después de salir del hiperespacio, pensé… pensé que debería revisar los enchufes en el deflector, y trepé dentro de él, y toqué los enchufes, ¡y alrededor de una docena de ellos se pegaron a los guantes y simplemente salieron del muro de fuerza! Y entonces…

Rose se dio cuenta, por el chasquido y el traqueteo que estaba sucediendo en el fondo, que Cat estaba conectando enchufes rápidamente mientras le hablaba.

—Y luego de alguna manera los arreglé con mi otra mano para evitar que cayeran, instintivamente, supongo, y saqué otra media docena por accidente.

—Oh, *Cat.* —Rose suspiró… en parte por frustración y en parte, secretamente, por el alivio.

Esto no había sido su culpa después de todo.

—Ojalá pudiera haber estado ahí para , *literalmente*, agarrar tu mano —dijo.

Cat soltó una aguda y rápida carcajada.

—Me sentaré en mis manos la próxima vez.

—¿Vas a arreglar esto pronto? —preguntó Rose—. Quiero ayudarte a verificar la secuencia, pero estamos a punto de hacer nuestro propio lanzamiento.

—Estoy en eso, Rose. Llámame cuando termines y te leeré lo que tengo.

—Gracias, Cat.

Rose se centró en su pantalla. Las puertas de la bahía de bombas estaban abiertas.

Entonces, el borde de la pantalla brilló como si hubiera sido golpeada con una bola de nieve explosiva llena de luz.

Rose sintió como un golpe en el estómago.

—*¡Cazas TIE!* —gritó.

Escuchó el grito ahogado en la órbita de Atterra Bravo… todavía estaba sintonizada en el canal que le permitía hablar con el ingeniero de vuelo de la *Tesoro*.

—Cero-uno-ocho primer cuadrante alto, seis de ellos, al igual que antes…

Mientras tanto, Finch voló constantemente a la zona de lanzamiento.

Los bombarderos pesados de la Resistencia estaban comprometidos ahora, si había cazas TIE alrededor.

—Bombarderos Cobalto, continúen detrás de mí, formad detrás de la *Martillo* —ordenó Finch—. Fuera luces, todos. Vuelen lento y estable, no hay razón para que nos vean a menos que se acerquen.

Sin embargo, había una razón… el hecho de que la *Tesoro* seguía apareciendo en los monitores como una gran fuente de energía en medio del cielo nocturno.

Las chispas blancas desaparecieron de la pantalla. Luego volvieron a invadirla. Se sentía como si Rose tuviera luces imaginarias bailando frente a sus ojos.

—Vigilad a esos bandidos —advirtió Finch a su tripulación, lo que por supuesto era totalmente innecesario, ya que Rose no podía *apartar* los ojos de ellos, y sabía que en sus jaulas de cristal suspendidas en la cola y al pie de la Fortaleza Estelar, Spennie y Paige también estaban ansiosamente escaneando los cielos por enemigos entrantes.

Y luego, algo terrible sucedió en la pantalla de Rose.

El contorno de su propia nave comenzó a parpadear exactamente como lo había hecho la *Tesoro*.

Se desvaneció dentro y fuera de foco como un holograma mal sintonizado.

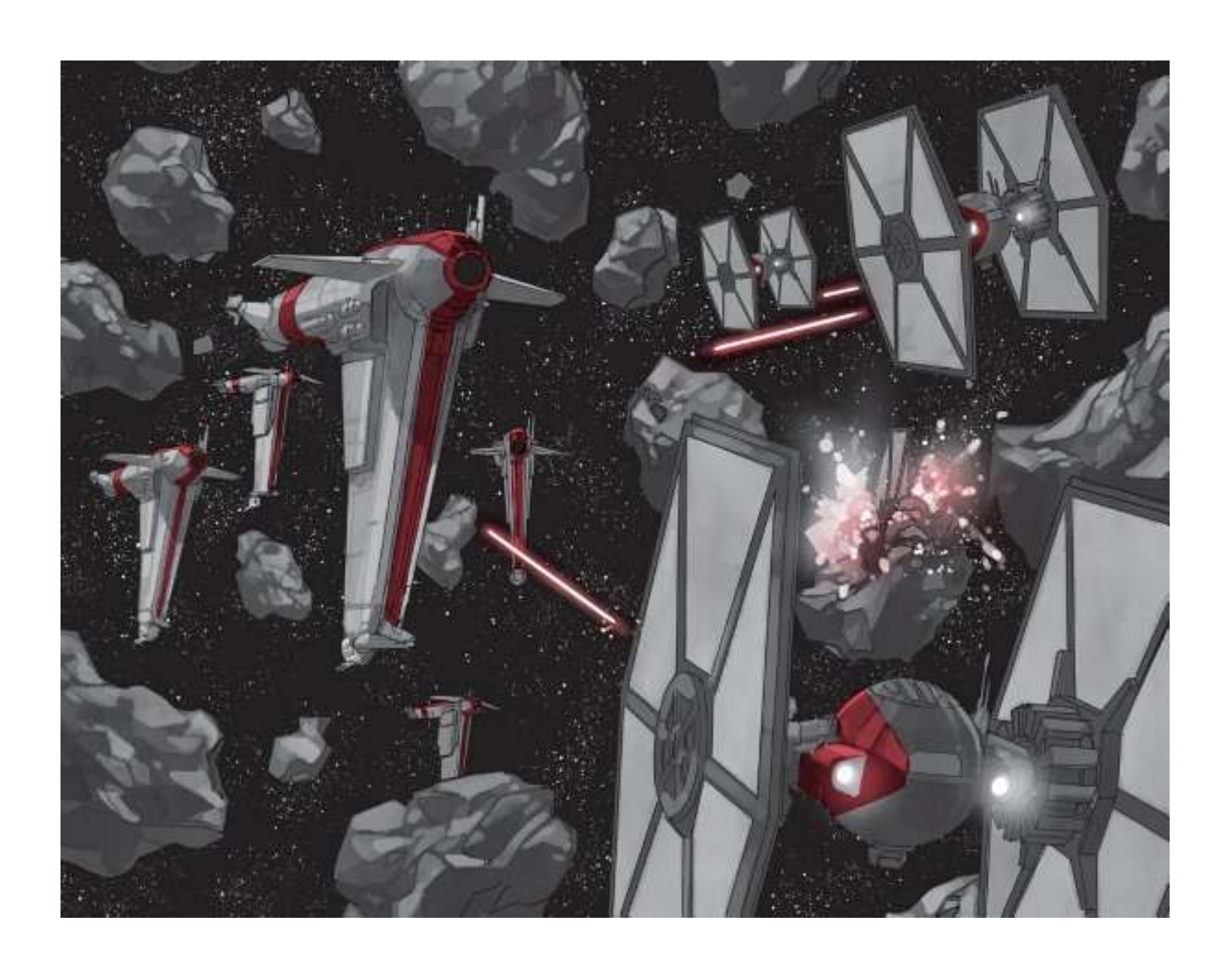
Rose no esperó órdenes. Trepó por la cubierta de vuelo y se deslizó de espaldas debajo del equipo monstruosamente torpe que era el deflector de potencia. Rose sintió, en lugar de escuchar, los cañones láser de Spennie disparar al otro lado de la puerta de escudo sellada magnéticamente junto a su cabeza. De nuevo sintió el vacío virtual de miedo. Spennie no estaría disparando a menos que estuvieran bajo ataque.

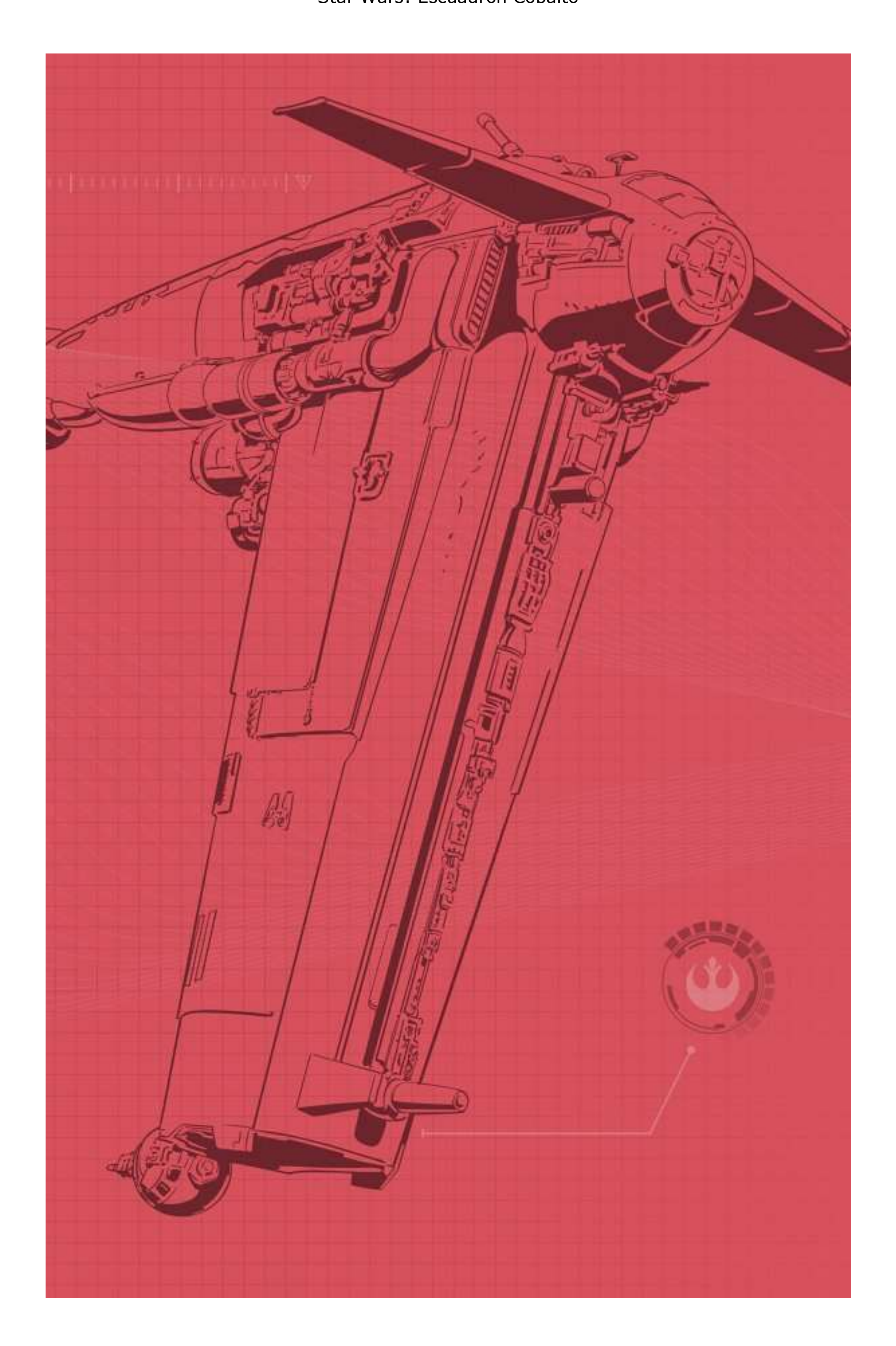
La voz de Finch, que llegaba a través del auricular de Rose, era ansiosa ahora.

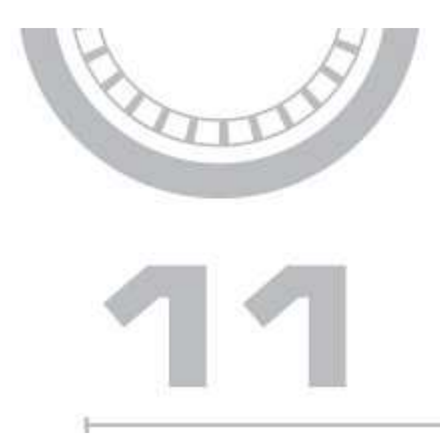
—Hemos captado los TIEs.

—Estamos filtrando un rastro de energía. Estoy en ello —dijo Rose entre dientes.

—¡En ello! —Se hizo eco el artillero de cola y la hermana de Rose, que ya estaban en la batalla.







ROSE SURGIÓ de debajo de los paneles inferiores del cuerpo del deflector. Esto habría sido mucho más fácil de haber llevado nada más que una camiseta sin mangas y un mono de trabajo; ahora estaba en un traje de vuelo y un respirador. Pero se las arregló para meterse debajo del incómodo equipo y sentarse en él por fin.

Si vuelvo a hacer esto, pensó Rose *, colgaré esta cosa en la bahía de bombas*.

O la colocaré de lado. Tiene que haber una manera más fácil.

Las entrañas del dispositivo se iluminaron automáticamente cuando detectó la presencia de Rose.

—¿Cuál es tu problema? —exigió. A veces lo sabía.

Su auricular tradujo la serie de pitidos electrónicos que le dio en respuesta: *fallo del sintetizador*.

—Tuercas y tornillos, ¿eso es todo?

Rose sacó el sintetizador de su ranura y colocó uno nuevo en su lugar. Le llevó unos cuatro segundos arreglarlo.

El deflector emitió un pitido de agradecimiento.

Rose se escurrió por debajo de la incómoda máquina. Casi de inmediato chocó con la artillero de cola, Spennie, que estaba resollando y aferrándose a su respirador.

—Recibí un golpe… alcancé a uno de los cazas, pero explotó cerca de la nave y una gran cantidad de escombros voladores golpearon mi torre. La torreta es sólida, pero la condenada *mirilla* se sacudió y vino volando hacia mí… cortó uno de mis tubos de aire. Toma mis armas mientras sello esto. No podrás apuntar con precisión, solo dispara a todo lo que veas…

Spennie se calló, jadeando, y se sentó para ocuparse del tubo roto.

Rose pasó junto a ella al asiento del artillero en la torreta trasera.

Ni siquiera tuvo tiempo para ponerse el cinturón antes de tener que comenzar a disparar. A través de su propia descarga de explosiones láser al azar, Rose oyó llamar a Finch.

—¡Libera!

Segundos después vino la respuesta de Nix:

—¡Bombas fuera!

Rose esperaba que los proyectiles, cayendo en picado hacia el planeta en la noche atterrana, no fueran obvios para los atacantes enemigos.

Ella misma no podía ver los proyectiles en la oscuridad, y tal vez los pilotos de los TIE restantes tampoco pudieran verlos. Tal vez ningún informe sobre el escuadrón de bombarderos de la Resistencia llegaría al lugar donde se encontraban los cazas enemigos.

Rose cerró esta línea de pensamiento y se concentró en la batalla.

Parecía haber tres de los TIE aún lanzándose con furia contra la *Martillo*.

En el fragor de la batalla, Finch de repente arrojó la Fortaleza Estelar hacia delante en un arranque de velocidad.

La súbita oleada hizo que Rose sintiera por un momento como si la estuvieran tirando por la mitad, como si la gran nave fuera tan frágil como un pequeño deslizador de un asiento.

Finch se inclinó bruscamente. Muy por debajo de sus pies, Rose se esforzó por echar un vistazo a la carga útil de los recipientes de suministro de la *Martillo*. Pero no podía ver nada, y debían haber desaparecido para entonces.

—Tengo la pantalla de Rose —Nix les dijo a todos… tan pronto como las bombas desaparecieron, él se hizo cargo de la estación de monitoreo de Rose.

—Rose tiene mis armas. ¡Y tengo aire! —Spennie jadeó tranquilizadoramente.

Tengo un mal presentimiento sobre esto, pensó Rose.

—Hey, Rose —llegó la voz tranquila de Paige a través del auricular.

—Es bueno tenerte ahí arriba.

No era bueno, pensó Rose. Los TIEs zumbaban de un lado a otro en el cielo, virando, y se lanzaban hacia otro ataque contra la *Martillo*. Rose atacó la noche al azar, sabiendo en la boca del estómago que no tenía esperanzas de golpear nada.

Era aterrador. Pero al menos si ella y Paige iban a morir, morirían juntas…

—Ya no puedo ver la *Tesoro* —informó Nix desde el monitor.

—Técnico de la *Tesoro*, ¿qué está pasando? —Rose llamó ansiosamente, todavía conectada a la otra nave.

Hubo un momento de interferencia crepitante, y luego la voz de Cat llegó con confianza.

—Estamos fuera de la órbita de Bravo. Estamos de regreso en el Cinturón Atterra. Nuestro deflector está bien y estamos en camino para el salto hiperespacial tan pronto como despejemos el laberinto de asteroides.

—Te extrañaremos —dijo Rose. La *Tesoro* estaba sola, y ella tenía otras cosas de qué preocuparse.

Sin la mirilla, era imposible obtener una posición decente en ninguno de los TIEs atacantes. Fuera de la torreta de la pistola de cola, Rose podía verlos zumbando en la oscuridad como meteoros, pululando alrededor del bombardero pesado. Los escudos de la *Martillo* se sostenían contra el fuego del cañón, pero no podían sostenerse para siempre.

De repente, Paige dio un grito que resonó en la cabeza de Rose, y debajo de ella, Rose vio las partes inferiores del bombardero iluminarse brevemente con el resplandor soleado de una explosión.

—*¡Te tengo!* —gritó Paige—. *¡Te tengo, pequeña araña espacial arrogante!*

—¡Guau, tu racha competitiva se está manifestando! —Rose se rió a pesar de sí misma. La calma habitual de Paige había sido sacudida.

¿Eso significaba que solo había dos cosas malvadas todavía volando por ahí? ¿Eso significaba que el escuadrón de bombarderos Cobalto tenía en realidad una oportunidad de ganar?

Detrás de ellos en la oscuridad, Rose vio una explosión de fuego de cañón directamente de una de las siluetas de los cazas. Hubo un resplandor de una explosión en medio del cielo nocturno. Rose tenía una vista perfecta: era como ver un espectáculo de luces.

Detrás de la *Martillo*, avanzando hacia su propio lanzamiento en la oscuridad, el bombardero *Bella* Cobalto había eliminado uno de los TIEs.

Segundos después, otra explosión vino detrás de *Bella*… *Mare* Cobalto también había entrado en la refriega.

—Aguanten, niños —llamó Finch—. Me estoy apagando hasta que el resto del escuadrón haya hecho sus lanzamientos. Las pistolas seguirán activas, pero no disparen a menos que sea absolutamente necesario… quiero usar la oscuridad para mantenernos ocultos. Las otras Fortalezas nos cubrirán. Prepárense para esperar… seremos los últimos en irnos.

Hizo una pausa, y agregó siniestramente:

—Eso es, si duramos tanto.

Rose se sentó detrás de sus armas ciegas en la oscuridad, sabiendo que nunca sería capaz de apuntar al solitario caza TIE que estaba volando por ahí. La piel en la parte posterior de su cuello se erizó ante la idea de que podría dispararle y volarla del cielo en cualquier momento.

La *Martillo* podría sobrevivir a un golpe directo en la torreta trasera.

Pero Rose no lo haría.

Se sentó en silencio, sin disparar al cielo vacío. Observó a *Bella* mientras volaba debajo de la *Martillo* y vaciaba sus propias bahías de bombas.

Rose se preguntó dónde estaría el otro caza TIE.

El bombardero *Mare* siguió a *Bella* hasta la zona de lanzamiento.

—*Bella*, vete de aquí —ordenó Finch—. No esperes por el resto de nosotros. Si ese último TIE escapó…

El piloto dejó que la frase quedara sin terminar, pero Rose pensó que probablemente estaba pensando exactamente lo que estaba pensando.

Si el último TIE se hubiera retirado… volaría de regreso a su base sin correr el riesgo de atacar por su cuenta a los cinco bombarderos Fortaleza Estelar armados… el piloto de ese caza sin duda informaría sobre el conflicto en el que se había enfrentado por Atterra Bravo. Y entonces la Primera Orden sabría exactamente a quién esperar y dónde esperarlos la próxima vez que los bombarderos hicieran una carrera de transporte aéreo hacia Atterra.

No era un pensamiento agradable.

Pero al menos por ahora, no había nadie disparándoles.

—*Mare* ha terminado —informó Finch desde la cabina del piloto.

—*Bailarín* Carmesí está en camino, y luego solo queda *Bólido* Carmesí.

Después de eso saldremos de aquí. Quédate donde estás, Rose…

Spennie está conectada al suministro principal de oxígeno y no puede regresar a la torreta trasera. Nix, ¿tienes los monitores tecnológicos cubiertos?

—Estoy en ello —confirmó Nix.

Rose recordó de pronto que no estaba atada. Se puso el arnés de Spennie y esperó a que *Bailarín* y *Bólido* hicieran sus lanzamientos. No había señales del último caza TIE.

Finalmente, los dos últimos bombarderos zarparon hacia la órbita exterior de Atterra Bravo, y Finch viró tras ellos y se dirigió hacia el Cinturón Atterra y, más allá de eso, a la seguridad del hiperespacio.

No pareció llevar mucho tiempo. Tal vez Finch estaba aprendiendo a navegar el complejo sistema de minas explosivas y asteroides. Muy pronto llegó ese momento sin aliento del salto a la velocidad de la luz.

La luz de las estrellas llenó la torre y los ojos de Rose, y luego desapareció detrás de ellos.

Habían hecho el lanzamiento. La nave estaba intacta. *Todas las naves* estaban intactas. Nadie fue herido.

Desde sus esquinas separadas de la Fortaleza Estelar, Rose y el resto de la tripulación se unieron a voces en un grito de victoria y alivio.

Estaban a salvo y solos otra vez en el ilimitado y pacífico azul moteado del hiperespacio.

—Baja aquí, Rose —dijo Paige—. Regresemos juntas a Refnu.

—¿A cuántos de esos cazas TIE realmente *golpeaste*? —Rose le preguntó a su hermana.

El verano en Refnu significaba que la luz del día azul oscuro duraría hasta altas horas de la noche, pero una tormenta de aguanieve azotaba las bahías de atraque y los equipos de la Resistencia apenas podían oír los saludos a gritos de los demás.

Los once bombarderos estaban a salvo de regreso en el puerto, y sus tripulaciones se agrupaban a pie en el muelle para la reunión informativa de la misión… incluidas las

naves que habían sido rompehielos y aquellos que habían hecho el primer transporte aéreo a Atterra.

—Alcancé a tres de ellos. ¡Y ni siquiera estoy volando en una nave de combate! —Paige contuvo el aliento. Ella no hizo mucho alarde. Pero obviamente estaba complacida consigo misma.

—*¡Tres cazas TIE!* —repitió Rose—. Guau… ¿debería empezar a llamarte Maestra Paige? ¿Eres Jedi o algo así?

Rose lo dijo a medias como una broma. Estaba admirada por la habilidad de artillería de Paige… y, realmente, de cualquier otra habilidad que poseyera su hermana mayor.

Paige se rió de las burlas de Rose.

—Cuando vuelan directamente hacia ti, no es difícil verlos.

Sin embargo, había sido difícil apuntarles, recordó Rose con un escalofrío. Por supuesto, Paige había tenido una mirilla que funcionaba, pero aun así…

—Apuesto a que te hace desear haber estado volando un caza estelar —dijo Rose.

—¡Ni siquiera pienso en eso cuando estoy disparando! —dijo Paige.

—¿Pero sabes qué? Explica por qué me siento tan frustrada cuando vuelan fuera de alcance. No puedo volar detrás de ellos.

—Sabes lo que eso significa… —le recordó Rose—. Uno de ellos escapó.

Paige se volvió hacia Rose y la miró, alarmada y frunciendo el ceño.

—¿Estamos seguros de eso?

—Nadie puede confirmar que le hayan disparado —dijo Rose—. Tal vez ese piloto de TIE no sabe cuántos de nosotros había. Pero va a hacer un informe, seguro.

Fue un pensamiento aleccionador.

Fossil había acudido a Refnu para administrar sus escuadrones.

Casca Panzoro estaba con ella, ansiosa por escuchar cómo había ido la primera misión de rescate a su planeta natal. Casca y Fossil, junto con el cirujano de vuelo de la unidad de bombarderos, Tiggs Kaiga, se reunieron con los equipos de la Fortaleza Estelar en el muelle.

Cuando comenzaron a reunirse, Fossil señaló el transporte de suministros que había venido con los escuadrones. Alrededor de una docena de tripulantes de bombarderos más personal se congregaron en el piso de carga del transporte, donde había calentadores portátiles instalados.

—El rumor es que la primera excursión a Atterra se convirtió en toda una aventura —bromeó Fossil—. Tiggs está encantado de que hayáis regresado sin más daños que los que una buena noche de sueño reparará fácilmente.

Todos murmuraron.

—Por supuesto.

—Sí.

—No hay problema.

Los equipos del escuadrón Fortaleza Estelar adoraban a su Vieja Dama, a pesar de su apariencia aterradora. Ella lograba hacer que cada uno de ellos se sintiera indispensable.

—Casca Panzoro tiene unas palabras con las que le gustaría agraciaros —dijo Fossil.

La representante del distrito de las Islas Firestone le dirigió a Fossil una mirada sobria y agradecida, y se puso de pie frente a la asamblea reunida.

—Gracias —dijo Casca Panzoro—. *Gracias.* —La gratitud en su voz y en su rostro era cálida y llena de alivio. La hacía parecer más joven.

—Incluso si el resto de esta misión no funciona según lo planeado, *gracias* por comenzarla. Gracias por creer en nosotros. Gracias por sus vidas, sus dones, su generosidad… pero sobre todo, su *confianza*.

Casca se detuvo y añadió en voz baja:

—Que la Fuerza os acompañe.

Hubo un momento de silencio incómodo, y luego las tripulaciones de los bombarderos rompieron en aplausos espontáneos.

Después de unos momentos, Fossil los tranquilizó levantando su gran mano.

—Bien dicho, Casca —dijo, y Casca se hizo a un lado para dejar que Fossil tomara el control de la asamblea de nuevo.

Fossil se puso a trabajar inmediatamente.

—Estaré encantada si los técnicos del deflector pueden darme informes completos sobre lo que salió mal —les dijo—. Después, seguiré con los equipos de mantenimiento mientras nos preparamos para el envío de mañana. Hay suficiente combustible para todas las naves mañana, y al día siguiente, pero para nuestra misión final, el transporte debe regresar en busca de combustible hacia…

Fossil hizo una pausa, y retumbó como si se estuviera aclarando la garganta. No se mencionaría a D’Qar en esta misión, por si acaso alguien estuviera escuchando.

—Hacia el depósito principal —terminó suavemente—. Primero, veamos los eventos de hoy.

La tormenta de aguanieve de verano estaba aullando cuando Fossil despidió a todos. Ahora Rose tenía que acompañar a cada uno de los ingenieros de vuelo para verificar que todo estuviera listo para el bombardeo del día siguiente. Estaba agradecida de que nadie en Refnu pareciera adivinar que once de las cinco docenas de naves amarradas allí tenían un propósito secreto que no tenía nada que ver con excavar mineral de la superficie de un mundo aislado.

Sin embargo, antes de que Rose hiciera otra cosa, fue junto a Cat para asegurarse de que había vuelto a conectar correctamente todos los enchufes del deflector de la *Tesoro*.

El nativo de Refnu era un joven corpulento de huesos tan grandes y voluminosos que era dos cabezas más alto que Rose, y se sorprendió al encontrarlo acurrucado contra ella y agarrado a su codo mientras luchaban contra el viento.

Rose no era muy grande… no podría haber sido un gran apoyo en el profundo crepúsculo de la tormenta mientras cruzaban los muelles.

Cuando entraron en la bahía donde se alzaba el bombardero pesado *Tesoro*, su altura masiva se balanceó ligeramente en el viento como si no pudiera esperar a despegar, Cat agachó la cabeza y gritó en la tormenta, inventando una excusa para sí mismo.

—Odio estar fuera —dijo, apartándose tímidamente de Rose, pero aún colgando de su brazo—. Prefiero estar sentado en un bombardero que está ardiendo en llamas que estar aquí parado en el viento.

—¿Estás bromeando? ¡Creciste aquí en Refnu!

Sacudió la cabeza, acurrucado en el refugio del bombardero *Tesoro*, mientras que Rose abría la escotilla en el fondo del clip vacío que aún no había sido reemplazado.

—Crecí *dentro*. Nunca salíamos si podíamos evitarlo. No me importa volar en una tormenta, pero no me gusta estar *afuera* en ella.

Rose dejó que Cat se subiera al bombardero primero, y ella lo dejó sentarse por un momento para recuperar el aliento mientras encendía los sistemas de luz y calor terrestres. No podían subir las escaleras más allá de los bastidores de bombas con su voluminoso equipo al aire libre, y tomaría un minuto más o menos para que el interior de la Fortaleza Estelar se calentara lo suficiente como para que pudieran quitarse sus parkas.

—Guau —dijo Rose, esperando con él—. Supongo que normalmente usas los túneles para moverte.

—Claro que sí.

Cat la miró y dijo en voz baja.

—Te contaré un secreto. Cuando estoy en un bombardeo, y estamos rozando la superficie de algún planeta interior… cuando es de día, y no hay nubes, y todo lo que puedes ver arriba es un cielo azul y es tan brillante que tienes que usar filtros… le pido a cada átomo de la galaxia que no tenga que permanecer afuera, desprotegido, y mire un cielo vacío como ese. Todo ese espacio. Me asusta tanto que me enferma. Ni siquiera me gusta estar en las cabinas cuando estamos volando. Maldita sea, crecí en Refnu. No tenemos ventanas aquí. Me gusta ver las *paredes*.

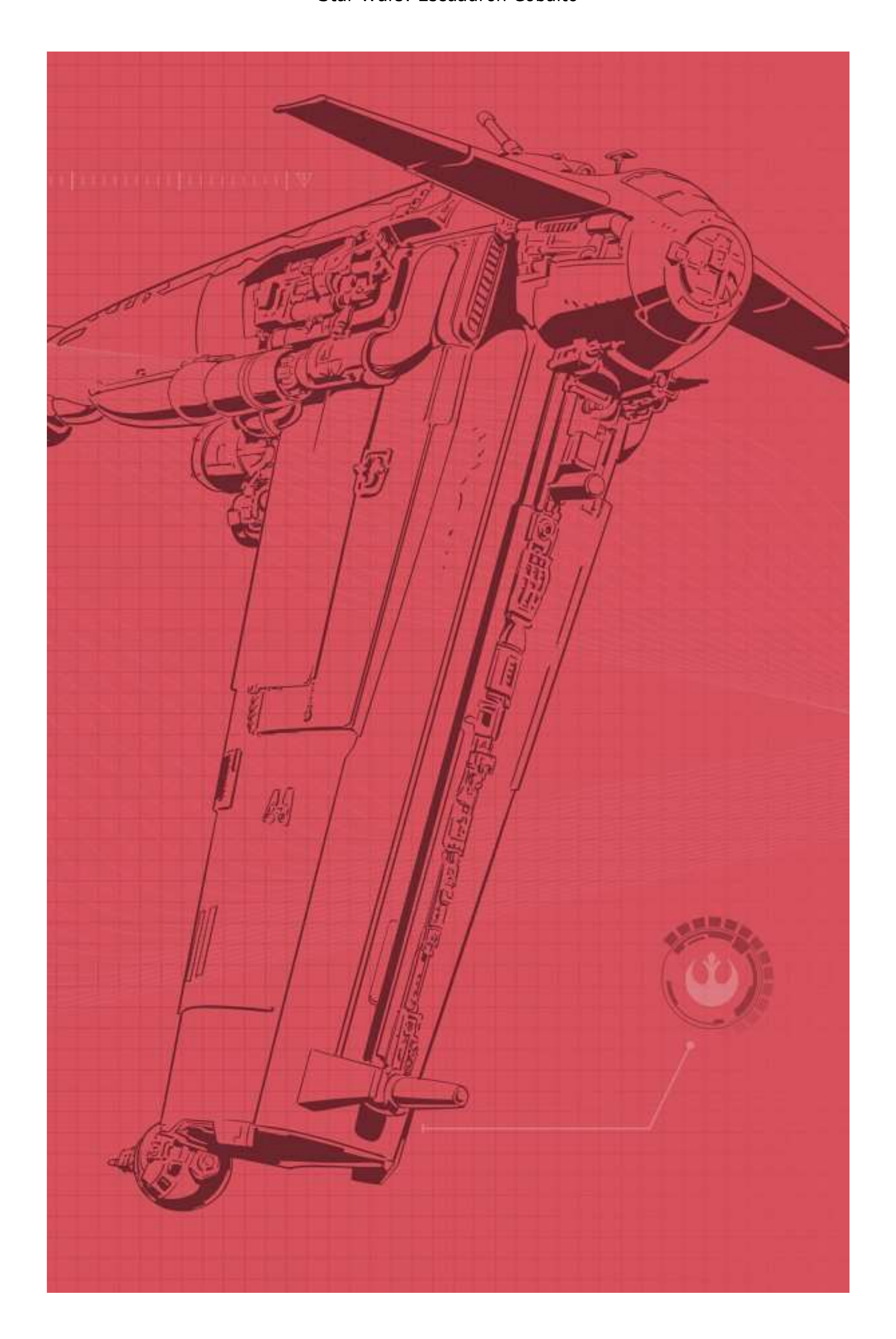
Mientras escuchaba a Cat hablar, Rose se dio cuenta repentinamente del suave colgante que yacía sobre su piel debajo de las capas de ropa protectora… el trozo de mineral del sistema Otomok que sus padres le habían regalado, el pedazo de casa que compartía con su hermana… un duro recuerdo de un mundo frío y oscuro atado con nubes de hielo.

Al igual que Cat, Rose había crecido en un planeta helado donde las viviendas nunca tenían ventanas, y la gente trabajaba bajo tierra o a bordo de naves aisladas.

Rose amaba su casa destruida ferozmente.

Pero ella no era como Cat en absoluto. Ansiaba estar fuera, desprotegida, y mirar hacia un cielo brillante y vacío.

Pensó en ello mientras ella y Cat contaban secuencias de circuitos, y no podía entenderlo para nada.





FOSSIL ESTABA esperándolos cuando descendieron al nivel del suelo de nuevo.

—¿Todo bien? —murmuró Fossil—. Sé que esto es una responsabilidad para ti, Rose Tico.

—Está todo bien —dijo Rose, sin estar segura de querer decir eso, pero sabiendo que era lo que Fossil quería escuchar. No creía que Fossil se diera cuenta de lo mucho que le asustaba la responsabilidad—. Tuvimos problemas con el deflector de potencia de la *Tesoro* en esta carrera, pero Cat sabía exactamente qué hacer.

—Tengo una solicitud para ti, Rose Tico —dijo Fossil—. La ingeniero de vuelo de la *Avispa* está luchando por adaptarse al clima aquí en Refnu. Hoy regresó enferma y temblando después del viaje a las minas de hielo, y Tiggs quiere que descanse un día bajo las lámparas solares antes de volver a volar. Si tu bombardero, Nix, cubriera tus monitores, ¿podrías volar con la *Avispa* en la misión de mañana a Atterra en lugar de su técnico?

Rose estuvo a punto de decir que sí. Era una solicitud tan simple y razonable.

Pero algo dentro de ella comenzó a deshacerse un poco y le impidió responder de inmediato.

Luego, cuando respondió, Rose se encontró tratando de poner una excusa.

—¿Dejar a Nix solo con el deflector? De ninguna manera. Él no entiende al pequeño monstruo.

—Estoy sorprendida —comentó Fossil—. Normalmente eres alguien que obedece las órdenes, pero ahora, cuando se te pide apoyo, criticas la habilidad de otro. Has entrenado a los otros ingenieros de vuelo. Puedes entrenar a tu bombardero. Tú lo sabes. ¿Cuál es tu objeción real?

Rose sabía que la verdad no tenía nada que ver con obedecer órdenes.

Vaciló, luego admitió en voz baja:

—Nunca he volado sin mi hermana.

No creía que *pudiera* volar sin Paige.

Cat se quedó escuchando, retrocediendo un paso o dos sin interrumpir, un poco avergonzado.

—Antes siempre te has acomodado a mis pedidos —dijo Fossil. Parecía más curiosa que enojada—. Nunca te has negado.

Consciente de que Cat estaba escuchando, Rose se sacudió para hacerse sonar menos cobarde.

—Soy como una de esas golondrinas sónares. Solo puedo volar como una de un par. —*Ugh*, pensó *, eso suena raro… súper sentimental*. Rose agregó con tristeza—. *Sé* que soy el soporte técnico para los deflectores de potencia. Pero simplemente no quiero volar sin Paige.

Rose pensó en Reeve Panzoro y en cómo la había acusado de no poder tomar una decisión sin obtener el visto bueno de Paige.

Pero Rose sabía que esto era diferente. Esto no tenía nada que ver con lo que pensara Paige.

El terror que Rose convertía en una bola en una esquina de su cerebro mientras estaba concentrada en un bombardeo operacional… mientras ella estaba escalando la bahía de bombas hacia los monitores tecnológicos, revolcándose en las entrañas del deflector, o emergiendo para hacerse cargo de las armas dañadas de la torreta trasera… ese miedo se mantuvo así porque Rose *sabía* que Paige estaba allí abajo en tranquilo control de los cañones láser debajo de la bahía de bombas.

Sabía que Paige estaba allí, esperando que Rose volviera a unirse a ella cuando el peligro hubiera pasado.

Te veo luego, Rose.

No era una cuestión de toma de decisiones. Rose no podía *imaginar* volar sin Paige.

—Este es un momento difícil para demostrar la falta de fibra moral —le dijo Fossil a Rose fríamente—. Es el día antes de una misión en la que eres un componente vital.

—Lo sé. *Lo siento*. Paige no lo sabe —se disculpó Rose—. ¿No podría intercambiarla también para que pudiéramos volar juntas? Dijo que cuando nos uniéramos a la Resistencia, siempre nos dejaría volar en la misma tripulación.

Fossil miró a Rose con ojos de plata cristalina, ilegibles y perplejos.

—Iré yo —dijo de repente Cat.

Rose y Fossil se volvieron para mirarlo. Cat le dio a Rose una sonrisa.

Recordó cómo había confesado su miedo secreto a ella, su miedo de estar afuera. Él entendía el miedo.

—Claro, iré yo —repitió Cat—. ¿Por qué no? Cometí un error hoy, no es probable que vuelva a cometerlo. Conozco las secuencias de circuitos para los deflectores de potencia de memoria ahora. No necesito adaptarme al clima, éste es mi hogar. Iré con la *Avispa* como su técnico, y Rose puede quedarse con su propia tripulación.

Rose y Cat miraron a Fossil en busca de su aprobación. Su comandante se encogió de hombros.

—Vuestra cooperación como una unidad, como siempre, me conmueve y agrada —dijo con su voz retumbante.

Sin embargo, ella no había dicho que sí. Rose se mordió el labio, esperando la decisión final.

La Vieja Dama asintió.

—Las golondrinas sónares, en efecto. Nadie ha usado *eso* como excusa antes.

—Gracias —respiró Rose—. Gracias, Fossil. *Gracias*, Cat.

—Qué tonta eres, Rose —le dijo Paige con cariño mientras estaban sentadas apretadas juntas en la torreta del arma inferior durante el viaje hiperespacial del día siguiente a Atterra para el segundo bombardeo del transporte aéreo—. Lindo, pero una tontería.

—Cállate. —Rose se sintió cohibida por su obstinada e infantil insistencia de volar con su hermana mayor. Fossil no había mencionado la solicitud a otros miembros de la tripulación, pero Cat le había contado a Paige sobre la «devoción fraternal» de Rose, y Rose no quería hablar de eso.

Paige escuchó el tono de voz de Rose, sin embargo, y lo entendió. Ella se disculpó.

—Sabes que estoy bromeando. Estoy un poco celosa de lo indispensable que eres para esta misión.

—¿Estás celosa de mí? —dijo Rose, quien sentía que nunca sería tan multitalentosa, tan tranquila o tan respetada como su hermana mayor.

—¿Te golpeaste la cabeza con uno de esos asteroides de Atterra?

—¡Estoy hablando en serio! —le aseguró Paige—. Todo el mundo está un poco asustado de esos deflectores. Y no es porque no confíen en ellos… sino porque están muy impresionados de que lograras reunir un equipo tan complicado en tan poco tiempo. Anoche hablaba con los técnicos de *Cortador* y *Avispón* sobre eso en la cafetería. Todos están preocupados de cometer un error tonto como lo hizo Cat, y el simple hecho de saber que estás ahí para hablar con ellos los hace sentir tranquilos. Están muy contentos de que estés aquí.

Fue el turno de Rose de molestar:

—Siempre estás chismorreando.

Pero se sentía cálida por dentro y un poco enferma con la horrible responsabilidad de estar a cargo de todos ellos.

—Tengo que llegar a la cubierta de vuelo para nuestro regreso al espacio real —agregó Rose—. Nos vemos en el camino de regreso a Refnu.

Paige estaba tranquila como siempre.

—Nos vemos luego, Rose —respondió ella.

Cuatro bombarderos pesados del Escuadrón Cobalto, con dos bombarderos del Escuadrón Carmesí apoyándolos, comenzaron a emerger del hiperespacio en el exterior del Cinturón Atterra.

Allí se estaba tranquilo. El complejo espacio que tenían delante se alzaba ominosamente, pero la órbita planetaria exterior del sistema Atterra parecía completamente vacía. Era tan pacífico como el ilimitado azul moteado del hiperespacio.

Rose, mirando los monitores, vio primero la forma de *Cortador* Carmesí; luego aparecieron *Avispa* y *Escarabajo* Cobalto en la pantalla, sus abultados contornos familiares, voluminosos, tranquilizadores. La *Martillo* ingresó al laberinto de asteroides justo después de que *Avispón* Cobalto y *Granizada* Carmesí emergieran del hiperespacio. Tan pronto como los asteroides del Cinturón Atterra bloquearon a los otros bombarderos de la línea de visión de la *Martillo*, se apagaron los monitores. Los deflectores de potencia estaban funcionando.

Los bombarderos estaban solos mientras navegaban por el Cinturón Atterra… se reagrupaban por el otro lado para entrar en la órbita de Atterra Bravo en formación.

Los bombarderos de la Resistencia no podían verse mientras volaban por el Cinturón Atterra, pero podían hablar entre ellos, y con cada viaje mapeaban más trampas explosivas. Comenzaron a adivinar el tamaño y la naturaleza de los asteroides que probablemente escondieran un cañón automático. También estaban mejorando a la hora de medir la distancia perfecta para evitar el fuego láser y al mismo tiempo poder usar los asteroides para esconderse detrás.

Pero el corazón de Rose martilleaba en su pecho mientras se abrían paso entre los asteroides. Esperaba un ataque durante todo el camino; el TIE que había escapado el día anterior *seguramente* los había denunciado.

Pero no había nada. El cinturón estaba en silencio.

El ataque llegó mientras volaban hacia Atterra Bravo en el otro lado del cinturón.

La *Martillo* recibió la furia inicial del fuego enemigo. Segundos después de salir de la cobertura del Cinturón Atterra, un escuadrón de cazas TIE apareció tras ellos.

Con el ataque viniendo desde atrás, el bombardero *Martillo* tuvo la suerte de estar entre los TIEs y el sol, y Finch viró de inmediato para aprovechar la luz que tenían a sus espaldas. Desató un fuego láser de los cañones delanteros.

Cuando el grupo de TIEs retrocedió, los escudos de la *Martillo* se mantuvieron. Los seis TIEs se alejaron gritando hacia la noche de Atterra Bravo antes de dirigirse hacia otro ataque. Pero ahora Spennie y Paige, en sus torretas de armas orientadas hacia atrás, pudieron tener una buena oportunidad para dispararles.

La *Martillo* se encontró con el segundo ataque de disparos furiosos.

Rose estaba en agonía, sin embargo. Nix estaba controlando remotamente los cañones en la torreta dorsal del pedestal de la computadora del bombardero. Pero no había absolutamente nada que Rose pudiera hacer para ayudar en la lucha. Miró por encima del hombro del piloto, tratando de no ponerse en el camino de Finch. Podía sentir la nave temblando mientras los TIEs disparaban desde atrás.

Finch estaba tenso, esperando que el ataque se moviera hacia el frente.

Una fracción de segundo más tarde estaba disparando con igual furia otra vez.

Rose retrocedió hacia la masa sin ventanas del fuselaje. Había algo sofocante en poder ver este ataque sin poder devolver el fuego. Era peor que estar sentada en la torreta de un artillero bajo fuego ella misma.

Entonces se le ocurrió a Rose que había algo que podía hacer: podría advertir a los otros bombarderos para que no los tomaran por sorpresa cuando salieran del camuflaje protector del Cinturón Atterra.

Rose pulsó el botón de comunicación general fijo a su auricular, la función que ahora compartía con el piloto para poder hablar con los técnicos de los otros bombarderos sin tener que conectarla.

—*¡Hay cazas TIE dentro del cinturón!* —gritó—. ¡Alertad a vuestras tripulaciones!

El ingeniero de vuelo de *Cortador* Carmesí informó desde su estación, donde Rose sabía que debía tener los ojos fijos en los monitores.

—*Los veo. Avispa* nos está cubriendo. Vamos a ayudarlo.

Otro puñado de luces blancas apareció en el monitor de Rose. Su corazón se hundió.

—¡Avispa *y* Cortador, *defiéndanse, no a nosotros!* —gritó Rose.

—Escarabajo, Avispón, Granizada *... ¡díganles a sus artilleros que miren bien!* —Ni siquiera pensó en el hecho de que gritaba órdenes a los equipos de vuelo de los que no tenía que encargarse. Nunca se le ocurrió que no tenía autoridad para decirles cómo volar su misión. Solo intentaba desesperadamente advertirles, salvarlos del desastre.

Desde la torreta inferior de la ametralladora, Paige había visto el nuevo grupo de TIEs, y había invocado un frenético grito de advertencia para el resto de la tripulación de *Cortador*.

—*¡Bandidos! ¡Bandidos! ¡Cuidado,* Cortador! *¡Cazas TIE sobre* Cortador *Carmesí!* ¡Que alguien les diga… *hay otro grupo de TIEs viniendo por* Cortador!

La voz del técnico de Cortador sonó frenética, y Rose, mirando su propio monitor, supo por qué.

—*¡Veo cuatro escuadrones más entrando!* —exclamó—. El primero debe haber hecho sonar una alerta cuando nos encontraron, y pidió refuerzos…

Las pantallas del monitor deslumbraron con chispas blancas.

Llegaron en grupos desde tres direcciones a la vez, además de los cazas individuales que ya estaban concentrados en la *Martillo*. La Fortaleza Estelar se estremeció con el impacto de los disparos en los escudos contra explosiones, con la acción de los artilleros disparando hacia atrás y con el movimiento del tejido evasivo de Finch.

Con un cálculo rápido y decidido, uno de los escuadrones de cazas que se aproximaban se precipitó hacia el entrante bombardero *Avispa*.

Otro escuadrón fue tras *Escarabajo*. El tercer y cuarto escuadrón de TIEs que se aproximaban se contuvieron… esperaban a *Avispón* y *Granizada*.

Había todo un escuadrón de cazas TIE listos para enfrentarse a todos los bombarderos de la Resistencia.

Otro escuadrón llegó mientras Rose miraba la pantalla.

El bombardero *Martillo* de alguna manera siguió manteniendo el suyo. La pantalla de Rose estaba tan cargada de trazas blancas de los TIE que no podía decir a cuántos de ellos habían logrado derrotar las armas de la *Martillo*. Pensó que las sacudidas que llegaban a la nave no eran tan frecuentes como lo habían sido. Unos rayos de esperanza sin forma se clavaron en su cabeza: *La última vez estuvimos bien… tal vez si detenemos a los que están detrás de nosotros, quizás podamos superar este primer ataque…*

Fue entonces cuando el rastro de *Avispa* en el monitor técnico desapareció de repente.

No hubo un gran ruido de estallido para anunciar el momento, ningún rugido ensordecedor de la explosión que borró la nave como lo habría sido si hubiera sucedido dentro de la atmósfera de un planeta.

Hubo un ruido sordo de estática cuando las comunicaciones de la *Avispa* quedaron en blanco, y luego el silencio en el espacio donde había estado la nave.

Al mismo tiempo, Paige y Spennie dieron simultáneamente gritos sin palabras de angustia. Habían visto la explosión.

Los TIEs que habían estado rodeando a la *Avispa* se alejaron, dividiéndose en parejas, y cada pareja se unió a uno de los escuadrones que atacaban a los bombarderos restantes.

Por unos momentos, el cerebro de Rose se negó a creerlo.

Entonces: *hemos perdido una nave completa*.

La nave de Cat. ¿Qué le había dicho la noche anterior?

Odio estar afuera. Prefiero estar sentado en un bombardero que arde en llamas que estar parado aquí en el viento.

Pensó en su alto y voluminoso cuerpo de refniano apretujado dentro del deflector de la *Avispa*, luchando frenéticamente con los enchufes, pero no, no había habido nada malo con el deflector de la *Avispa*. Cat habría estado mirando las pantallas tecnológicas justo como Rose estaba ahora, viendo la tormenta de chispas blancas que eran los cazas TIE bailando dentro y fuera entre las formas más lentas de las Fortalezas Estelares de la Resistencia.

¿La nave había explotado tan repentinamente que Cat no supo lo que estaba sucediendo? ¿Un minuto sintiéndose seguro en un espacio cerrado, y el siguiente…?

Él había volado en su lugar.

Fossil le había pedido a Rose que volara en la *Avispa*, y Cat había tomado su lugar.

Rose sabía que no podía pensar en eso… ahora no. Había perdido a personas antes… tripulantes y familiares. En medio de una batalla, no podía pensar en eso. En medio de una batalla, había otras cosas en las que pensar.

Tres docenas de cazas TIE.

¿Cuántos de ese primer escuadrón seguían persiguiendo a la *Martillo*, unidos ahora por dos de los que habían volado a la *Avispa* del cielo?

Había ocho de las feroces chispas perforando el contorno de la *Escarabajo* en la pantalla ahora…

—Finch —rogó Rose por el comunicador interno al piloto de la *Martillo*—, deberíamos abortar la misión.

Tragó una bocanada de aire, y apuró:

—Deberíamos regresar ahora. No podemos continuar una batalla así hasta la superficie de Bravo, y si *lo hacemos*, revelaremos la posición de nuestros lanzamientos programados… ¡tienes que dar la orden!

—Iba a hacerlo de todos modos —jadeó Finch—. Sólo esperaba que alguien más lo sugiriera…

Pero estaba demasiado ocupado defendiendo su propia nave para dar la orden de inmediato. Disparando de vuelta a los atacantes, se desvió repentinamente hacia el planeta.

—¡Te diriges al campo minado! —gritó Paige.

—Lo sé…

La Fortaleza Estelar no pudo dar un giro cerrado, pero Finch de repente se lanzó a toda potencia y se disparó en una dirección diferente.

Tres de los TIEs, demasiado entusiastas en su persecución y sabiendo que tenían una maniobrabilidad superior, volaron directamente al campo de minas y explotaron en cuestión de segundos.

El piloto no perdió un minuto en el triunfo.

—*Escuadrón Cobalto, apoyo Carmesí, retirada,* —gritó Finch mientras los otros cazas estelares se salían de su alcance por el momento—. *Todos los bombarderos, retírense.* No esperen…

La orden llegó demasiado tarde.

Avispón ya había emergido detrás de *Escarabajo*. Uno de los escuadrones desocupados de TIEs estaba listo para eso. Vinieron saltando de su patrón de espera para atacar.

Estaban escogiendo a los bombarderos pesados de la Resistencia como si fueran cuentas de una cadena… esperando que aparezcan y disparándoles desde el cielo con la misma facilidad y previsibilidad que una línea de objetivos de juego.

Finch había dado la orden de retirarse, pero no había mostrado ninguna inclinación para sacar a la *Martillo* de la línea de fuego.

—¿Estás saliendo o no? —Nix llamó al piloto de la *Martillo*.

El bombardero no obtuvo respuesta al principio. Como antes, Finch estaba disparando contra uno de los cazas estelares que se acercaban mientras gritaba por otro mortal ataque. La explosión, cuando Finch alcanzó al TIE, estaba lo suficientemente cerca como para iluminar todo el interior del fuselaje del bombardero con un profundo y parpadeante resplandor dorado durante medio segundo.

—Tengo que verlo para el resto de ellos, creo —gruñó Finch—. Estoy tratando de mantenerme cerca de *Cortador* para que podamos darles cobertura…

—Somos responsables —agregó, mientras guiaba a la Fortaleza Estelar para que se zambullera a través de la nube de relucientes cenizas que era todo lo que quedaba del caza TIE que acababa de destruir—. ¿No creéis? ¿Estáis conmigo?

—Claro que lo estamos —suspiró Nix.

—Aquí —confirmó Paige brevemente desde la torreta inferior, y Spennie se hizo eco—. Aquí.

Rose respondió con más tristeza de lo habitual:

—Lista para lo que sea.

Finch comenzó.

—Porque creo…

No terminó su oración. Sus palabras fueron cortadas cuando el último de los escudos de la *Escarabajo* cayó y los cazas estelares enemigos se acercaron a la indefensa Fortaleza Estelar para terminar el trabajo.

Lo terrible de la destrucción de la *Escarabajo* era que Rose y Finch, sintonizados en frecuencias comunes para poder comunicarse con el resto de los bombarderos de la Resistencia, podían escuchar los gritos de la tripulación cuando la nave ardía.

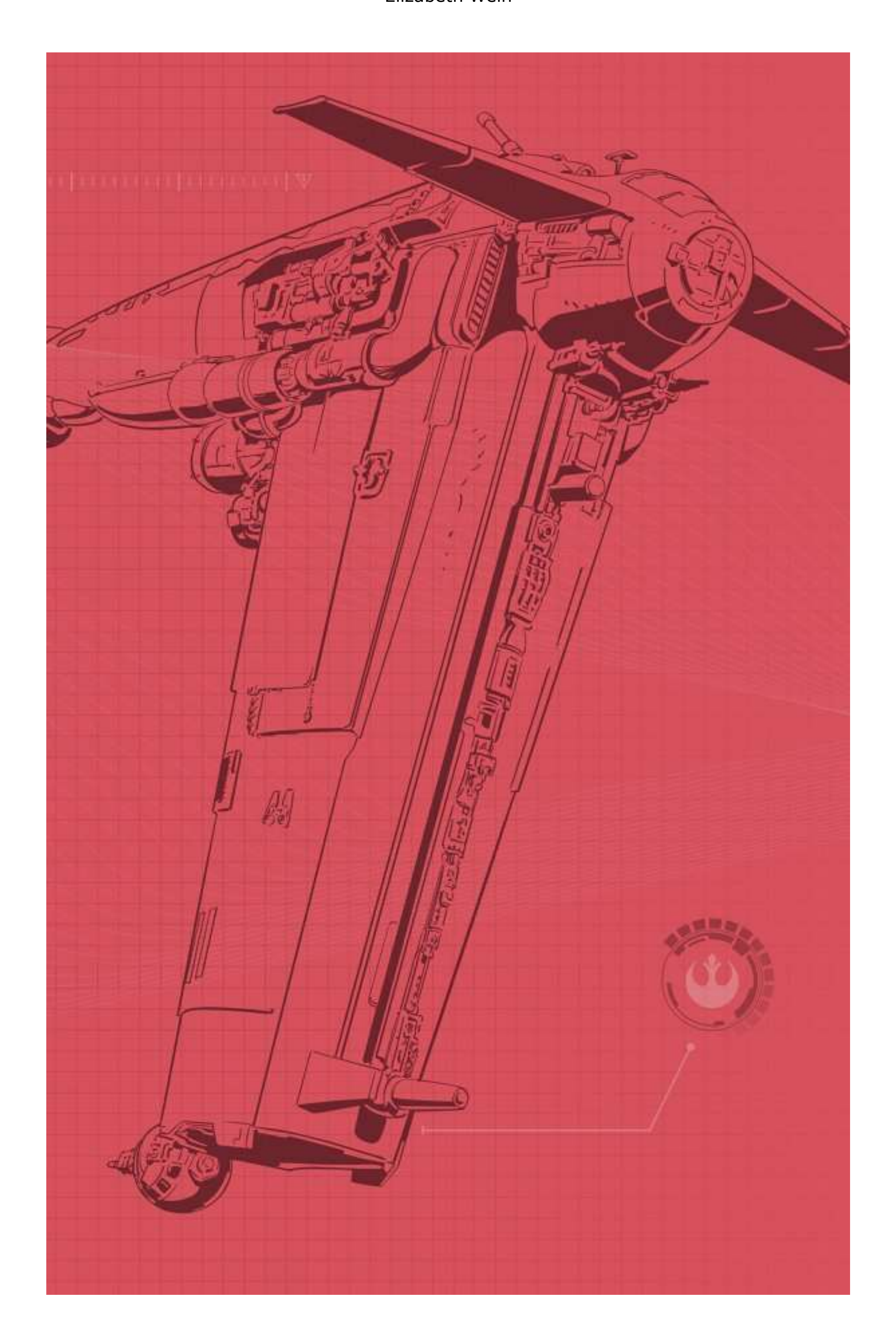
Durante unos terribles treinta segundos, en un ataque de pánico, Rose apagó el auricular para no tener que escuchar.

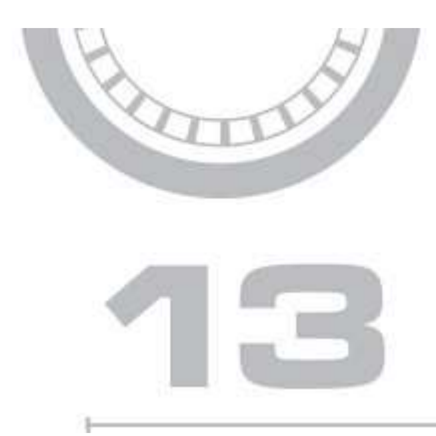
Fueron los treinta segundos más largos de su vida.

Cuando ya no quedaba nada en la pantalla donde había estado el contorno de la *Escarabajo*, Rose volvió a encender el auricular.

Finch gritaba:

—*¡Retirada! ¡Retirada! ¡RETIRADA!*





CORTADOR HABÍA desaparecido de la pantalla de Rose. No sabía si era porque también habían sido destruidos, o porque habían regresado al refugio del Cinturón Atterra y la línea de visión estaba rota.

—¡*Cortador* Carmesí! —llamó ella. Técnico de la *Cortador*, ¿puedes oírme?

No hubo respuesta.

Granizada, el último de los bombarderos pesados que emergieron del laberinto de asteroides, ya había cambiado de dirección. Los TIEs que habían estado a la espera se dirigían hacia él, pero aún no lo habían alcanzado, y *Granizada* estaba viajando a toda velocidad hacia el cinturón. El corazón de Rose saltó con una súbita sobredosis de esperanza y alegría… la adrenalina duró aproximadamente medio segundo, y luego dejó de mirar, porque *Granizada* ya no era su problema. Tampoco lo fue *Cortador* o *Avispa* o *Escarabajo*. Además de la *Martillo*, sólo quedaba *Avispón*.

En los monitores, *Avispón* hizo un amplio bucle. Al igual que la *Martillo*, no tenía un círculo de giro muy cerrado. Los cazas TIE restantes zumbaban de un lado a otro como una bandada de golondrinas sónares acosando a alguien que estaba cantando con toda la fuerza de su voz en el bosque de D’Qar… excepto que los pájaros de D’Qar no lanzaban mortíferas ráfagas de fuego láser cuando volaban cerca.

Rose vio que algunas de las deslumbrantes imágenes enemigas se oscurecían cuando los artilleros de la Resistencia lograron destruir a algunos cazas TIE.

Pero había demasiados para que los bombarderos pesados los destruyeran a todos. Su única esperanza ahora estaba en escapar.

El bombardero *Avispón* terminó de hacer su turno, y Finch aceleró para intentar volar cerca de la otra Fortaleza Estelar.

—Seguridad en las cifras… —jadeó Finch—. Si alguno de esos bandidos se interpone entre nosotros, los recibiremos… uh, *con el amor de una pistola paralizante cargada*.

Se interrumpió, maldiciendo, cuando algo sólido golpeó la parte superior de la cabina.

—¿Están aguantando los escudos? —preguntó Spennie ansiosamente desde la torreta trasera.

—Casi —gruñó Finch, concentrándose en el vuelo.

Rose podía ver el problema en los monitores. Los trozos de los bombarderos destruidos se interponían en su camino.

—El cielo está lleno de escombros —le dijo a la tripulación—. Pero eso no es malo… nos están ayudando…

—Sí, vi un TIE colisionar con un pedazo de chatarra hace un segundo —confirmó Paige.

—Esos TIE van tan rápido que no pueden salirse del camino —dijo Finch—. Somos lo suficientemente grandes como para no dañarnos, pero qué desastre…

Se interrumpió de repente y dijo en tranquila derrota:

—Tienen a *Avispón*.

La *Martillo* voló a través de la explosión. Ayudó a mantener a los cazas TIE alejados del bombardero mientras la *Martillo* realizaba su solitaria huida de regreso a través de los asteroides y luego, finalmente, hacia la tranquila seguridad azul del hiperespacio.

Cuando el bombardero *Martillo* entró en el espacio real justo más allá de Refnu, Rose se sintió aliviada al ver que la forma familiar de *Granizada* se movía constantemente delante de ellos.

Tres naves del Escuadrón Cobalto nunca regresarían, y no había señales del otro bombardero Carmesí.

Nadie habló más de lo requerido mientras pasaban la secuencia de aterrizaje. La tripulación de la *Martillo* ni siquiera se habló entre sí después de atracar y estaban luchando con sus trajes impermeables.

Paige se estiró para apretar la mano de Rose; eso fue todo.

Por fin, Finch dijo:

—Debemos informar a la Vieja Dama para el interrogatorio en la sala común veintitrés en el complejo del capitán de puerto. Llamó mientras estaba atracando. Esa líder de la resistencia de Sublevación Bravo estará allí también. La tripulación de la *Granizada* está bien.

Milagrosamente, tampoco nadie a bordo de la *Martillo* había sido herido.

Entraron a trompicones en la sala de informes y se libraron de sus impermeables de nuevo. Por un momento todo fue un caos cuando las dos tripulaciones supervivientes se apresuraron a abrazarse. La sala que Fossil había logrado apartar para ellos era demasiado grande para las doce personas reunidas allí… Fossil esperaba acomodar más de treinta.

El piloto de *Granizada* y Spennie comenzaron a sollozar. Todos los demás estaban en silencio.

—Por favor, sentaos. Calmaos. —Había mantas y porciones de proteínas y bebidas calientes; Fossil señaló—. Tenemos una sorpresa para ustedes.

Casca Panzoro estaba presidiendo un sintetizador orgánico portátil muy antiguo, que se estremeció con el esfuerzo de producir algo comestible de una mezcla de almidones en polvo. Después de un momento, Fossil se acercó y abrió el cajón de producción, descorrió la tapa y, con delicados y enormes dedos, apartó una capa de plástico de burbujas. Debajo de las burbujas protectoras había cuatro frutas redondas del tamaño del puño de Rose. Eran del color llameante de una puesta de sol en D'Qar.

—¿Bayas de estrellas? —respiró el piloto de la *Granizada*—. ¿Dónde en este planeta de invierno…?

—No es fruta cultivada en el árbol —explicó Fossil—. Nada real. Son clones sintetizados. La imagen de las bayas de estrellas… como los habitantes de Refnu viven bajo la imagen de la luz del sol dentro de sus muros sin ventanas.

Rose nunca había visto tal cosa. Ella miró fijamente, junto con cada miembro de la tripulación de los bombarderos pesados que regresaron.

—Es sintética, pero sigue siendo fruta fresca —dijo Casca—. No durará dos de los largos días de este planeta. Estáis trabajando y muriendo por *nosotros*… por un par de mundos distantes en los que la mayoría de ustedes nunca ha puesto un pie. —Miró hacia arriba, con la fugaz mirada cálida que la hacía parecer más joven—. No esperáis ningún pago. Por lo que puedo decir, vuestro sacrificio no es otra cosa que la satisfacción de poder luchar por lo que creéis.

—Tomad esta fruta y coméosla en memoria de vuestros camaradas caídos —dijo Fossil. Ella sacó el cajón del sintetizador y lo sostuvo hacia delante.

—Pilotos e ingenieros de vuelo primero —agregó—. Haremos una segunda y tercera cosecha pequeña para los artilleros y bombarderos, y escucharé su informe mientras esperamos.

Fossil, Casca y los artilleros y bombarderos de ambas naves observaron solemnemente mientras los pilotos y los técnicos comían la rosada fruta sintetizada.

Rose miró a su alrededor mientras mordisqueaba la carne sorprendentemente crujiente y dulce. Parecía completamente irreal después de la dura brutalidad de la última carrera a Atterra, y podía decir que Finch y los miembros de la tripulación de la *Granizada* pensaban lo mismo. Sus caras estaban agotadas y desapasionadas como si estuvieran comiendo polvo. Se estaban forzando como un ritual… *en memoria de sus camaradas caídos*.

—Contadme cómo comenzó —dijo Fossil.

De manera vacilante, y con muchas correcciones e interrupciones, los equipos de *Granizada* y *Martillo* comenzaron a contar la historia de la misión del día fallida.

Para cuando terminaron, Casca había creado dos lotes más de bayas de estrellas para el resto de las tripulaciones de las Fortalezas Estelares.

Fossil pasó la fruta sin hablar, excepto para incitar a los pilotos o artilleros a continuar su historia. Pero cuando habían agotado lo que tenían que decir, y el piloto de la

Granizada comenzó a llorar otra vez, Fossil se aclaró la garganta y comenzó a hacer preguntas inquietantes y perspicaces.

—Describe nuevamente lo que viste en la pantalla, Rose Tico, mientras observabas a *Granizada* volar desde la carnicería. ¿Cómo fue que el bombardero *Granizada* logró escapar del destino de los demás?

—Eran… eran los últimos en la línea. Pudieron dar la vuelta a tiempo. Cuando el escuadrón enemigo se acercó a ellos, ya estaban de vuelta en el cinturón de asteroides y… y supongo…

Rose dudó, porque en realidad no sabía lo que había sucedido después de eso.

El piloto de la *Granizada* se encogió de hombros. Se frotó los ojos, lanzó un último sollozo y habló con firmeza.

—Tuvimos suerte —dijo él—. Dos de los cazas en nuestra cola colisionaron con uno de los asteroides, y perdimos a los otros por un tiempo, y estábamos listos para la velocidad de la luz cuando salimos del cinturón de asteroides. No podríamos haberlo hecho sin los escudos, o el deflector de potencia, o los artilleros.

El piloto miró a sus artilleros, ambos humanoides cubiertos de pieles.

Estaban sentados uno al lado del otro con los brazos cruzados sobre los hombros del otro.

El piloto y los artilleros de la *Granizada* intercambiaron un momento tranquilo, comunicándose solo con sus ojos.

—Principalmente no podríamos haberlo hecho sin los artilleros —modificó el piloto de la *Granizada*—. Pero no podríamos haberlo hecho sin la orden de retirarse, o si no hubiéramos estado lo más atrás posible en la línea.

—Ah. —Fossil se volvió hacia Finch y su equipo—. El orden en la alineación importaba. Me gustaría escuchar, entonces, equipo *Martillo*: Ustedes eran los primeros en la fila. Fueron los primeros en salir, primeros en disparar, y los últimos en irse. ¿Cuál es la razón por la que creen que se salvaron?

Rose y sus compañeros de tripulación se miraron unos a otros con perplejidad.

Hasta ese momento, no se les había ocurrido que pudiera haber alguna razón más que las que el piloto de la *Granizada* acababa de mencionar, más la propia habilidad de Finch como piloto: buena suerte, los escudos, el deflector de potencia, y la precisión de Paige y Spennie al disparar los cañones láser.

Pero habían estado bajo fuego por más tiempo, y con más TIEs encima de ellos, que cualquiera de los otros bombarderos pesados.

—Supongo que quizás nos dejaron ir —dijo Finch lentamente.

Rose vio a Paige asintiendo.

—Podrían haber querido una nave que pudieran rastrear —adivinó Paige—. Podrían haber querido seguirnos a donde viniéramos…

—Es posible que sospecharan que veníais de una base en Atterra Alpha, tal vez, y querían seguiros hasta allí —sugirió Casca Panzoro—. O incluso de uno de los asteroides

en el Cinturón Atterra. Algunos de ellos tienen asentamientos. Y debido a que escaparon por el hiperespacio, ahora sabrán que vienen de fuera del sistema.

—Revisaremos las naves —retumbó Fossil—. Es posible que hayan plantado con éxito un dispositivo de rastreo durante la batalla. No correremos riesgos. ¿Sí, Nix?

—Podrían haber querido tomar prisioneros —graznó el bombardero de la *Martillo*, como si acabara de ocurrírsele—. Si nos hubieran deshabilitado lo suficiente para abordarnos, o para retenernos hasta que llegara otra nave, podrían haber… podrían haber intentado interrogarnos, o…

—Sabemos mucho. —Terminó ásperamente.

—Confío en que hubierais tenido el buen sentido de destruiros antes de que tal cosa sucediera —dijo Fossil secamente.

Rose y Finch asintieron tan rápidamente que Fossil nunca tuvo la oportunidad de dudar de su resolución.

Rose nunca se dejaría tomar prisionera por *nadie* de la Primera Orden.

Si tuviera que volarse a ella y su hermana juntas, lo haría.

Intercambió una mirada penetrante con Paige y supo que su hermana sentía lo mismo. Rose se sintió aún más segura ahora de lo que se había sentido antes de los desastrosos eventos del día.

—Por tanto —concluyó Fossil—. El TIE que se escapó en vuestro primer viaje reportó a los patrulleros de la Primera Orden en Atterra Alpha, que se ocuparon de que una emboscada os acechara en vuestro segundo viaje. No hemos podido hacer nuestro segundo lanzamiento. Hemos perdido casi un envío completo de suministro de transporte aéreo, junto con cuatro bombarderos y su tripulación asociada. Tenemos poco tiempo de sobra. Pero no volaremos a Atterra mañana. Necesitamos reparar nuestros espíritus y considerar una nueva estrategia antes de arriesgarnos en otra misión suicida.

Fossil se apartó de las dos tripulaciones restantes y, de repente, Rose se dio cuenta de que la dominante y autoritaria comandante de la unidad estaba tan destrozada por el dolor y la pérdida como sus propios equipos.

—Hablaremos de nuevo mañana —dijo la anciana en voz baja—. Y luego avanzaremos.

Su mano grande y brillante de plata captó la luz artificial cuando los despidió.

En medio de la noche, Paige se despertó de un sueño irregular y lleno de fuego acariciándole la cara y diciendo su nombre una y otra vez.

—¡Rose, Rose! Despierta… buenas noticias…

Rose se sentó al instante, golpeando su cabeza en la parte superior de la bahía para dormir. Estaba en el nivel superior y no había espacio para sentarse allí. Debajo de ella, donde estaba Paige, la suave luz azul con la que podían jugar o charlar durante las horas de silencio iluminaba la litera de Paige.

—Baja, ven y únete a nosotras, Rose…

Rose rodó y se balanceó al lado de Paige. Allí, sentada en la litera de Paige, estaba su amiga Vennie, que había volado como piloto del bombardero *Cortador*.

Rose realmente se frotó los ojos.

—*¿Qué… cómo en el nombre de todas las galaxias…?*

—*Cortador* regresó —explicó simplemente Paige, con los ojos brillantes.

Rose saltó sobre Vennie y la abrazó espontáneamente. Al igual que Paige, Vennie era una piloto multitalentosa. A veces volaba en Ala-A, acompañando a los bombarderos. Pero ahora, dado que no había escolta de combate para ellos, se estaba duplicando como piloto de Fortaleza Estelar.

Paige acercó a Rose a su lado para que las tres estuvieran sentadas juntas bajo la luz azul de la litera de Paige, Paige se metió entre Rose y Vennie. Paige enroscó el brazo protector y reconfortante con cariño alrededor de cada una de sus espaldas a cada lado de ella.

—Nuestro hiperimpulsor se dañó en la lucha —explicó Vennie.

—Logramos salir del sistema Atterra, pero nos detuvimos a la velocidad de la luz en algún remanso del Borde Exterior… ni siquiera pudimos encontrar un lugar donde aterrizar, sólo nos sentamos orbitando alrededor de una estrella sin mundos por un tiempo. Pasamos doce horas flotando allí, regenerando la energía y reensamblando la nave. Por eso nos tomó tanto tiempo. No sé cómo lo hacen los técnicos, a decir verdad… el nuestro ha logrado reparar el hiperimpulsor con piezas de tu deflector de potencia…

—¡No! —Rose no pudo evitar reírse.

—Tendrás que preguntarle a nuestro técnico qué hizo. En realidad, alguien tiene que hablar contigo sobre eso, porque tuvo que romper el deflector de potencia para que funcionase el hiperimpulsor, y tendrás que reconstruirlo.

—Haré todo eso sin quejarme —juró Rose—, ya que de alguna manera os trajo de vuelta.

—Bueno, eso es lo que hacemos mejor, ¿no? —dijo Paige—. Trabajar juntos sin quejarse.

Rose puso los ojos en blanco.

—Me quejo.

—Tú eres la hermanita. Puedes quejarte.

—No lo haría, si no fueras tan mandona —bromeó Rose.

Paige y Vennie se rieron. Se sintió bien bromear un poco. Se sintió bien algo de lo que estar contento.

—Vine directamente a las hermanas Tico después de atracar… —dijo Vennie—, porque no estaríamos aquí sin vosotras. *Gracias a ambas* por salvar nuestras vidas. Nunca hubiéramos logrado salir corriendo de Atterra sin ser vistos si no hubiera sido por ese deflector de potencia, y nunca hubiéramos llegado tan lejos si no hubiera sido porque la *Martillo* nos cubrió con sus pistolas cuando esos cazas estelares nos atacaron primero.

Vennie vaciló, su voz temblaba de emoción. A pesar de la alegría de su reunión, ninguna de ellas se había recuperado de la sorpresa de lo que le había sucedido al Escuadrón Cobalto.

—Tienes razón, Paige —terminó Vennie, con sentimiento—. Trabajar juntos es lo que mejor hacemos. Nuestras naves, *Martillo* y *Cortador*, eran las primeras en entrar, los cazas estelares debían habernos vencido fácilmente a las dos, o a una de nosotras en todo caso. Pero tú nos protegiste. Nos diste la oportunidad que necesitábamos para escapar.

Paige no respondió de inmediato, pero Rose sintió que el brazo de su hermana se apretaba alrededor de su cintura, y supo que Paige tenía algo en mente… algo que la había golpeado de repente.

—¿Qué pasa? —Rose preguntó en voz baja.

—Fue lo que dijiste sobre cómo trabajamos juntos, Vennie —dijo Paige lentamente—. Dijiste que nuestra cobertura os dio la oportunidad de escapar.

—Supongo que simplemente hicisteis lo que una escolta de combate hubiera hecho —dijo Vennie—. Hicisteis lo que habría hecho si hubiera estado volando un caza estelar. Pero, por supuesto, no estoy volando un caza estelar. Y no tenemos una escolta de cazas, y tampoco vamos a conseguir una.

—Pero podríamos protegernos unos a *otros* —dijo Paige—. Quiero decir, obviamente hacemos eso de todos modos. Pero tal vez podríamos usar una pequeña estrategia y hacerlo *mejor*. Tal vez podríamos hacerlo agresivamente… *a propósito*.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Vennie, intrigada.

Rose había visto las ruedas girar así en la mente de Paige antes. La habilidad de Paige para aprovechar una pequeña cosa y convertirla en un plan estratégico era lo que las había sacado vivas del sistema Otomok.

—Aquí está el problema —dijo Paige—. Hoy ingresamos en la órbita de Atterra Bravo en un desfile ordenado, predecible como planetas alineados alrededor de una estrella. Entonces, una manera de evitar que el enemigo nos intercepte en la línea es separarse… no volar como un escuadrón. Todos se acercan al objetivo desde una posición diferente.

—Hum, eso es un poco suicida —señaló Rose—. ¿No deja a las Fortalezas sin *ninguna* protección?

—Sí, pero, ¿y si vamos por parejas? Fossil cree que dejaron ir nuestra nave intencionadamente porque esperaban rastrearla. ¿Qué pasaría si viajáramos en parejas, con la primera nave entrando como una especie de señuelo, para desviar la atención del otro? La primera nave podría estar vacía, entonces sería más rápida y maniobrable, y podría distraer a los TIEs mientras la segunda nave hace un lanzamiento, tal vez en el otro lado del planeta. Entonces…

Como sucedía a menudo cuando Paige tenía una idea, Rose veía adónde iba con ella.

—Entonces, la primera nave podría escapar —interrumpió Rose—, y la segunda, que estaría vacía una vez que se retiraran sus suministros, ¡podría actuar como señuelo para el siguiente que entre!

—Tendríamos que cronometrarlo y trazar las coordenadas con bastante cuidado —dijo Vennie—. ¡Pero lo veo! De esta forma sólo habría dos naves en la órbita de Atterra Bravo en un momento dado, por lo que todos correríamos un riesgo menor…

—Y si llegamos desde diferentes puntos de entrada, no podrían desviarnos como lo hicieron hoy —terminó sin aliento Paige.

—Es un plan *desesperado*, Paige Tico —le dijo Rose a su hermana.

—¿Pero?

Las tres supervivientes de la desastrosa excursión a Atterra de ese día se miraron como conspiradoras.

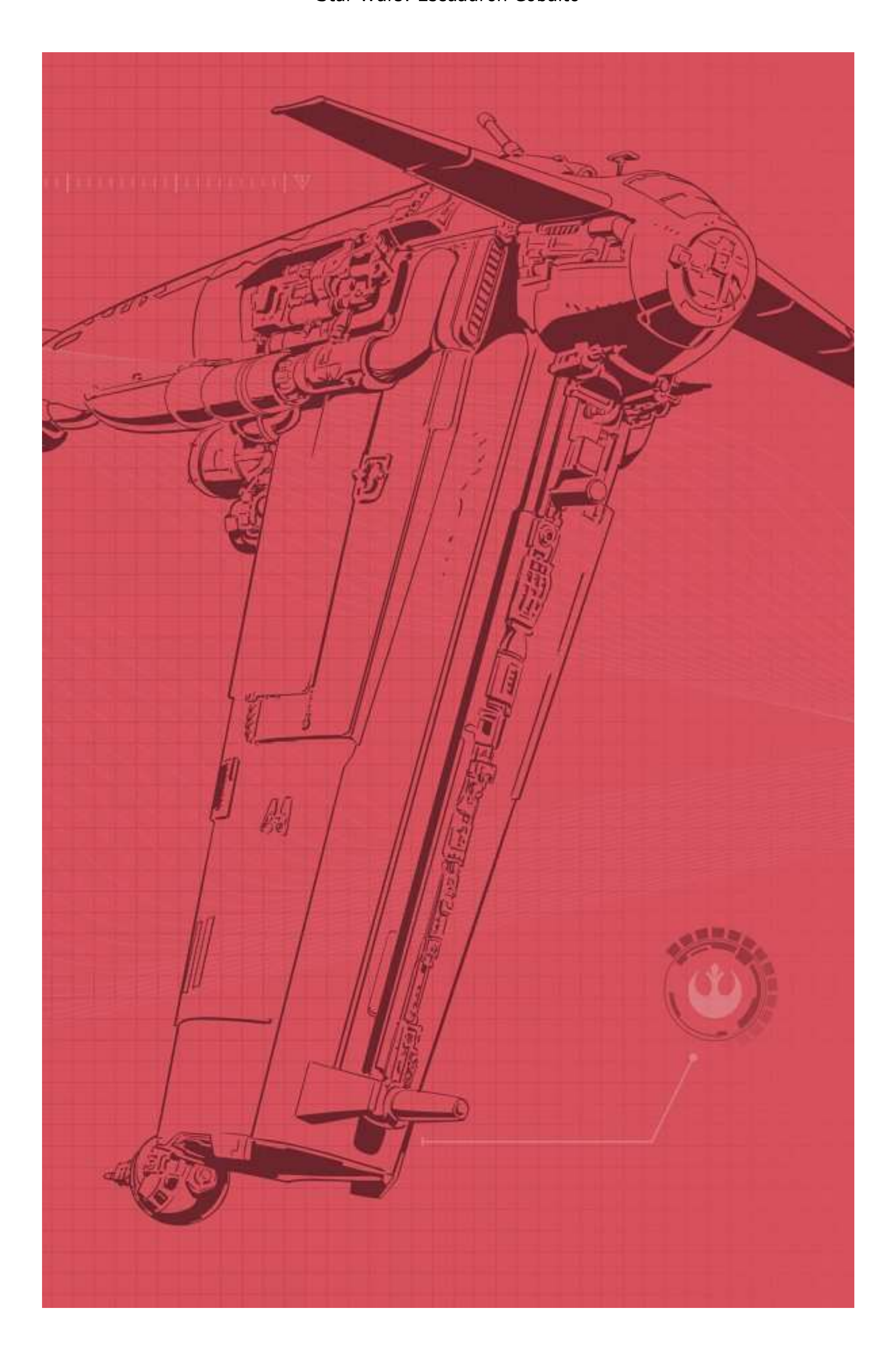
—Pero podría funcionar, ¿no? —dijo Paige.

Vennie se levantó y se estiró.

—Me dirijo a mi litera —dijo—. Éste fue el día más largo que pasé en el Borde Exterior. Tengo que descansar un poco si armamos y reparamos esas naves para mañana.

—Mañana libramos —dijo Rose.

—Eso fue anoche —le recordó Paige—. Sólo tenemos el día libre. Mañana volveremos allá fuera.





***DOS LANZAMIENTOS** más,* Rose se dijo a sí misma durante todo el día cada vez que tenía tiempo para preocuparse por el futuro. *O… no, creo que tenemos que hacer tres más. Porque no hicimos uno ayer. Sólo tres lanzamientos más y luego podemos volver a D'Qar.*

Su «día libre» no fue de ninguna manera unas vacaciones. Todos los clips y suministros restantes de los estantes de bombas tuvieron que ser retirados del transporte; los clips vacíos tuvieron que volver a cargarse para que el transporte pudiera regresar a D'Qar en busca de combustible para los transportes aéreos finales. Hubo reparaciones por hacer. Todavía quedaban seis naves programadas para hacer carreras a Atterra al día siguiente, pero eso sólo dejó dos para hacer de rompehielos, que tenían que continuar si querían mantener su coartada en Refnu.

Algunas veces, Rose sentía que la parte más difícil de un bombardeo era el tiempo que pasaban atrapados en la nave sin hacer nada: el tiempo muerto de *espera*. Todo ese embotellamiento de pena, miedo, energía y preparación, y allí estaban sentados sin hacer *nada*.

Estaban listos para partir a la mañana siguiente, pero una tormenta aullante impedía que cualquiera de los bombarderos despegara. Se pronosticaba que la tormenta pasaría en un par de horas; no tenía sentido abandonar la nave y esperar en otro lugar.

La tripulación de la *Martillo* se sentó en el piso de la cubierta de vuelo jugando a sabacc con una baraja de cartas muy gastada que Finch mantuvo atada debajo del asiento del piloto por si acaso se encontraban con el tiempo en sus manos. Jugar a las cartas era una pequeña forma de fingir que no había nada de malo en sus nervios.

Sin nada de valor para apostar, por lo general apostaban bestias de carreras imaginarias. En el juego, cada uno poseía un establo que albergaba seis elegantes fathiers… idea de Paige, por supuesto. Nadie en la tripulación de la *Martillo* había visto uno real. Estas elegantes criaturas terrestres de largas piernas corrían en manadas rápidas

y salvajes en planetas más brillantes y centrales, donde la élite de la galaxia los cabalgaban montados como corredores y cazadores.

—De ninguna manera, no arriesgaré mi yegua de plata —le dijo Paige a Finch—. No con *estas* cartas.

El bombardero, Nix, dio un bufido.

—Bueno, apuesto mi yegua de bronce, entonces… ¿y tú, Rose?

Rose abofeteó sus cartas con frustración. La espera se sintió peor de lo normal y la aparente distracción no funcionaba.

—Puedes quedarte toda mi manada. *Tuercas y tornillos*, el viento se ha *detenido*. ¿Qué le está llevando tanto tiempo a la Vieja Dama con esa autorización?

Finch estaba nervioso, también. Ante el arrebato de Rose, se puso de pie y fue a asomarse a la oscuridad crepuscular de la mañana de verano de Refnu más allá del dosel de la cabina del piloto.

—Fossil está esperando que cambie el turno de los trabajadores. Si despegamos cuando el equipo nocturno está atracando y el próximo equipo está por salir, parecerá que somos parte de la operación minera. En caso de que haya alguien mirándonos que se pregunte por qué nunca enviamos todas nuestras naves al hielo al mismo tiempo…

Paige dijo, su voz tan calmada como siempre.

—Vale la pena la espera. Parece que no hemos recogido ningún rastreador en esa batalla, pero estamos seguros de que no queremos que nadie que esté viendo algo sospechoso informe.

Spennie también dio una palmada a sus cartas.

—No puede ser mucho más tiempo ya. Voy a atarme el cinturón. Rose, ¿quieres que te remita mi grabación para el viaje? Es una antigua Copa Clásica Cinco Sables.

Por un momento, Rose se sintió tentada por la distracción. Luego miró a Paige, piloto/artillero, segura de sí misma y afable hermana mayor… y reconoció la desilusión en la sonrisa irónica y triste que se retorcía en la esquina de la boca de Paige.

Rose sabía lo que estaba pensando su hermana. Paige había esperado su hora a solas en la torreta del artillero en el azul silencioso del hiperespacio.

—Gracias —dijo Rose—. Pero estaré bien. —Añadió ligeramente—. El viaje es nuestro tiempo familiar.

El Escuadrón Cobalto salió del hiperespacio tan cerca del Cinturón Atterra como fuera seguro para que pudieran moverse rápidamente entre los asteroides. El plan era acechar allí en la cobertura del laberinto el mayor tiempo posible y luego aventurarse en parejas.

Había dos enjambres de cazas TIE brillando en la pantalla tecnológica de Rose cuando la *Martillo* llegó al borde interior del Cinturón Atterra.

—Sigue a lo largo de los asteroides para entrar en la órbita en el lado oscuro de Bravo —advirtió Rose al piloto.

—¿Qué eres, mi instructora de vuelo? —bromeó Finch—. Por supuesto que estoy haciendo eso.

Los TIEs pasaron como una lluvia de meteoritos a través de las esquinas superiores e inferiores del monitor, desapareciendo en la oscuridad en su misión de patrulla. Definitivamente esperaban que volvieran los bombarderos pesados, pero aún no los habían visto.

—*Bella* Cobalto, ¿estás con nosotros? —llamó Finch.

La tripulación de la *Martillo* contuvo la respiración mientras esperaban la respuesta que no podían oír. Luego escucharon la confirmación de Finch de esa respuesta:

—Todo bien. Entraremos en la órbita de Bravo a las tres-cinco-cero. Vigilad por nosotros. No os metáis hasta que hayamos atraído un poco de fuego. Luego corred hacia el punto de lanzamiento desde la otra dirección. Cuando hayáis terminado, venid y uníos a nosotros para divertiros.

Para beneficio de la tripulación de la *Martillo*, Finch repitió la respuesta del piloto de *Bella*.

—*Bella* dice que *no pueden esperar* para unirse a la diversión.

Las bahías de bombas de la Martillo estaban vacías.

El bombardero era tan ligero y maniobrable como era posible para una Fortaleza Estelar. Finch había volado un par de curvas cerradas en la salida solo para demostrarlo. Ahora navegaban hacia el sol sobre el lado de la luz del día de Atterra Bravo, evitando las brillantes y parpadeantes minas que reflejaban la luz del sol, desafiando al enemigo a perseguirlos.

Mientras tanto, el bombardero *Bella* Cobalto se dirigía a la noche de Atterra Bravo hacia el segundo punto de lanzamiento… el que no habían alcanzado dos días antes. Era un puerto espacial una vez ocupado en la mayor de las Islas Firestone. Al igual que la ubicación de la primera caída, ahora era una ruina abandonada, pero era accesible por transporte terrestre improvisado para los habitantes del planeta.

Ahora que Rose era parte del equipo que se suponía que debía distraer al enemigo del verdadero propósito de los bombarderos de la Resistencia, se enfureció porque los TIEs no habían reaparecido en su pantalla.

Venga, venga, pequeños bichos espaciales malvados, pensó en ellos.

VENGA. Estamos listos para vosotros esta vez…

No debería haberse preocupado. Por supuesto que regresaron.

Esta persecución era completamente diferente a la que había devastado al Escuadrón Cobalto dos días antes.

Al ver venir al enemigo, la *Martillo* logró correr a una buena distancia del planeta antes de que el escuadrón de TIEs los alcanzaran.

Rose, en el monitor del ingeniero de vuelo, les gritó advertencias a los artilleros.

—¡Dos bandidos más entrando en cero-uno-cero, alto!

Era tranquilizador sentir el fuego del cañón de respuesta estremeciéndose a través del piso de la cubierta de vuelo debajo de sus pies… y ver la chispa blanca ocasional que parpadeaba cuando uno de los TIEs era golpeado.

No pasó mucho tiempo antes de que el contorno de otra Fortaleza Estelar apareciera en la pantalla de Rose, emergiendo desde el borde del lado oscuro de Atterra Bravo.

—¡*Bella* se une a nosotros! —le gritó al resto de su tripulación.

—¡Lo escuché! —respondió Finch—. ¡Simplemente avisaron! Hecho el lanzamiento sin ninguna interferencia. ¡Es bueno verte, *Bella*!

El bombardero *Bella*, tan maniobrable como la *Martillo* ahora que se había despojado de su carga, llegó a la luz del día de Atterra con sus cañones láser en llamas.

Durante unos minutos lucharon juntos, espalda con espalda. Rose dejó de pensar, dejó de anticipar el siguiente momento, dejó de preocuparse incluso. Estaba completamente concentrada en sus monitores y sus advertencias a Spennie y Paige en las torretas de los cañones.

Entonces, de repente, Finch gritó sin aliento:

—*Mare* ha hecho su lanzamiento. *Bella*, vamos a amarte y dejarte… ahora estás solo.

Toda la tripulación lo escuchó reír.

—¿Qué es tan gracioso? —llamó Paige.

—*Bella* me dijo que me calle y me vaya a casa —dijo Finch.

Se lanzó hacia el Cinturón Atterra, dejando que *Mare* se uniera a la batalla con *Bella*, mientras que la *Tesoro* tomó su turno corriendo hacia el sitio de lanzamiento secreto.

Rose saltó de los monitores y corrió a revisar el deflector. Quería estar segura de que estaba listo para esconder su pista mientras tejían entre los asteroides. Podía decir por el fuego de cañón que provenía de la torrecilla de Spennie que había cazas TIE todavía en su cola.

Hubo una serie de golpes contra el casco del bombardero cuando se encontró con un puñado de pequeños asteroides en el borde del cinturón. Rebotaron en la armadura del bombardero pesado. Pero los TIEs mucho más pequeños no tuvieron tanta suerte. Rose vio ráfagas de luz más allá de la cabina del piloto mientras los cazas TIE, adelantando a la Fortaleza Estelar, volaron de cabeza contra los restos espaciales invisibles y explotaron.

—¡Lo logramos! ¡Lo logramos!

Paige no había esperado a que Rose la acompañara en la torreta inferior después del salto al hiperespacio; todo el equipo de la *Martillo* había corrido a una reunión en la cubierta de vuelo, abrazándose y exclamando alivio y triunfo.

—Vale, vale, cálmense, niños… —Ese era Finch, por supuesto. De vez en cuando reemplazaba a Paige por el papel de ser el sensato—. Lo conseguimos y *Bella* y *Mare* lo

lograron, pero no lo sabremos hasta que lleguemos a casa si sobrevivieron… o si *Tesoro* y *Bólido* y *Bailarín* lo harán también…

—Sí, pero estaba funcionando, ¡el plan estaba funcionando! —Paige estaba jubilosa.

Spennie agregó:

—Y si los hacemos conjeturar…

—¡Solo tenemos que hacer dos carreras más! —Nix terminó. Agarró a Rose en un abrazo de oso—. ¡Buen trabajo, técnico!

—¡Buen trabajo tú mismo!

No parecía que ninguno de ellos se fuese a calmar pronto.

—¿Otro juego de cartas? —sugirió Finch—. Como todos estamos aquí arriba, de todos modos.

Nix suspiró.

—¡Más fathiers virtuales! Eso no es una gran celebración.

—¡Lo sé! Vamos a hacer un picnic —dijo Paige, sonriendo.

Y desde algún lugar dentro de su traje de vuelo, sacó una delgada caja de proteína sellada y la abrió. Dentro había diez finas rebanadas de Bayas de estrellas, y todavía húmedas y crujientes… dos rebanadas cada uno.

—Guardé la mía —dijo—. Pensé que tendríamos que levantar el ánimo, o tendríamos algo para celebrar.

Esta vez, Rose saboreó cada bocado.

Sintieron la explosión en el hiperespacio. Hubo una sacudida cataclísmica, como si la nave hubiera chocado contra una pared, y una descarga de luz blanca cegadora brilló alrededor del bombardero pesado como si estuviera volando a través de una tormenta de rayos planetarios.

Pero entonces el azul moteado y pacífico se cerró de nuevo a su alrededor, y Rose no pudo encontrar nada malo en la nave, aparte de dos escudos contra explosiones rotos, lo que podría haber sucedido en la batalla anterior. Y todavía parecían estar en curso hacia Refnu.

Sin embargo, les quitó el aliento a su estado de ánimo.

No se dieron cuenta de que el choque no había estado conectado a su propio viaje hasta que volvieron a entrar en el espacio real.

Cuando volvieron al espacio real alrededor de Refnu, se encontraron rodeados de luz. Parpadeó alrededor de la nave como una falla eléctrica titánica. Pero la luz no provenía del distante sol de Refnu. Había extrañas ondas de choque cósmico que reverberaban en los lejanos confines del sistema estelar.

—En el nombre de la galaxia, ¿qué ha sido *eso?* —murmuró Finch mientras establecía las coordenadas para el vuelo local a Refnu—. Se está metiendo con la electrónica. Tengo que perforar todo en cuatro o cinco veces antes de tener éxito.

Nix se inclinó sobre el hombro de Rose mientras revisaba el confuso registro de datos de la nave, tratando de descubrir qué sucedía. Todo parecía estar funcionando… simplemente era una *sacudida*.

—Se ve bien… —Rose se detuvo.

—¿Qué está pasando en el cielo? —llamó Paige desde la torreta inferior.

—Guau —fue el único comentario de Spennie—. *Guau*.

Rose y Nix no pudieron ver nada de lo que fueron capaces de hacer, así que se pararon detrás de Finch y observaron el cielo cuando entró en la órbita de Refnu para aterrizar. Paige se unió a ellos.

—Es el mejor espectáculo de luces que he visto —comentó Nix.

—¿Puedes sentirlo? —preguntó Paige—. ¿Está afectando al vuelo?

Finch negó con la cabeza lentamente. Levantó las manos de los controles y se los ofreció a Paige.

—Inténtalo.

Paige se inclinó sobre su hombro, tomando el control de Finch por un momento. Luego ella negó con la cabeza, también.

—No, tampoco puedo sentir nada. Extraño. Se ve tan *grande*.

—Si es de fuera de este sistema, entonces tal vez sea luz vieja —dijo Nix—. Una supernova hace un millón de años… la luz acaba de llegar ahora. Es por eso que no la sentimos, tal vez.

—La *sentimos* —dijo Rose—. La sentimos en el hiperespacio.

—Rose tiene razón —dijo Finch lentamente—. También… está jugando con la electrónica, incluso si no afecta a nuestro vuelo. No creo que la luz provenga de fuera de este sistema. Pero la perturbación pudiera ser.

—¿Estás bromeando? —dijo Paige bruscamente—. Tendría que viajar más rápido que la velocidad de la luz. ¿Qué podría haber sucedido para que las ondas de choque viajen *así de rápido*?

—No lo sé —respondió Finch—. Algún tipo de perturbación electrónica, desplazamiento de partículas, tal vez… las cosas cambian repentinamente donde no deberían estar. Un rayo espacial. No lo sé.

—Y no estoy seguro de querer —agregó con seriedad.

Por una vez, los habitantes de Refnu se reunieron fuera. Los muelles y los terrenos ventosos del paisaje crepuscular se fueron abarrotando a medida que la gente salía de los túneles y miraba hacia el cielo.

Uno a uno, el resto de los bombarderos pesados de la Resistencia volvieron al muelle. Todos habían logrado hacer descender su transporte aéreo sobre Atterra Bravo, y solo dos habían sido dañados superficialmente en combate con los cazas TIE mientras mantenían su estrategia defensiva final.

El transporte también regresó de D'Qar con combustible y una carga de clips rellenos y suministros de transporte aéreo para los últimos dos saltos.

El equipo de la *Martillo* había esperado un exuberante interrogatorio, pero la extraña conmoción de la galaxia había hecho que todo el escuadrón se pusiera serio.

—¿*Todos* sintieron la disrupción? —preguntó Fossil de nuevo, con incredulidad—. ¿Todos la sintieron durante el viaje a través del *hiperespacio*?

Todos asintieron.

—La sentimos también —dijo el capitán del transporte—. Como golpear una pared. Como una… una interrupción en el continuo espacio-tiempo, como una perturbación en…

El piloto del transporte dejó su frase colgando, pero Rose pensó que todos allí deberían saber lo que estaba pensando: *una perturbación en la Fuerza*.

Todos habían escuchado las historias de cómo la Estrella de la Muerte había volado un mundo entero, el planeta natal de la General Leia Organa, Alderaan, en los últimos años del Imperio. Pero eso había sido antes de que la mayoría de las tripulaciones del escuadrón de bombarderos pesados naciera, y la galaxia estaba esencialmente en paz ahora, aparte de los rumores de la Primera Orden mientras se extendían por la soberanía entre el Borde Exterior y los sistemas estelares independientes. Y ni siquiera la destrucción de un planeta tendría un impacto tan impresionante y de gran alcance en el resto de la galaxia.

Todos sabían que una estrella vieja explotaba de vez en cuando en algún lugar a través de las vastas distancias del universo. No producía un choque como este.

—¿Qué ha pasado?

—Supernova —Rose escuchó a mucha gente murmurar.

—Supernova. Eso es lo único que tiene sentido.

—¿Y si es algún tipo de arma?

—De ninguna manera.

—Nada podría ser tan *grande*.

—¿Quién usaría algo tan grande, de todos modos?

—Supernova. Tiene que ser.

Rose notó que Casca Panzoro permaneció en silencio durante la acalorada discusión en la sala de informes. Se preguntó qué estaría pensando Casca. Nadie había mencionado cancelar los últimos dos saltos a Atterra Bravo, pero Rose pensó que Casca debía estar preocupada por eso. Y preocupada por su nieto, con quien no tenía ninguna esperanza de comunicarse.

Paige se inclinó hacia Rose y le susurró:

—Lista para cualquier cosa, ¿verdad?

—Sí, pero me gusta saber qué está pasando —susurró Rose—. No soy tan fanática de súper-explosiones galácticas inexplicables.

—Nada ha cambiado para la carrera a Atterra —le aseguró Paige.

Pero algo cambió.

No hubo cazas TIE esperándolos en el transporte aéreo del día siguiente.

Los seis bombarderos pesados de la Resistencia se encontraron con el espacio despejado y vacío en todo el sistema Atterra.

—Está demasiado tranquilo —gruñó Finch, volando suavemente fuera de la luz del día de Atterra, dejando a *Cortador* ser recibido por *Granizada* como respaldo mientras la *Tesoro* hacía su lanzamiento.

—Deja de quejarte —Paige llamó tranquilamente desde la torreta inferior—. Suenas como Rose.

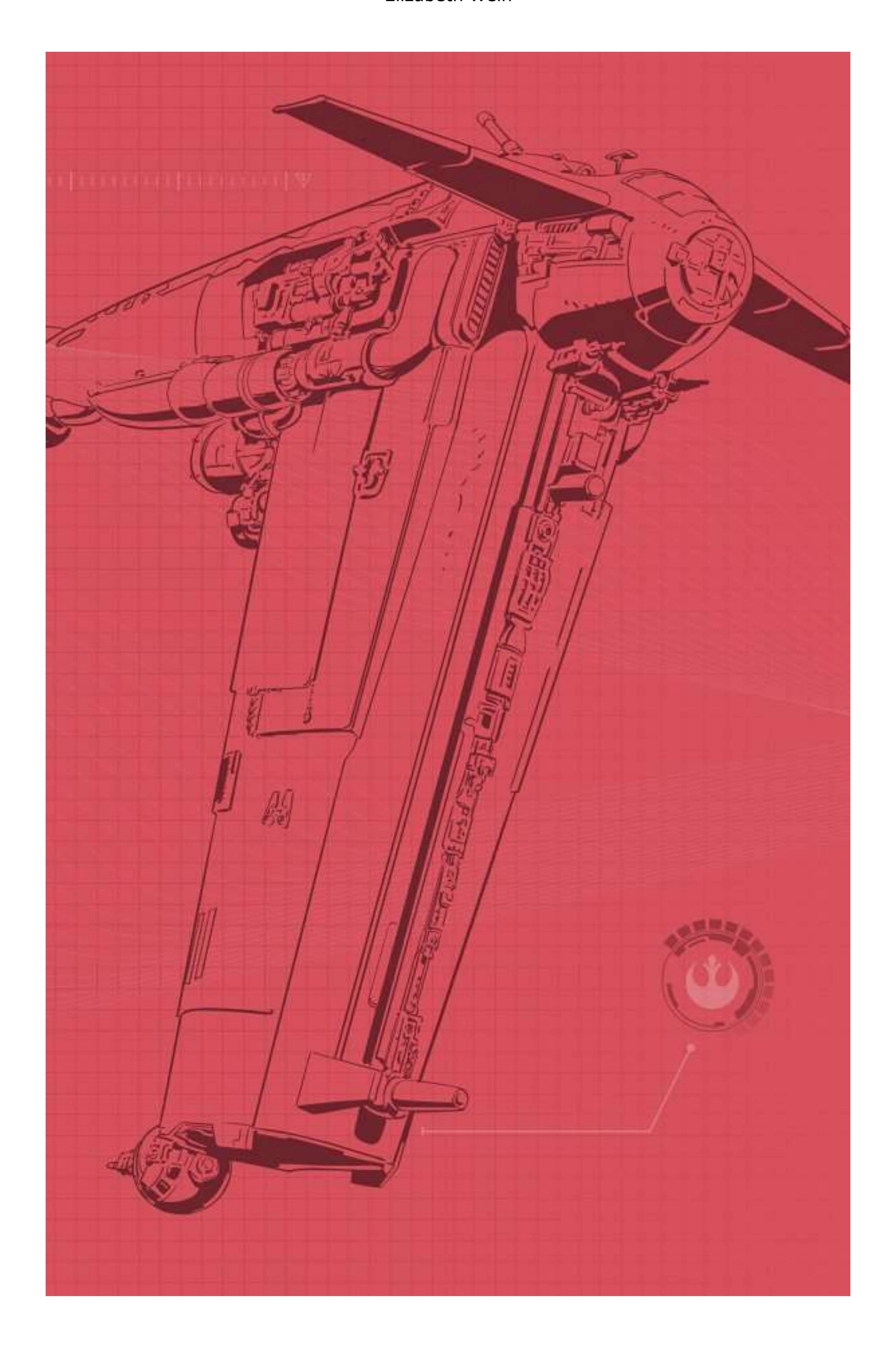
—Es bueno no tener nada que hacer aquí por una vez —dijo Spennie desde la torreta del artillero de cola.

—Es como si estuvieran *planeando* algo —dijo Finch.

—No —dijo Rose—. Es como si hubieran volado en la cooperativa. Es como si todas las patrullas hubieran sido llamadas para tratar con otra cosa, y no queda nada del bloqueo, sino el campo de minas y los cañones automáticos en el cinturón. Como si…

—¿Como si unas pocas entregas de suministros a un sistema estelar que ya está bajo su control ya no le importase a la Primera Orden? —sugirió Nix—. Después de tanto luchar para mantenernos fuera, ¿por qué dejaría de importarles de repente?

—Tal vez tengan una pelea más grande en sus manos en otro lado —dijo Spennie—. O tal vez —dijo Paige en voz baja—, los rumores sobre el *arma* no son solo rumores. Tal vez la Primera Orden cree que tienen un arma tan grande que no necesitan preocuparse por unos pocos bombarderos pesados.





LA MARTILLO TENÍA un papel diferente que jugar en el lanzamiento del suministro final. Estaba aterrizando en Atterra Bravo para llevar a Casca Panzoro a su gente en las Islas Firestone.

Paige, que antes había volado a Atterra Bravo y tenía un poco de experiencia con su clima y geografía, iba a hacer el pilotaje. Finch voló como artillero de cola por lo que ambos estaban en la cubierta de vuelo por si Paige necesitaba consultar con él.

Spennie se hizo cargo del asiento de Paige en la torreta inferior.

Mientras tanto, los bastidores de bombas de la *Martillo* estaban llenos de suministros que se descargarían una vez que estuvieran en la superficie del planeta.

Rose se sentó en el suelo junto a los pies de Paige mientras navegaban a través del hiperespacio. Estaba cohibida por compartir el asiento de Paige como lo habría hecho en la torreta inferior, porque tanto Nix como Casca viajaban en la cubierta de vuelo con ellos. Tener a Casca a bordo cambió toda la dinámica de la tripulación de la *Martillo*. Todos fueron un poco más educados, un poco más bien educados de lo habitual.

A Rose le hizo sentir débilmente como si quisiera pelear con alguien.

Era posesiva del tiempo hiperespacial silencioso y familiar que solía compartir con su hermana.

Todo fue diferente en este último viaje.

—¿Cuánto tiempo para el espacio real? —preguntó Rose. Quería hacer este lanzamiento en particular… lanzar a una *persona* parecía mucho más complicado que dejar caer proyectiles. Pero Fossil había insistido en que no arriesgaran la atención de lanzar a Casca desde una cápsula de escape… o la posibilidad de aterrizar en el mar ácido… y Casca no podría pilotar un transbordador. Eso significaba que tenía que ser entregada en uno de los bombarderos. Y, por supuesto, la tripulación de la *Martillo* se había ofrecido voluntaria.

—¿Espacio real? Media hora.

—¿No hay picnic hoy?

—Parece que la celebración debería esperar el viaje a casa —dijo Paige.

—No queramos arrullarnos en una falsa sensación de seguridad. Siempre me siento así en la última asignación de una misión, ¿sabes? Como si nos hubiéramos vuelto invulnerables. Si lo peor no ha sucedido ya, posiblemente no pueda suceder *ya*.

Rose tocó su medallón de Otomok, pensando en Cat.

—O… lo peor ya ha sucedido. No es posible que *vuelva* a suceder.

—O —dijo Paige—, lo peor está por venir. Pero no va a suceder hoy.

—Estás sonando como yo otra vez —bromeó Rose.

—¿Llena de tristeza? —Paige se rió suavemente—. Bueno… soy optimista sobre este salto.

Miró a Casca Panzoro, sentada con las rodillas dobladas y la espalda contra los conductores que bordeaban la pared del fuselaje, tal como se había sentado cuando la *Martillo* la había recogido con su nieto, Reeve, en su desesperada huida de Atterra Bravo no mucho más que una semana antes. Los ojos de Casca estaban cerrados. Se había quitado los auriculares. Sus manos se movieron con gracia mientras recitaba una oración privada o recitación.

Rose no podía imaginarse tan inconsciente. Pero tampoco podría imaginarse como representante del distrito de nada. No podía imaginar *mandar* a la gente.

Trató de imaginarlo… y se dio cuenta de que acababa de pasar una semana dando órdenes a todos los ingenieros de vuelo del Escuadrón Cobalto y a la mitad del Carmesí.

Rose se rió de sí misma. Cuando Casca levantó la mirada, Rose le dio una sonrisa amistosa.

Paige siguió la mirada de Rose.

—Casca está agradecida —dijo Paige suavemente—. Más agradecida de lo que ninguno de nosotros puede entender, creo. Y eso me da *esperanza*.

Hizo una pausa. En el silencio de su momento, Rose sugirió, tratando de hacer reír a Paige:

—¿Pero no te gusta su pelo? ¿O qué?

Paige sólo sonrió. Sacudió la cabeza.

—Me alegra que hayamos ayudado a Atterra Bravo, y sé que podríamos haber marcado la diferencia. Espero que ganen la batalla. Por lo menos, hemos recopilado algunas pruebas sólidas para el caso de Leia contra la Primera Orden… los transportes de la muerte y la cantidad de cazas estelares que nos han estado atacando sin siquiera saber cuál es nuestro asunto… No sé lo que era. Me preocupa que todo lo que hemos hecho esta semana sea demasiado tarde. Que haya algo más en juego que simplemente sea… más importante que lo que hemos hecho esta semana. Que Otomok y Atterra no sean más importantes que *Avispa, Escarabajo* y *Avispón*… y no importe si ayudamos a Atterra o no…

—Me estás asustando —interrumpió Rose.

Paige se detuvo abruptamente. Le dio a Rose otra medio sonrisa.

—No tengas miedo. Todavía estamos vivos y aún estamos juntos. Y estamos haciendo lo que podemos —dijo Paige, reanudando su calma previa al combate—. Esperemos que nuestra última carrera sea tan fácil como la de ayer.

Esta vez, *Bella* era la Fortaleza Estelar manejable, la vacía que no llevaba pesados proyectiles. Mientras la *Martillo* se dirigía hacia las Islas Firestone en la órbita nocturna de Atterra Bravo, *Bella* voló fuera del laberinto de asteroides y en la luz del día de Atterra Bravo delante de los otros bombarderos como señuelo. Detrás de la *Martillo*, *Mare* entró por un lanzamiento en otro lugar de los Firestone.

Rose y Casca se pararon detrás de Paige mientras bajaba a la *Martillo* cerca del suelo en la oscuridad absoluta cerca del Gran Asentamiento en la Isla Firestone.

No tenían forma de contactar a los atterranos antes de tiempo para hacerles saber lo que estaba pasando. Y no habían planeado el regreso de Casca por adelantado, lo que significaba que el Gran Asentamiento no los esperaba. No había lugar para atracar la pesada nave en la playa de piedra pómez, por lo que Finch le dijo a Paige que pusiera los motores en suspensión; tendrían que atar la nave un poco por encima del suelo y salir por la escotilla de acceso a la bahía de bombas.

No había una sola luz visible, no más que en cualquiera de los viajes previos de la *Martillo* a Atterra Bravo. El paisaje parecía tan desolado y derrotado que, cuando la Fortaleza Estelar se posó y Paige bajó la energía, Rose sintió una especie de pavor surgir en ella. ¿Y si esto realmente hubiera sido en vano? ¿Qué pasa si todos en la isla ya estuvieran muertos? ¿Y si estuvieran entregando a Casca Panzoro a su hogar en un planeta sin vida y sin agua?

En la bahía de bombas situada debajo, Nix abrió la escotilla exterior y arrojó los cables de anclaje autoajustables. Paige y Finch guiaron a Casca por la escalera de la bahía de bombas.

—Va a tener que reunir algunas personas para ayudar a descargar estos bastidores —le dijo Nix a Casca—. De lo contrario, tendremos que volver a despegar y echarlos para que su gente los recoja más tarde. No podemos hacerlo nosotros mismos.

—Despertaremos al Gran Asentamiento —dijo Casca—. Estamos acostumbrados a trabajar en la oscuridad.

Salió de la escotilla y se dejó caer en la ventosa playa de piedra porosa con aroma químico. Nix, Rose y Paige salieron detrás de ella.

El aire a su alrededor de repente silbó con el vuelo de docenas de pequeños misiles, invisibles en la oscuridad, que sisearon y chisporrotearon al golpear los cables y el pie del bombardero pesado.

Rose recordó la ballesta solar que había visto al anciano apuntándola, y a Paige y a Reeve, cuando llegaron por primera vez al Gran Asentamiento.

—*¡No disparen!* —gritó Casca—. *¡Parad… soy Casca Panzoro!*

Rose sintió una fuerte descarga de electricidad crujiendo sobre su brazo, solo por un segundo. Una de las flechas cargadas había echado un vistazo a su traje de vuelo. Cuando bajó la vista, un trozo de su manga chamuscada brillaba con diminutas chispas anaranjadas, la única luz que podía ver en la superficie oscura de Atterra Bravo.

Paige agarró el brazo de Rose con ambas manos, sofocando las chispas tan rápido como se habían encendido.

Paige y Casca gritaron en la oscuridad juntas.

—*¡Sublevación Bravo! ¡Somos el transporte aéreo! ¡No disparéis!*

—*¡No disparen!* —se hizo eco la voz de un joven desde la oscuridad de la playa de piedra pómez, con un tono de mando tan firme que los silbidos y los golpes se detuvieron al instante.

—¿Estás herida? —preguntó Paige frenéticamente, con un brazo alrededor de Rose como si estuviera tratando de apoyarla mientras pasaba otra mano arriba y abajo del brazo de Rose buscando daños.

—No lo creo —respondió Rose—. El rayo rozó el exterior de mi traje de vuelo. No iba a llevarlo puesto para la cena de la embajada de todos modos. ¡Está *bien,* Paige!

Rose no podía recordar que su hermana estuviera así de alterada desde que salieron de Otomok.

—Sentí el impacto, pero no puedo sentir un agujero en la manga —dijo Rose—. ¡No estoy herida!

Las figuras oscuras se adelantaron a la luz de las estrellas. Las voces balbucearon disculpas.

—No podemos distinguir las naves en la oscuridad. La Primera Orden también ha estado circulando por el planeta…

—Y luego hubo una explosión ayer…

—¿Explosión? —Alguien habló por encima del otro orador—. Eso no fue una explosión. Eso fue una especie de llamarada solar…

Los atterranos de las Islas Firestone estaban tan ferozmente nerviosos como todos los demás que habían sentido las extrañas ondas de choque que reverberaron a través de la galaxia el día anterior.

La tripulación de la *Martillo* no podía darles más explicaciones de las que inventaban por sí mismos. Finch, emergiendo detrás del resto de ellos, ni siquiera lo intentó. Simplemente saltó directamente a lo que tenían en común.

—¿Están pasando los lanzamientos? —preguntó.

Una figura delgada y juvenil se adelantó en la oscuridad y respondió firmemente con voz clara:

—¡Gracias, gracias! Sí. Hemos recogido los tres. La razón por la que estamos caminando esta noche es porque estábamos esperando llegar al último lanzamiento antes del amanecer.

—¿Ese es *Reeve?* —gritaron Paige y Rose juntas.

De repente, la representante del distrito y su nieto piloto se encontraron en un abrazo desesperado, mientras Paige se aferraba a Rose.

Después de que Casca soltase a Reeve, giró espontáneamente y abrazó a Paige y Rose al mismo tiempo. Luego dio un paso atrás, tratando de verlas claramente, pero la noche era demasiado oscura para que ninguno de ellos viese mucho más que sombras.

—Habría impedido que la gente os disparara antes si hubiéramos podido ver vuestra nave —exclamó Reeve—. ¡Reconocería ese bombardero pesado en cualquier parte!

—¿Fuiste el que les dijo que pararan? —preguntó Rose. No había habido señales de miedo en esa orden—. Guau, entrar en acción seguro que te ha cambiado… ¡eres el líder de la Sublevación Bravo ahora!

—Bueno, me alegro de que la Sra. Casca esté aquí para hacerse cargo —dijo Reeve—. ¡No me gusta la responsabilidad! Pero es bueno saber que puedo hacerlo si es necesario. No fue sólo entrar en acción lo que ayudó. Es saber que la gente confía en mí. Y también… —Vaciló.

—¿Una pizca de esperanza? —sugirió Paige.

—Pensé que Rose pensaría que era cursi si decía eso.

—Es cursi. —Rose se rió—. Pero probablemente sea cierto.

—Gracias por darme esperanza —dijo Reeve—. Por *darnos* esperanza.

Finch se aclaró la garganta y golpeó su desintegrador contra el cable de sujeción que sostenía la Fortaleza Estelar. El sonido sonó claramente sobre las voces de todos y el sonido interminable de las olas ácidas al borde de la playa.

—Creo que tenemos que detener esta reunión —anunció Finch—. No podemos quedarnos mucho tiempo. ¿Cómo está su visión nocturna, amigos? Vamos a tener que descargar este cajón en la oscuridad.

Volvió a subir por la escotilla detrás de Nix para ayudar al bombardero a abrir las puertas de la bahía de bombas y liberar los contenedores de suministros para descargar. Luego volvió a llamar a Paige.

—Sube allí a la cabina y prepárate para aumentar la potencia. Quiero que esta nave despegue en el momento en el que las puertas de la bahía de bombas vuelvan a cerrarse. —Soltó un suspiro largo y sospechoso.

—No me gusta como huele este lugar.

—Ven conmigo, Rose —dijo Paige—. Y Reeve: sigue con el buen trabajo.

Se abrazaron y se apretaron las manos en la oscuridad, intercambiando adioses con Reeve y Casca.

El deflector de potencia emitió un saludo amistoso a Rose mientras subía a la cubierta de vuelo.

—Pequeño monstruo, eres el mejor —le dijo con cariño. La Martillo había hecho el viaje de Refnu a Atterra cinco veces, además del primer viaje de D'Qar, y el deflector de potencia sólo le había fallado una vez.

Rose estaba orgullosa de eso.

Paige estableció la potencia. Rose sintió el bajo zumbido a través de sus pies en la oscuridad.

—Hey, *Martillo*, ¿cómo os va? —Llegó la voz del piloto de *Bólido* a través del sistema de comunicaciones general—. Todo está bien aquí. Acabamos de hacer nuestro lanzamiento y nos dirigimos a relevar a *Bailarín*. *Bella* informó por última vez justo antes de que saltara a la velocidad de la luz, y *Mare* y *Tesoro* están en camino a través del cinturón de asteroides. Sois los últimos.

—¿Alguna acción?

—Solo una patrulla de TIEs. No se quedaron tampoco. No sé lo que está pasando y no me gusta, pero éste es nuestro último salto, así que no voy a preocuparme por eso.

—No esperéis por nosotros. Si está tan tranquilo, haremos nuestra propia salida de aquí. ¡Os vemos de vuelta en Refnu!

—Manteneos a salvo —se despidió el piloto de *Bólido* y salió.

Rose soltó un bufido.

—Está demasiado avergonzado para decir, «Que la Fuerza os acompañe». Él no cree en eso.

Paige negó con la cabeza.

—No todos lo hacen.

Se volvió hacia Rose.

—¿Estás segura de que estás bien?

—¡Claro, estoy segura!

—No puedo creer que hayas sobrevivido toda esta misión sin haber explotado, y entonces un niño con una cerbatana en un planeta que ni siquiera puede producir su propia agua tratara de dispararte. —La voz de Paige se estremeció un poco.

—¡Vamos, Paige, ni siquiera dañó mi elegante traje de noche! Y no es como que hagas un escándalo…

—No lo haría si me hubiera sucedido a mí. Pero te pasó a *ti*. Y se supone que debo cuidar de ti.

Rose guardó silencio por un minuto. Se sentaron en la oscuridad, esperando que la gente que trabajaba debajo de ellas terminara de descargar la nave.

Entonces Rose le dijo a su hermana:

—¿Sabes quién ha sido la persona más valiente involucrada en toda esta operación?

Paige no respondió. Rose se *preguntó* si su hermana adivinaba lo que iba a decir.

—Pensé que Reeve era muy valiente cuando vino con nosotros en ese primer viaje de reconocimiento —dijo Rose—, volando por el Borde Exterior solo con extraños.

—¡Ni siquiera querías volar con él porque estaba tan asustado de todo!

Rose rió.

—Estaba asustado. Sin embargo, no lo detuvo. Hizo lo que tenía que hacer de todos modos. Nos ayudó a escapar de la patrullera de la Primera Orden. Probablemente nos salvó la vida agarrando la botella de agua que solté. Y luego decidió quedarse en Atterra Bravo cuando nos fuimos.

Paige se rió.

—¿Pero? Siempre sé cuándo va a haber un «pero».

—Pero Casca Panzoro es un millón de veces más valiente. Tuvo que dejar ir a Reeve.

—Sí —Paige estuvo de acuerdo en voz baja—. Sí, ella es…

Fue el turno de Rose en reír.

—¿Pero?

—Ir en misiones separadas fue valiente de ellos —dijo Paige—. Pero fue realmente agradable verlos volver a estar juntos de nuevo.

De todas las personas que podrían haber esperado encontrarse de las tripulaciones de bombarderos cuando luchaban con sus impermeables en la sala de informes después de su último salto a Atterra, Rose no esperaba a la vicealmirante Amilyn Holdo del crucero de la Resistencia, *Ninka*.

Esa noche, la expresión de sus ojos era invernal. No saludó a nadie en voz alta cuando pasaron junto a ella a la sala, pero Rose pudo ver que estaba mirando y observando a cada miembro de la tripulación individualmente, evaluando su entusiasmo y su agotamiento. En el caso de Rose, asintió a la manga chamuscada. Cuando todos estaban reunidos y Fossil estaba de pie esperando en la parte delantera de la sala, Holdo se acercó a ella y se dirigió a los Escuadrones Cobalto y Carmesí.

—Gracias por… —Holdo hizo una pausa, mirando alrededor de la habitación, captando miradas individuales—… por *todo* lo que han hecho esta semana.

Miró a Fossil.

—Gracias, comandante.

Fossil asintió, parpadeando sus enormes ojos. Holdo se volvió hacia los equipos de las Fortalezas Estelares reunidos.

—He oído de Fossil todo lo que sucedió —dijo—. Y quiero daros tiempo para descansar, para recuperaros de las heridas, para abordar vuestro dolor. Quiero escuchar cada informe e impresión individual. Pero no puedo hacer nada de eso. No tenemos tiempo para eso. ¿Sabéis del impacto estelar de hace dos días?

Todos asintieron en silencio.

—Fue un ataque de la Primera Orden contra Hosnian Prime. Fue un ataque que *destruyó* el sistema estelar Hosnian. —Hizo una pausa de nuevo, para dejar que se asimilara—. Destruyó *todo el sistema*.

Era casi demasiado enorme para comprender.

Y, sin embargo, nada menos que la destrucción de un sistema estelar completo podría explicar la perturbación de la galaxia que todos habían presenciado.

Alguien levantó la mano y se aventuró:

—¿Cómo…?

—El arma asombrosa que construyeron ya ha sido destruida, también —dijo Holdo con gravedad—. Sucedió *hoy*. Ustedes, como yo y mi nave, estábamos demasiado lejos para prestar ayuda. En cualquier caso, antes de que la Primera Orden pudiera descargar el poder de la estrella para usar su arma por segunda vez, la Resistencia los encontró y los detuvo. Pero el resultado de su ataque contra Hosnian Prime, y de nuestra represalia de la Resistencia, es que ahora estamos abiertamente en guerra con la Primera Orden.

Rose escuchó silenciosos jadeos alrededor de la sala.

Paige tomó su mano. Rose miró a su hermana. La cara de Paige estaba agotada, pero su expresión era tranquila como siempre.

Y, como siempre, Rose podía adivinar lo que estaba pensando.

Era un alivio tener esto a la vista… saber que su lucha sería a la luz del día ahora. Que la lucha de Atterra sería apoyada. Que cualquiera que hubiera escapado de Otomok sería creído.

Pero era una amarga satisfacción.

—Habéis servido a la Resistencia lealmente en esta misión. Habéis visto morir a vuestros camaradas. Debéis pasar a la próxima batalla sin remordimientos —dijo Holdo—. No paséis tiempo pensando en el pasado. Mirad hacia delante ahora. Dedíquense a crear el mejor futuro posible.

Parecía imposible que Holdo pudiera encontrar un estímulo positivo para ellos bajo estas circunstancias, pero Rose se aferró a cada palabra.

—La General Leia Organa ha iniciado una evacuación de la base de D'Qar —concluyó Holdo—. No hay dudas de que nuestra seguridad ha sido violada. Os necesitamos a vosotros, los bombarderos pesados, para que vuelvan conmigo y con la *Ninka*. Os necesitamos armados y capaces de luchar en la defensa de la evacuación. ¿Quién está listo y dispuesto?

Todos los brazos de la habitación subieron rápidamente. Paige y Rose, todavía agarrándose de las manos, sentadas una al lado de la otra, levantaron los brazos opuestos.

Holdo guardó silencio por un momento, se movió.

Fossil asintió de nuevo y dijo:

—Estamos a su disposición.

—Mi crucero puede proporcionaros armamento —dijo Holdo a los equipos de bombarderos—. Os ayudaremos a cargar los bastidores de bombas. Fossil me dice que tienen suficiente tripulación para dos escuadrones de cuatro bombarderos. Volarán como el Escuadrón Cobalto y el Escuadrón Carmesí como de costumbre. Podemos proporcionar una escolta de cazas estelares de veinte Alas-X y A. ¿Kaiden, Zanyo y Vennie?

Holdo se volvió hacia cada uno mientras pronunciaba sus nombres.

—Me gustaría volver a ponerlos a los tres en cazas estelares. El resto de ustedes debe redistribuir sus equipos. ¿Rose Tico?

Rose encontró a la vicealmirante Holdo mirándola directamente a los ojos.

—Me gustaría que ingrese a la *Ninka* como parte de nuestro equipo de mantenimiento. Estamos desesperadamente cortos de buenos técnicos, y me temo que tenemos una dura lucha por delante. Estoy impresionada con el trabajo que ha hecho esta semana; es rápida y confiable y es buena tomando pedidos, así como para tomar la iniciativa. La necesito en mi nave.

Paige apretó la mano de Rose.

Fue un apretón alentador. Decía: *Adelante. Ahora es tu oportunidad*.

Si Rose fuera con Holdo, tendría que volar sin Paige por primera vez.

Ahora estamos abiertamente en guerra con la Primera Orden, había dicho Holdo. *La necesito en mi nave*.

Rose pensó en Reeve Panzoro, y en la decisión que había tomado cuando Sublevación Bravo le había dicho lo desesperadamente que lo necesitaban para quedarse en Atterra Bravo. Rose recordó lo fácil que había imaginado los pensamientos de Reeve: *La Sra. Casca es lo único que me queda. Si hago esto, es posible que nunca vuelva a verla*.

No podía dejar de pensar lo mismo ahora, sobre Paige.

Pero también recordó las palabras de Reeve: *Ella querría que hiciera el trabajo para el que me necesitaran. Así lo haría mi padre*.

Y como Paige le había respondido: *Bien, entonces. Ya está*.

—Cambiaremos a todos después de la evacuación —prometió Holdo, al ver la vacilación de Rose—. ¿Todo bien?

Rose tragó saliva. Entonces, de repente, ella asintió con la cabeza.

Soltó la mano de Paige.

Sabía que ahora iba a poder navegar sola por nuevas estrellas desconocidas.

—Está bien —dijo Rose—. Lo haré.

El crucero *Ninka* flotaba sobre sus cabezas mientras los equipos de trabajo salían para embarcar. La *Ninka* era demasiado grande para atracar en el muelle donde atracaban los bombarderos, y Rose estaba programada para después de la siguiente lanzadera. Por unos minutos más, sin embargo, se apretujó contra su hermana en la torreta inferior del bombardero *Martillo* Cobalto.

Afuera, en lugar del azul silencioso del hiperespacio, los muelles de Refnu estaban ocupados con gente corriendo de un lado a otro, entregando trajes alquilados, terminando el proceso de reabastecimiento de combustible y cargando clips de bombas. Rose acababa de desmontar el deflector de la *Martillo* y estaba revisando para asegurarse de que los cañones de Paige funcionaban.

Pero le dio una excusa para robar cinco minutos a solas con su hermana mayor.

—¿Qué hizo que decidieras decir que sí? —preguntó Paige.

—Quería un nuevo traje de vuelo —dijo Rose.

Paige soltó una pequeña risa, justo como Rose había esperado que hiciera. Entonces Rose intentó explicar la verdad.

—Seguía pensando en Reeve Panzoro. Siendo valiente. Tomando responsabilidad. El estallido de la guerra. Y luego apretaste mi mano, animándome. —Rose jugueteó con el medallón de Otomok alrededor de su cuello—. Muchas cosas.

Se sintió repentinamente ansiosa.

—Pensé que querías que lo hiciera —dijo—. Pensé que estabas lista para dejarme asumir la responsabilidad por mí misma.

—Quiero que seas tú misma —dijo Paige—. Pero, por supuesto, eso significa ser mi hermana también.

Paige tenía su propio medallón de Otomok envuelto alrededor de la montura del cañón, como solía hacer, pero ahora lo desató y se lo colgó al cuello, del mismo modo que Rose llevaba el suyo.

—Nada puede cambiar eso —dijo Paige—. Estamos conectadas entre nosotras, y a casa. No tenemos que estar en el mismo lugar para que eso sea verdad.

—Lo sé, Pae-Pae —dijo Rose.

—Eres tonta. —Paige la abrazó con cariño—. Será mejor que te vayas. Debes devolver ese traje impermeable antes de abordar el transbordador.

—Está bien. —Rose le dio un último abrazo a su hermana—. Te veo después de la evacuación.

—Nos vemos luego, Rose —dijo Paige.

Rose salió de la torreta de la pistola, y salió de la escotilla de acceso a la bahía de bombas. Desde fuera de la nave, todavía podía ver a Paige en la esfera de cristal transparente de la torreta, sonriendo y saludando con la mano.

Rose le devolvió el saludo. *Hasta luego*.

RECONOCIMIENTOS

Con un agradecimiento especial a Kristin Rens por ser tan paciente.

Gracias también a Harry Genge por su lista de nombres, y al Canadian Warplane Heritage Museum por el vuelo fabuloso de su bombardero Lancaster.

ELIZABETH WEIN es mejor conocida por su aclamado thriller de la Segunda Guerra Mundial *Nombre en clave: Verity*, que ganó un Premio Edgar y fue nombrado Libro de Honor Printz. Es menos conocida por sus novelas históricas sobre los hijos del Rey Arturo en Etiopía.

Originaria de Pensilvania, Elizabeth ha vivido en Escocia durante casi veinte años con su esposo y sus dos hijos. Es miembro de Ninety-Nines, Inc., Organización Internacional de Mujeres Piloto y del Instituto de Mujeres de Aviación en todo el mundo. Una devota de *Star Wars* desde la edad de doce años en 1977, Elizabeth vio *El Imperio Contraataca* en el teatro trece veces en 1980.